

Ateneoa

— Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes — —

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

008(83)(05)

Raúl Silva Castro.	José Carlos Mariátegui.
Manuel Ugarte.	<i>El destino de dos razas en América.</i>
Manuel Rojas.	<i>El rancho en la montaña.</i>
Manuel A. Seoane.	<i>Naturaleza económica del imperia-</i>
	<i>lismo norteamericano II.</i>
Panait Istrati.	<i>La burguesía y la revolución.</i>
Domingo Melfi.	<i>Panorama universal. Mahatma</i>
	<i>Gandhi y la India.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

A. Habaru.	<i>A los cien años del romanticismo.</i>
Lord Jim.	<i>Louis Brauquier, el poeta de los puertos.</i>
José Vasconcelos.	<i>A través del México pintoresco.</i>
Marta Vergara.	<i>La emoción y la vida moderna.</i>
Serafín Delmar.	<i>¿Hacia dónde va la poesía?</i>
Raúl Silva Castro.	<i>El panorama de Max Daireaux.</i>
Alfa.	<i>Crónica de espectáculos.</i>

LOS LIBROS

LAS REVISTAS — DISPARATORIO

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA
ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

Precio: \$ 2.00 -- Mayo de 1930

ATENEA

PUBLICARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS LOS SIGUIENTES
TRABAJOS:

CUENTOS

de Luis Durand, autor de *Tierra de pellines*,

de Amanda Labarca H., autor de *La lámpara maravillosa*,

de Mariano Latorre, autor de *Cuna de Cóndores y Chilenos del mar*.

ARTICULOS

de Enrique Molina, Domingo Melfi, Ricardo A. Latcham, Januario Espinosa, Manuel Vega, F. Ortúzar Vial, Manuel Rojas, Roberto Meza Fuentes, Mariano Picón-Salas, Gabriela Mistral, Abel Valdés A., Marta Vergara, etc.

Entre los colaboradores extranjeros que contribuirán a la redacción figuran:

Panait Istrati, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Gonzalo de Reparaz, Martí Casanovas, J. Pérez Domenech, A. Habaru, etc.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Mayo de 1930 — Núm. 63

Raúl Silva Castro

JOSE CARLOS MARIATEGUI

POR el año de 1837 Peñalver escribía en *El Mundo*, diario madrileño, un *Mosaico*. El día 15 de Febrero del año dicho, la firma de Peñalver apareció al pie de sólo ocho líneas en que se daba cuenta de la muerte de Larra, que se había suicidado dos días antes. Y luego se leía una nota, cuya trágica simplicidad ahorraba todo comentario: *Hoy no sabemos ni podemos escribir el Mosaico*. Nada más; pero también nada menos. El vuelo de la fantasía roto bruscamente por la muerte del compañero querido. El ocio de la imaginación vuelto al divagar obstinado en torno a una idea fija. La literatura española había perdido un continente entero con la muerte de ese hombre. *Llórenle las letras, las ciencias y la amistad*—decía Peñalver. Y todavía le lloran porque era irremplazable.

¿No se puede decir otro tanto frente a la tumba de José Carlos Mariátegui? El escritor y pensador peruano que acaba de morir en Lima era un fermento intelectual tan poderoso que su acción dentro de la vida peruana apenas ha comenzado. En muchos años más seguirá recordándosele como precursor y animador sin par. Su obra no se puede medir por los dos volúmenes que llevan su firma, ni siquiera por la labor más popular y continuada de su revista *Amauta*, ejemplo de publicaciones periódicas en América. Su obra queda en la conciencia de su generación y debe empezar a traducirse en actos a medida que el tiempo avance acendrando los esfuerzos y los impulsos.

Mariátegui ha asistido a sucesos de una importancia enorme dentro del devenir político del Perú. A la ruina de los viejos partidos, a la disolución de las formas tradicionales de poder, han sobrevivido muy pocas cosas. Una de ellas, y no la menos importante, la vigilante atención de este hombre joven que clavaba su pupila febril en todos los hechos y los seres. Yo, que no lo conocí nunca, me lo imagino clavado en su sillón de inválido, mientras termina el día de la urbe. Los ecos de la ciudad le llegan a través de portavoces fieles. El amigo que le trae una noticia o un comentario, el conocido que lo saluda al paso, el diario que se compra, se hojea y se olvida, el libro que se lee con cuidado, lápiz en mano, las personas familiares que miman sus necesidades de enfermo. Todo eso le forma una especie de aureola de melancólica estampa. Así me lo imagino yo (cuando ya la luz del día se ha ido y no se desea seguir leyendo), hundir a lo lejos la mirada y ver el futuro. Para Mariátegui el futuro era luminoso, a condición—bien entendido—de aquilatar la sombra de hoy y, mediante una efectiva comprensión, dominarla. Y entonces en el porvenir radioso

se alzan construcciones sólidas que desafían a los siglos. Los hombres se comprenden y no se hostilizan; no hay opresores ni oprimidos; la armonía reina en todas partes. ¿Sueños vulgares? Sí, todos los sueños se parecen y son vulgares, por lo tanto. Sobre todo cuando esos sueños son de los desposeídos del reino material que hoy prima y se ha encaramado sobre el otro, el inalienable.

Pero sepamos desde luego que Mariátegui había fundado sus sueños en una raigambre de hechos de textura tan fuerte que ninguna negación es capaz de romperla. Tanto *La escena contemporánea* como los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* son libros en que se transparenta la influencia del pensar marxista. Las comprobaciones se hacen en dos escenarios distintos: uno la Europa de la post-guerra, y más precisamente Alemania y Rusia convulsionadas por una revolución de raíz común, socialista, e Italia presa en las garras opresoras del fascismo cruel e irreverente. El otro, el Perú de hoy y de ayer, del presente y del pasado, en sus aspectos económico, étnico, agrario, educacional, religioso, administrativo y literario. Dos tierras, dos civilizaciones, dos historias. Es curioso anotar este sincronismo de la obra de Mariátegui, interrumpida de golpe por la trágica sombra. Sincronismo revelado por el propio autor en el prólogo de su libro último:

Y creo que no hay salvación para Indo América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fué en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.

Pero no se entendería bien a Mariátegui si no se tuviera en cuenta otra de sus profesiones de fe, también contenida en esas líneas:

Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesional y del espíritu universitario.

Trágicas y nobles palabras que se traducen en realidad en toda su vida. Alejado de toda sinecura, Mariátegui hace una vida de anacoreta, reducido a la vez por su miseria y por su enfermedad. La miseria lo aleja de las frívolas contradanzas mundanas. El mal, la anquilosis, la degeneración ósea, lo encierra en un mundo intelectual. Desde la celda que es su habitación debe ver todo el mundo y asistir a su cambiante espectáculo. Su actitud, sin embargo, no es la del estirado espectador que no se interesa por el movimiento de los personajes sino que extrae de él la fruición estética. Todo lo contrario. Mariátegui quiere intervenir en el escenario, ama la acción, y aunque es un intelectual—o tal vez por eso mismo—la preconiza como triaca indispensable. Mariátegui incita y manda a la gente a la batalla. ¡Con qué melancólica resignación habrá visto partirse de su lado a esos jóvenes—Haya de la Torre, César Falcón, Valcárcel, Luis Alberto Sánchez, Antenor Orrego...—que harán lo que él no puede hacer! Lisiado, debe animar para la conquista del mundo espiritual. Inválido, tiene que repartir aliento entre los que siente débiles o remisos. Pero es el animador, y el ímpetu del espíritu le sobra tanto como la carne le huye.

Hay mucha crueldad en este dolor nuestro: Mariátegui sufría mucho en vida y hoy descansa. ¿Por qué nos lamentamos de que haya muerto? Y en verdad nos lamentamos y nos lamentaremos porque ha dejado la tarea apenas iniciada. Se necesitarán muchos hombres como él para proseguirla. ¿Quién los va a llamar? ¿Quién los disciplinará si él, que era el

gran disciplinador de las voluntades dispersas y de los esfuerzos minúsculos, ya no alienta? Si hubo un momento en el continente la posibilidad de llegar a una unión fué cuando Mariátegui mandaba sus voces a todos los países y en esas voces oíamos: «Unámonos. Es la manera que tenemos de defendernos. El imperialismo avanza. La injusticia crece. Unámonos.»

Hoy la antena emisora calla obstinadamente, y el mal sigue su obra. En este pobre continente disperso, desigual, lleno de rencores recíprocos y de incomprendiones, la unificación será más difícil. Mariátegui era uno de los pocos aglutinantes. Por encima de las distancias, de los accidentes geográficos y de las anécdotas diplomáticas, Mariátegui era uno de esos pocos silenciosos y obstinados obreros de la concordia americana. Su mirada avizora presentía la cercanía de la dominación imperialista. Su sensibilidad netamente americana, muy masculina y muy independiente, lo ponía en guardia contra la progresiva absorción. Para individualizar a su pueblo, como una defensa contra el imperialismo, se preocupó del indio. En su revista *Amauta* aparecía número por número una gaceta destinada al indio. Dos, tres, cuatro páginas en que se estudiaban los problemas de la gente de color que forma una parte tan considerable de la población peruana. En este trágico problema Mariátegui trataba de introducir un orden lógico y desde luego había enseñado a ver claro en él a un número nada pequeño de personas. ¿Cómo llegó hasta aquí? Por piedad humana.

Algunos años antes el joven que principiaba su carrera literaria en *Colónida*, junto al fortísimo Valdelomar que estampó su impronta en un nutrido grupo de escritores peruanos, seguramente no soñaba en la redención del indio. De ese grupo preciosista, que practicaba por gala una manera barroca de arte,

voluntariamente escindida de la muchedumbre, Mariátegui se fué apartando poco a poco. Su viaje a Europa fué sin duda el motivo primero. En contacto con el dolor de las masas convulsionadas por la guerra, que adoptaban las soluciones más peregrinas con tal de olvidar las angustias de los cuatro años sombríos, Mariátegui consolidó su fe en el hombre. Cuando volvió al Perú había terminado en él todo preciosismo. Entonces comenzó a plantear un arte netamente social, siempre al servicio de los ideales socialistas que eran los suyos. Un arte que tuviera a la vez contenido humano y ansiedad de perfección, que representara al hombre no sólo por el lado triste, inmaturo y torvo, sino también por el lado de las aspiraciones y de las sublimidades. En predicarlo gastó muchas energías. En defenderlo empleó no sólo su palabra personal sino también su cátedra de *Amauta*.

Las iniciativas intelectuales de Mariátegui se suceden a pesar de sus dolencias y de su progresiva invalidez física. Después de *Colónida* son *La Razón* (en compañía del activísimo e inteligente César Falcón, hoy en Madrid) y *Nuestra Época* y en seguida *Amauta* y *Labor* los cauces por los cuales la prédica de Mariátegui llega a la multitud. Nombres diversos de una sola y misma actitud, siempre noble, siempre desinteresada, siempre dispuesta al servicio. *Amauta* sobre todo lleva el timbre de una discreta miseria. El periódico aparece regularmente porque hay quienes escriben en él y sobre todo porque la voluntad de Mariátegui es inflexible. Pero las pérdidas de la impresión son copiosas y se acumulan. De cuando en cuando acuden los amigos de la revista y le entregan sus erogaciones para saldar los compromisos insolutos. Y así la obra sigue y no se extingue.

Pero la naturaleza física lo traiciona. Una intervención quirúrgica lo postra definitivamente en un sillón de ruedas; la fatiga le impide todo esfuerzo superior a cierto límite; la anemia le quita fuerzas.

Por otro lado, sospechoso a los ojos de una indiscreta policía, sufre persecuciones. Como no puede ser encarcelado, se le fija su casa por prisión y hasta se allana el domicilio y en él se buscan encarnizadamente proclamas y papeles comprometentes. Anheloso de libertarse, Mariátegui planea su viaje al extranjero. En Mayo pensaba estar en Buenos Aires. Otro ambiente, nueva vida. Libertad de pensamiento y—más tarde, si la suerte lo permitía—libertad de acción. Ilusionado, confiaba en sanar. En la capital argentina se pondría en manos de buenos facultativos. Y también de paso por Chile apretaría las manos de sus amigos. Dos mensajes suyos, que hoy tienen para mí una solemnidad como de ultratumba, me alcanzaron con poca distancia. Uno fué traído por una poetisa peruana, a quien Mariátegui me presentaba como uno de los valores más leales de su generación. En la carta, una alusión a su viaje por Chile. Otro venía con Luis Alberto Sánchez, su amigo de siempre, aunque contradictor a veces. Era nada más que una mención en una breve misiva. Pero ¡cómo esas palabras ocasionales se cargan de contenido! Este hombre tenía la mentalidad continental. No habría podido prescindir—para el equilibrio de su propia vida interior—de sus connacionales en América. Y con sutiles lazos iba urdiendo la tela de una comprensión más vasta.

De pronto un temblor paraliza la mano y confunde los hilos de la tela, rasga unos y deja flotantes al al viento los demás. Mariátegui ha muerto, dice el cable. Mariátegui ha muerto repetimos, en voz baja y con lágrimas en los ojos, los que fuimos sus amigos, aunque sin verlo nunca; los que entendemos el significado de su misión, aunque jamás nos fué dado sondear en su espíritu. Como Peñalver podemos decir otra vez: Hoy no sabemos ni podemos escribir el Mosaico.

Manuel Ugarte

EL DESTINO DE DOS RAZAS EN AMERICA

EL Nuevo Mundo ofreció una oportunidad para que se renovaran y se pusiesen a prueba las dos grandes corrientes de pensamiento y de acción que atraviesan la historia en las épocas modernas.

Desde 1492 los descubridores españoles, los navegantes portugueses y los exploradores franceses representaron las inspiraciones meridionales, esencialmente latinas. Los colonos ingleses, que se instalaron un siglo más tarde en zonas primitivamente visitadas por aquéllos, fueron los pioneers de las inspiraciones nórdicas.

No hemos de juzgar comparativamente el valor de las dos fuerzas que se afrontaron. Parece evidente que, en sí, la latina era, intrínsecamente, superior. Pero, esencialmente especulativa, y limitada en su aplicación a núcleos reducidísimos en dilatadas comarcas habitadas por muchedumbres analfabetas, fué fácilmente sobrepasada por la anglo-sajona, más experimental y generalizada, desde los comienzos, de acuerdo con una concepción moderna de la vida.

Cuando vamos a buscar, como quien remonta un río hasta el manantial, la causa de la situación actual de los dos grupos que se desarrollan en el Nuevo Mundo, lo que primero nos sorprende es la extrema facilidad con que, en un Continente y en una época que parecía pertenecer a los latinos, el ínfimo grupo inicial de anglo-sajones agiganta en pocos años su radio de acción, sus posiciones, sus recursos y su prestigio, mientras las inconmensurables comarcas dominadas por España, Francia y Portugal se anemian, pierden extensión, caen en el desorden o pasan a poder de otros países.

¿A qué atribuir la extraordinaria rapidez de esta suplantación?

Achacarla a las excelencias de la diplomacia o a la destreza en el gobierno sería ya admitir una superioridad de maniobra en el grupo que sacó ventaja. Todo indica, desgraciadamente para nosotros, que además de estos factores de victoria existieron otras causas que determinaron una mayor eficacia práctica en los momentos en que actuaban y para el fin que perseguían.

Sería vano sostener hoy que la civilización latina dió en América mejor resultado que la civilización anglo-sajona. Los hechos están ahí, claros y patentes. Francia perdió el Canadá y la Luisiana y sólo conserva pequeñas posiciones en el Caribe. España—no hablemos ya del dominio directo, sino de la irradiación de su espíritu—vió naufragar extensiones cuantiosas. Bastaría citar La Florida y Puerto Rico, para atenernos sólo a lo oficialmente catalogado, sin aludir a las formidables zonas de influencia que se van ampliando día a día a expensas de lo que antes sólo fué animado por la civilización mediterránea.

El fenómeno es tan patente, que aún después de un siglo de vida autónoma la mayoría de nuestras

Repúblicas no ha logrado valorizar las riquezas de su suelo, delimitar cabalmente sus fronteras, ni hacerse una idea clara de su destino, mientras los anglosajones, arrebatados en una ascensión maravillosa, han transmutado todos los valores, creando con el legado recibido formas inéditas de vida y de prosperidad.

Debemos los hombres del Sur considerar la situación sin engaños, sin timidez y sin miedo. Resulta pueril callar ante situaciones que son de dominio público y que no quedan suprimidas por el hecho de que finjamos ignorarlas. Con nuestra anuencia, o sin ella, seguirán las evidencias siendo inexorables. Hay que encararlas, pues, sin irritación y sin encogimiento, en el plano superior de las posibilidades políticas y de la lógica evolución de los pueblos.

Buscar excusas, es jugar con las palabras. Atribuir la situación en que se hallan nuestras repúblicas a la herencia española, equivale a rehuir las responsabilidades, arrojándolas sobre los muertos.

Nadie niega la disminución de fuerza y de prestigio que ha sufrido España, si comparamos su estado actual con las preeminencias fastuosas de otros tiempos. No hemos de discutir tampoco, por otra parte, las peculiares *sui generis* que llevaron al conquistador a dejar en América la marca de su individualismo anárquico. Estamos tan lejos de disimularnos cuál es el gusano roedor de la potencialidad española, como de negar el eclipse de su irradiación sobre el mundo.

Pero de aquí a atribuir a España nuestros errores, hay un abismo insalvable. Los que se lamentan de su herencia son prófugos de la nacionalidad y mediocres conocedores de su propia historia. Hacia 1810 quedó en el Sur una civilización que, en conjunto, podía ser equiparada a la que los anglosajones dejaron en el Norte en 1775. No hay que extender hasta el pa-

sado la virtud de las situaciones presentes dando por sentado que los Estados Unidos existieron siempre en su esplendor actual. Los sistemas implantados por la colonización desde Londres resultaban tan egoístas y excluyentes como los decretados desde Lisboa o Madrid. De no ser así, no se hubiera producido el movimiento separatista de las colonias anglo-sajonas. Los métodos liberales de colonización surgieron después de las lecciones recibidas en el Nuevo Mundo. Hoy mismo, si Inglaterra abandonase la isla de Jamaica, hallaríamos en esa isla un estado en algunos puntos igual y en otros inferior al que existía en Cuba en 1898 cuando se retiró España.

Aquilatando los hechos con serenidad, no se halla indicio de una inferioridad personal del español. Individualmente, éste conserva la eficacia social de los mejores tiempos. La prueba está al alcance de todos. Hasta el infinito se multiplica diariamente en nuestras repúblicas la aventura del que llega pobre de Galicia o de Asturias y se improvisa en pocos años fortuna cuantiosa, creando empresas que redundan en beneficio de la colectividad. Nunca se mostró el español menos apto que los hombres de otros países para prosperar en la tierra nueva.

Lo que ocurre con España es un fenómeno de desdoblamiento. Si la entidad está enferma, los componentes se hallan intactos. Todo ello tiene estrecha similitud con lo que pasa en la América Latina. En realidad, la disminución que comprobamos en torno no deriva de una inferioridad del hombre. Es resultado de formas erróneas de vida y de falsas direcciones éticas.

Si los trece estados anglo-sajones, que apenas ocupaban en 1776 una extensión de 1.000,000 de kilómetros cuadrados y apenas reunían una población de cuatro millones, dominan hoy, contando las zonas que según Moon están sujetas a su dependencia,

sobre una extensión de doce millones de kilómetros cuadrados y reúnen una población de 134 millones de habitantes, no es porque el anglo-sajón, étnica, humanamente, sea superior al neo-latino.

Lo que se puede conceder al abarcar la trayectoria de la marcha, antes y después del coloniaje, es que muchas de nuestras superioridades, reales o pretendidas, fueron un peso muerto que tuvimos que arrastrar. En la mayoría de los casos eran, como hemos tenido oportunidad de decirlo en otra ocasión, superioridades prescritas. Las excelencias ideológicas dieron lugar a desventajas materiales que, combinadas con la preeminencia absorbente de las direcciones contemplativas, con la educación empírica, con la fatiga transplantada del núcleo dominante, tenían que dar por resultado el desorden, la rémora, la inmovilidad.

No fueron los hombres, fueron los sistemas los que triunfaron o fracasaron. Lo que se puso a prueba fué la organización de los núcleos, las direcciones nacionales, sociales, culturales, las disciplinas colectivas, la concepción superior. Si los anglo-sajones lograron plenamente en la zona que dependió de su jurisdicción los propósitos iniciales, y si los latinos o neo-latinos, no lo consiguieron en las tierras del Sur, si hemos quedado rezagados, si nuestra América se adelanta hacia una situación disminuida que presagia dolorosas abdicaciones, no es, repetimos, porque los hombres del Norte fuesen superiores a los del Sur, sino porque, siendo indispensable para realizar el intento una brújula y un programa, los primeros tuvieron esa brújula y ese programa y los segundos no.

Los campos vírgenes, las riquezas intactas, la fecundidad delirante de un Continente pródigo de todos los elementos de triunfo, y hasta la raza renovada al transplantarse por la comunión con las zonas recién

descubiertas, favorecían igualmente el advenimiento de dos grandes conjuntos, no ya equivalentes sino superiores por la extensión y el número de habitantes a los núcleos originarios europeos. Pero anglo-sajones y latinos habían contraído el compromiso de sacarse la chaqueta y de decir: «Ahora vamos a hacer una nación.» Si sólo los primeros cumplieron plenamente ese propósito, es debido a circunstancias que trataremos de sintetizar en ocasión posterior.

Al separarse irrevocablemente de la metrópoli, la primera necesidad, lo mismo para los anglo-sajones que para los latinos, residía en crear desde los cimientos una existencia propia, llenando cuatro condiciones primordiales:

a) Poner la autonomía del conglomerado a cubierto de todas las contingencias exteriores;

b) Afianzar de una manera irrevocable la unidad interior de ese conjunto;

c) Asegurar la convivencia armónica y el bienestar de todos los habitantes, y

d) Valorizar los recursos de la región para confirmar la autonomía política con la autonomía económica.

Al sintetizar lo que hicieron ambos grupos para lograr este fin mantendremos la clasificación *a*, *b*, *c*, *d*, para facilitar la confrontación de los dos esfuerzos.

Los anglo-sajones:

a) Previnieron, en el origen mismo de su nacimiento como nación, todo peligro de ingerencia extraña, llegando hasta estipular que las tropas de Lafayette se limitarían a ayudar a la independencia, sin intentar reconquistar el Canadá, que Francia acababa de perder por aquel tiempo. A medida que se fueron robusteciendo redondearon sus fronteras, con un criterio a la vez comercial y estratégico, aprovechando las oportunidades que ofrecían las querellas o las debilidades de los demás y empleando siempre el

procedimiento adecuado a las circunstancias: adquisición, captación, conquista, etc. Así engrosaron el primitivo núcleo con la Luisiana francesa, La Florida española, la California mexicana, la Alaska rusa, obedeciendo al método implacable y a la vasta concepción del futuro que debía completarse en los últimos tiempos (pasando de la defensiva a la ofensiva), con el predominio sobre el mar Caribe y la apertura del canal de Panamá que auguran una expansión indefinida hacia el Sur.

b) Ahogaron irrevocablemente todo intento de segregación, acabando (como sanción) de una manera inapelable con la guerra separatista de 1861, y respetando (como medida preventiva) el sentimiento de cada uno de los Estados (constituciones divergentes, leyes de interés local, etc.) para mantenerlos sin violencia dentro de la orquestación superior que debía dar a todos voz eficaz y autoridad indiscutida en el mundo.

c) Adoptaron normas de vida que ofrecían a los ciudadanos idénticas posibilidades de desarrollo y ascensión, aboliendo en la realidad, no en el papel, los privilegios. Con excepción del núcleo africano que aún después de abolida la esclavitud arrastra una vida miserable, los componentes de la nueva nación tuvieron un punto de partida equivalente. Sin preocupaciones de abolengo o de riqueza, todos los hombres pudieron aspirar a las situaciones más altas en el gobierno, en la fortuna, en la influencia social, creando un cuerpo constantemente renovado, por el cual circuló siempre sangre fresca. El fenómeno de la hegemonía plutocrática que se agudizó en las postrimerías del siglo XIX nada tiene de común con las oligarquías de nuestra América puesto que está basado en el bien que se adquiere y no en el bien que se hereda. Por otra parte, pasando al orden espiritual, los Estados Unidos renunciaron a las estériles luchas

confesionales, imponiendo la tolerancia entre las diversas interpretaciones deístas y haciendo de la religión un simple problema individual.

d) Consagraron su esfuerzo mayor a la tarea de valorizar los recursos del suelo y subsuelo, creando la prosperidad colectiva, de acuerdo con métodos tan científicos como originales. Al trocarse la colonia en nación, era evidente que los sistemas debían tender a transformar la organización en favor de los de afuera en una organización en favor de los de adentro, imponiendo, con la autonomía económica, la movilización de las fuerzas de la nación en favor de la nación misma. Ningún pueblo realizó esta metamorfosis con tan estupenda rapidez, ni con tan maravillosa fortuna. Bastaron pocos años para que la colectividad se colocase en condiciones de bastarse a sí misma. Sin detenerse un instante, pasó después como en el acápite *a*, de la defensiva a la ofensiva, inundando con sus productos y su irradiación comercial a los mismos pueblos que antes fueron sus mentores o proveedores. En menos de un siglo la antigua colonia se había transformado en una nueva Metrópoli apta para superdirigir a su vez y hasta para sobreponerse a Europa y disputar a Inglaterra el dominio de los mares.

¿Qué hicieron mientras tanto los latino-americanos? Siguiendo el mismo método, pasemos revista a la acción desarrollada en el Sur:

a) Desdeñando la evidencia elemental de que los elementos disgregados del tronco inicial sólo podían realizar sus destinos cohesionados dentro de su tradición, su lengua, su cultura y su filiación racial, los latinoamericanos se perdieron en querellas locales y se dejaron deslumbrar por ambiciones pequeñas. Así vimos surgir una veintena de repúblicas empeñadas en rivalidades suicidas. Con algo de la inconsciencia de las monarquías balcánicas (estas

tienen por lo menos la excusa de antecedentes disímiles) desatendieron la urgencia de prevenir las avideces extrañas. El sentimiento de auto-defensa se fué atrofiando, hasta el punto de ser pospuesto en ciertas zonas a los odios de partido. Y así nació una constelación de satélites prometidos al protectorado más o menos sutil de las grandes naciones que se llevan en silencio los provechos, dejando a veces como limosna la ilusión de la libertad.

b) Lejos de tender por lo menos a la unión moral del primitivo conjunto desmigajado, los latino-americanos, inventaron, dentro y fuera de cada república, los pleitos más complicados. El localismo, signo siempre de crisis o de debilidad en los pueblos, llevó a cada república a fabricarse una historia aparte, olvidando que sólo juntas tenían fuerza suficiente para perpetuar un ideal.

c) Mantuvieron en la ignorancia y en la servidumbre al indígena, falseando la letra y el espíritu de las Constituciones. Buena o mala, la promiscuidad racial es entre nosotros un hecho que no es posible tergiversar. Si consideramos en bloque a la América Latina, encontramos que el 70 por ciento por lo menos de sus habitantes es esencialmente indígena. Al separarse de la metrópli, no quedaba más recurso que organizar la masa conjunta. Por otra parte, la independencia se conquistó con el esfuerzo concordante de criollos de todas las sangres. Cada uno de esos grupos dió al movimiento hombres útiles, atestiguan-do que todos eran aptos para colaborar en el encumbramiento colectivo. Empapadas en ideas retrógadas, que las llevaron hasta intentar la creación imposible de monarquías o de imperios, las precarias minorías que se atribuían la dirección del movimiento desatendieron todo contacto con la masa. Así surgieron los grupos de eficacia hereditaria, mitad aristocráticos, mitad plutocráticos, que se congregaron alre-

dedor de determinados sistemas de gobierno y asumieron la representación exclusiva de las incipientes naciones, olvidando que la independencia sólo puede existir donde existe la plena nacionalidad.

d) En vez de enaltecer el trabajo, la iniciativa, el esfuerzo que debía hacer brotar chorros de prosperidad de la tierra nueva, las patrias en formación heredaron del régimen colonial una pseudo-élite inactiva y un proletariado amorfo. Del colonialismo político pasamos al colonialismo económico. Mientras los grupos preeminentes se entregaban en las ciudades a la vanidad social o a la politiquería egoísta, las riquezas, nacionales *in nomine*, fueron explotadas y controladas por organismos ajenos a nuestro conjunto. Tal fué el origen de la futura sujeción. Lo que un momento pareció provisional, se convirtió en definitivo. El Estado vivió de las rentas de aduanas; los favorecidos del régimen, del empleo o la jubilación. Y como los valores reales del país pasaban a manos extranjeras, quedó empeñado el porvenir.

Pero esta amarga situación, que se atenúa o se agrava según las zonas, no implica un fracaso de la latinidad en América, ni establece en ninguna forma la inferioridad de la civilización mediterránea. Sólo atestigua, en realidad, el empirismo de ciertas directivas y el error de los grupos que asumieron las funciones del gobierno. Si toda iniciativa lleva entre nosotros una marca importada, si cuanto vivifica la tierra nueva está accionado desde lejos y deja sus beneficios fuera de la colectividad, si nos desangramos en beneficio de las naciones mayores, es porque subsiste todavía entre nosotros, en sus engranajes básicos, la organización colonial, y porque no ha surgido todavía uno de esos movimientos unánimes que imponen a los espíritus y a la naturaleza misma una vibración renovadora y fecunda.

Los Estados Unidos realizaron el ideal de un pueblo

joven levantado por una civilización nueva. Los latino-americanos somos un pueblo joven también, pero agobiado por prejuicios, fórmulas o concepciones caducas. Los primeros crearon vida propia, los segundos prolongamos modalidades en desuso. No se puede hablar de colectividades enfermas, sino de conjuntos anestesiados. Bastaría determinar una remoción en los métodos y en las inspiraciones, ajustando nuestra vida a ritmos nuevos, para hacer surgir en el Sur, aunque sea con atraso y desventaja en los comienzos, todo lo que ha quedado detenido o inutilizado. Sólo falta un soplo que anime los nacionalismos y restablezca la pulsación continental.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Manuel Rojas

EL RANCHO EN LA MONTAÑA

EL rancho estaba situado al norte del desfiladero y era la primera habitación que se encontraba al salir de la estrecha y profunda garganta. Para llegar a él era preciso ascender la falda del cerro y cruzar una meseta rocosa, brillante, sin una brizna de hierba, sin una piedrecilla, lisa como el viento que la barría sin cesar. Una vez pasada la meseta y orillado un despeñadero rojizo que se descolgaba a puños, cogíase el camino, montaña abajo, con una suavidad de trote indio.

Al empezarlo, resguardado tras una rocas, se veía el rancho. Era un rancho sin importancia. La pared que miraba hacia el camino, lo mismo que la que daba hacia las rocas, era de piedras y sin revestimiento alguno, quedando entre una y otra agujeros y rendijas, por donde entraban, en invierno, ráfagas de fina ventisca. Las restantes murallas y la techumbre eran de planchas de zinc, latas y sacos y grandes piedras que aseguraban a duras penas la insegura cubierta.

En sus primeros tiempos aquel rancho sirvió de habitación a la pareja de guardias fronterizos, pero,

construida dos kilómetros más abajo una casa destinada a ese fin, fué abandonado y sólo se servían de él los guardias, que en las noches acechaban a los contrabandistas y ladrones de ganado y los viajeros que, de tránsito de un país a otro, llegaban allí al anochecer, pernoctando entre sus paredes humosas. A pesar de sus dos murallas de piedra, era endeble y vacilante y si algún día el viento hubiera soplado en sentido contrario al que soplaba siempre, ni rastros de su existencia hubiera quedado. Cuando, de soslayo, los zurriagazos del viento lo alcanzaban, se sacudía como un perro que sale del agua.

Sin embargo, a pesar de la poca seguridad y de la ninguna comodidad que ofrecía, alguien se interesó por ocuparlo y ese alguien fué el viejo Floridor Carmona, campesino de aquella región, que poseía cordillera abajo una propiedad constituida por una construcción rústica y un extenso trozo de tierra, en el que cultivaba trigo, verduras y frutas y criaba animales y aves. Cuando expuso su petición riéronse de él. Pero el viejo Floridor, detrás de su apariencia de zorzal mero, de sus pantalones que llegaban apenas a cuatro dedos del tobillo, detrás de su chaqueta blanca y de su chaleco corto y cruzado por gruesa cadena de bronce, de donde colgaba a manera de dije un peso fuerte del año 86, detrás de su bigote de perro viejo, de su naricilla roja y de sus ojuelos claros, pitañosos, ocultaba un hombre que no daba puntada sin hacerle nudo. Durante el verano aquel paso era bastante frecuentado: arrieros, trabajadores que iban o venían de Argentina, viajeros, comerciantes en ganado, mineros, hasta turistas pasaban por allí, y la boca del desfiladero era el lugar a que se arribaba, casi invariablemente, al final del cuarto día de viaje si se venía del Este y del primero si se llegaba del Oeste. La gente llegaba cansada, hambrienta y con sed, sin encontrar quién les proporcionara algo

para reponerse. ¿Por qué dejar perder esa ganancia, si tan fácil era lograrla? El rancho estaba hecho y no faltaba sino ocuparlo, llevando las mercaderías y provisiones del caso. Podía pasarse allí el verano, y en invierno, época en que alma alguna se aventuraba por esos lugares, se regresaría al rancho familiar. El asunto le parecía muy claro al viejo Carmona, hombre infatigable, que emprendía todos los negocios que estaban al alcance de sus medios, aunque el fruto fuera sólo de dos o tres pesos:

—Estos tres pesos no estaban en mi bolsillo y ahora están. ¡Qué le va hallando!

Su mujer era como él, una hormiga, con virtudes de ahorro, de iniciativa y de trabajo, tan raras entre campesinos pobres y ricos. A pesar de sus años y de su obesidad, trabajaba desde el alba hasta el anochecer: atendía la crianza de aves, el huerto frutal y las hortalizas, hacía pan y lo vendía a los vecinos que no tenían horno o a aquéllos que, si lo tenían, no les hacía falta pereza para amasar; entregaba al hotel el producto diario de su gallinero, y los domingos, días en que gente de la ciudad venía a pasar unas horas en la montaña, sacaba dos y tres hornadas de empanadas que hacían alargar los dientes a los paseantes, quienes le encargaban, además, otras comidas y licor. ¡Qué no hacían sus manos gordas y negras! Lo hacían todo y por hacerlo todo hasta tocaban la guitarra. Cuando las personas que acudían a su casa, envalentonadas ya por las libaciones, manifestaban deseos de oír cantar a alguna chiquilla, doña Mercedes sacaba una grasienta y vieja guitarra, sentábase bajo del nogal del patio y ante la curiosidad y la alegría de la concurrencia, la templaba, carraspeaba atipladamente, se excusaba por lo poco y malo, abriendo al fin su profunda boca. Los que no la conocían, a hurtadillas desternillábanse de risa viéndola en esas primeras actitudes de cantora. ¿Qué

iría a salir de esa boca casi tan ancha como la del horno? ¿Un mugido quizá? Pero la sonrisa de los desconocidos tornábase pronto en gesto de sorpresa, porque de aquella boca desdibujada salía una voz llena de dulzura y de gracia; las tonadas parecían cantadas por otra mujer oculta tras ella, de tal modo era ajena su voz a su figura. Sencillos cantares amorosos, maliciosas tonadas, estilos gauchos que aprendiera de los arrieros argentinos, brotaban de su garganta al llamado de la guitarra, en cuya caja, con el rodar del tiempo, sus manos dejaron perdurables huellas de grasa y finas capas de masa blancuzca.

La culebra en el espino
se enrosca y desaparece.
La mujer que engaña al hombre,
corona de oro merece.

Gracias a ambos la casa prosperaba.



El viejo Floridor consiguió en arriendo el abandonado rancho, sin que ello dejara de costarle tiempo y parla, pues las autoridades, considerando ridículo aquello, no le prestaban atención. ¿Para qué quería ese rancho? Las explicaciones del viejo Carmona causaban hilaridad.

—Pero ¿qué demontre va a hacer usted allá arriba?
Por fin, el campesino se irritó:

—¿Y qué le importa a usted lo que yo voy a hacer? ¿Acaso le estoy pidiendo plata prestada? Usted sabe que soy hombre honrado y que si deseo arrendar el rancho es con buenos fines. Yo no voy a contrabandear. ¡A mis años! Cóbreme usted un arriendo baratito y lo demás déjelo por mi cuenta. ¿Qué me

va mal? ¡Friégate, lesó! Con mi pan me lo comeré.... Ustedes no perderán por eso el precio del arriendo.

Sólo por molestarlo y ver si abandonaba sus proyectos, le cobraron treinta pesos mensuales de alquiler; pero entonces el viejo Floridor puso el grito en el cielo:

—¡Treinta pesos! ¿Está loco usted? ¿Treinta pesos mensuales por el arriendo de un rancho que no vale ni cobre y dónde, de seguro, voy a perder hasta el modo de caminar?... No, señor, apéese.

—No lo arriende, entonces, si le parece caro.

—No, no; apéese, señor.

Le rebajaron, poco a poco, hasta llegar a la mitad: quince pesos, y el viejo Floridor, con el gozo brincándole en el corazón, pagó precipitadamente el primer mes.

—¡Arrendé el rancho!—gritó en la puerta de su casa.

Y todos los habitantes de ella se pusieron al trabajo. El negocio no le parecía de perlas a doña Mercedes, pero algo se ganaría y dejaba hacer al viejo y le ayudaba de buen grado, pensando que cada cobre de ganancia era un cobre más en la casa. Hay que batir el cobre, pensaba. Además, Floridor no hacía falta en la casa, ya que para la chacra y los sembrados bastaban ella, su hija mayor y su yerno.

En la madrugada del día siguiente el viejo Floridor montó a caballo y se fué hacia el rancho, llevando de tiro otro caballo cargado con lo necesario para limpiar y arreglar el local del futuro negocio. Volvió, de noche ya, cansado como perro y contento como unas pascuas.

—Ya dejé todo listo, limpiecito. El rancho es bastante grande y se puede dividir en dos partes, una para dormitorio—claro que un poco estrecho—y la otra para despacho. Con un tabique de tablas y sacos bastará. Estuve hablando con los guardias y me dije-

ron que iba a ganar mucha plata; pasa gente hasta Abril. ¿Compraste lo que te encargué? Muy bien; mañana temprano me voy.

Floridor estaba entusiasmado y durante varios días no cesó de subir y bajar, hablando hasta por los codos, riendo. En el último viaje se llevó a su hija Florisa, muchacha de diecisiete años, agraz y apretada, con aspecto de bobalicona, pero excitante y maliciosa como un ponche cargado, ondulantes sus caderas y turgentes sus pequeños pechos frutales. Doña Mercedes discutió largo rato:

—Llévate a María Inés.

—Sí, para que se lleve allá con la boca abierta y pestañando como una legañososa que es. No, yo necesito quien me ayude.

—Bueno, pero ¡mucho cuidado! Hay tanto roto por ahí....

Días después, quedó instalado y abierto el negocio, provisto de todo lo indispensable para la atención de los viajeros. Floridor estuvo un poco nervioso los primeros días: la soledad lo aturdí y se echaba al camino y atravesaba la meseta y hundía la mirada de sus ojillos en la salida del desfiladero y observaba los cerros rojizos o azules, que siempre estaban allí, inmóviles, desiertos, indiferentes a todo, aun al viento, que a él lo sacudía como a un cabo de cordel, empequeñeciéndolo con sus zamarreos. En algunos instantes llegó a dudar de la bondad de su proyecto: por allí no pasaría nadie. Florisa se aburría entre los tarros de conserva y las damajuanas de vino; bostezaba y dormía.

Pero una tarde aparecieron los primeros clientes; un piño de animales surgió del desfiladero y se escucharon en seguida los gritos tensos de los peones. Al viejo Floridor le volvió el alma al cuerpo y salió disparado hacia el rancho:

—¡Ya viene gente!—gritó a su hija.

Salió a esperarla al camino y durante mucho rato sólo oyó el rumor del ganado, los gritos enérgicos de los hombres y los ladridos de los perros. Parecía que todo venía flotando en el viento, mas de pronto, como un cerro en marcha, surgieron los animales, inclinadas las cabezotas, cimbreantes los poderosos cuerpos, y un hombre cubierto por poncho negro y que cabalgaba en nervioso macho colorado, pasó junto al viejo Floridor gritando como un demonio y haciendo silbar sobre su cabeza el largo látigo.

—Ese debe ser el capataz—pensó Floridor.

Pero el hombre volvió hacia él, sonriendo:

—¿Qué haces por acá, Floridor?

—¡Caramba! Es mi compadre Aniceto.

Era un hombre como un cerro. Los dientes le relumbraban entre la barbaza negra, tupida como zarzamora vieja. Dió media vuelta en el aire y gritó:

—¡Niños! Atraquen las bestias para este ladito. Vamos a visitar el chinchel de mi compadre Floridor.

Su voz tonante dominaba el bramido del viento. Gritaron los arrieros, se arremolinaron las bestias, alzáronse en el aire las cabalgaduras, y se veían testuces soberbias, belfos brillantes de espuma, cabezas finas de hombres, torsos de centauros. El piño se aquietó rumoroso, ondulante, y los últimos gritos volaron y murieron como pájaros en el aire.

Hasta medianoche, sentados en cajones o en el suelo, los hombres comieron, conversaron, bebieron, cantaron, pellizcando los brazos y las piernas de Florisa y llenando de pesos fuertes chilenos y billetes argentinos los bolsillos del viejo Floridor. Durmieron al raso, envueltos en sus mantas y ponchos y al amanecer se alejaron, entre gritos, carreras, imprecações y mugidos.

Quedó silenciosa y desolada la cordillera. Pero desde ese día no se interrumpió ya la fila de los clientes del despacho de Floridor Carmona; pasaban los via-

jeros en parejas o en grupos, arrieros, simples viandantes, comerciantes, y las monedas caían como gotera lenta y continua en las manos ávidas del vejete.

—Esto va bien, muy bien—decía, relamiéndose como gato ante la pana.

Algunas noches, aquellas sin luna o nubladas, la pareja de guardias acompañaba algunas horas al viejo y a su hija. La dotación del retén se componía de cinco hombres, un sargento y cuatro soldados, el primero hombre viejo ya, pero duro y tieso, reseado por el aire de la montaña, con apariencias de charqui de guanaco, seco y salado, bigotazos ásperos y voz entera y firme como su sable, y los otros, jóvenes, joviales, esbeltos, que miraban a Florisa como un sediento puede mirar a una fruta que aunque verde fuera jugosa. Conversaban, midiendo el tiempo mate a mate, contando aventuras y cuentos fantásticos, mientras el viento se volvía loco golpeando en los cerros, sonando en las rocas como pellejo apaleado. En las noches estrelladas el viento corría y bramaba más fuerte que nunca. Subía a tientas la repechada del cerro, bufando como animal cansado; pasaba por la meseta casi sin tocarla y se lanzaba al vacío, rodando cerro abajo entre repiqueteos de fina piedrecilla y gritos estentóreos de rocas azotadas. Cuando cesaba un instante, un gran silencio y un gran vacío se hacían en el mundo, y las estrellas, titilando, prendidas en el poncho azul y negro de la noche, amenazaban caerse, como si el viento fuera quien las sostuviera con su torso desnudo y helado y, faltándoles, las dejara libradas a su frágil suerte.

En el rancho se sentía apenas el viento y sólo algunas ráfagas que se soltaban como varillas de un haz lo azotaban a intervalos. Después de cruzar la meseta y llevado por su impulso, el viento se afirmaba en las rocas que guarecían al rancho, como un

saltador en un trampolín, y pasaba sobre él, en el espacio, en un ululante y múltiple salto mortal.



Pasó así un mes y dos, y los bolsillos se le hicieron estrechos al viejo Carmona, quien tuvo que recurrir a un tarro para guardar el dinero, pues los arrieros que iban y venían, llevaban y traían la noticia y ya no había quién no se detuviera, al caer la tarde, frente al negocio, solicitando comida o bebida. Florisa, entusiasmada por el asedio constante de los mozos, se despabilaba y atendía con desenvoltura y amabilidad, y como el padre no era menos diligente que la hija, los viajeros se marchaban encantados. Floridor Carmona estaba contento, y en las noches, tendido en su camastro, hacía largos cálculos: en dos meses llevaba ganado tanto, en los meses que restaban de buen tiempo ganaría otro tanto; total, tanto; una bonita suma. No era avaro ni ambicioso, pero le entusiasmaba el negocio, el salir y entrar de la gente, el ir y venir de los centavos y de los pesos, el movimiento, en fin. Si al final de la temporada no le quedara sino una escasa ganancia, se conformaría, y si perdiera, no se afligiría; pero, si ganaba bastante, tanto mejor.

Pero los cálculos del viejo Floridor no se realizaron como él los proyectaba.

Una tarde en que, como de costumbre, acechaba la boca del desfiladero, mientras el viento lo tiranteaba como a volantín chupete, vió aparecer un hombre montado en hermoso macho negro, animal nervioso y dúctil, de reluciente anca y fina cabeza. Llevaba poncho el hombre y sombrero oscuro, levantada el ala sobre la frente a estilo mendocino, con barboquejo que le atravesaba las mejillas como negra cica-

triz. A juzgar por su actitud en la cabalgadura, era joven. En una mula que arreaba zangoloteábanse dos fardos de ropa o mercadería.

—Yo conozco a este ñato—murmuró el viejo Floridor, aguzando la mirada de sus ojos claruchos.

El hombre empezó a ascender el cerro y a medida que se acercaba latíale con más fuerzas el corazón al viejo, y cuando el viandante llegaba ya a mitad de la ladera, exclamó:

—Ese macho es Pancho....

Después:

—Esa mula es la Florisa....

Y por último:

—¡Y ese es mi hijo, por la misma!

Un instante después gritaba con voz trémula, mojada de ternura:

—¡Davcito!

Entre un aletazo y otro del viento, el grito rodó como guijarro claro cerro abajo y el que subía se detuvo, levantando la cabeza. Vió al viejo en la orilla de la meseta y le hizo con el brazo una ademán de saludo.

—¡Es David!—gimió el viejo, casi llorando, entregándose a una alegre danza, que el viento secundaba con sus soplos anchos—. ¡Es David!

Cuando el hombre hubo llegado a la meseta, desmontó de un salto y recibió entre los brazos, que al abrirse bajo el poncho parecieron alas de cóndor, el esmirriado cuerpecillo de Floridor. Perdióse el viejo entre los pliegues tibios del poncho y David Carmona hubo de inclinarse para recibir en las rosadas mejillas los besos húmedos de saliva y de lágrimas de su padre.

—¡Bueno, viejo, no llore!—exclamó David, abriendo en sonrisa su ancha y fresca boca, donde los dientes se alineaban como granos de choclo tierno.

—¿Cómo no voy a llorar, bandido? ¡Tanto tiempo

sin verte! Te pierdes como lagartija en la cordillera. ¿Sabías que estaba aquí?—contestó e interpeló Floridor, enjugándose lágrimas más grandes que sus ojos.

—Padrino Cheto me lo dijo.

—¿Viste a Aniceto por ahí?

—Anteayer lo encontré en la Laguna.

—¿Y de dónde vienes?

—De San Rafael.

—¿Y los caballeros que llevaste?

—Bajaron a Mendoza.

—Bueno, vamos al rancho. ¿Traes hambre?

—Traigo un poco de todo.

—¿Y plata?

—Un puñadito.

—¿Un puñadito grande o un puñadito chico?

—Regular, regular—sonrió David, abriendo una mano que parecía una pala.

Era un real mozo David Carmona, alto y cenceño, recto y firme como colihue, de cara rosada y ojos infantiles, boca ancha y fresca, de donde la sonrisa caía como guillave maduro, y sombreada por bigote fino y ralo que le hacía tenue sombra. Vestía a usanza campera, con botas, pantalón grueso, chaquetilla corta y pañuelo blanco al cuello. A su lado, el viejo Floridor parecía un cabrito. Era un hombre andariego—como decía su padre—que se aburría en la casa paterna y amaba la soledad de las montañas. Hizo a los diez años su primer viaje, como marucho de la cuadrilla de arrieros de su padrino Aniceto, y desde esa edad ya se echó a andar por el vasto mundo de las montañas. A los veinte conocía la cordillera como a sus dientes y sabía adivinar, sólo con oír el silbido o el chivato del viento, en qué lugar de ella se encontraba. Lentamente habíase ido alejando de su rancho y de sus relaciones familiares; lo buscaban como baqueano los cazadores de guanacos, los ganaderos contrabandistas y los viajeros y él no se negaba nunca y a veces

viajaba solo, por el placer de viajar, formándose así, poco a poco, un mundo aparte del de su hogar, con gran pena de los viejos, que, sin embargo, lo amaban precisamente por eso y porque les costó poco y prosperó por su inteligencia, por sus propios puños. Era para ellos un hombre, un verdadero hombre, casto y sobrio como animal de soledad.

Hasta media tarde estuvo acompañando a su padre y a su hermana y al irse dijo al padre, secretamente:

—Volveré pasado mañana; traigo un negocio macyo y necesito hablar con usted. Pero no se lo cuente ni a su camiseta....

Floridor Carmona se quedó pestañeando.



Tres días después y al mediar la noche, un hombre subía por el camino de la ladera, llevando de tiro una mula cargada con dos fardos, mula a la cual seguía otra, igualmente cargada; venía luego otro hombre y tras éste otro hombre otras cuatro mulas en idénticas condiciones, cerrando la marcha un último hombre. La cavarana diluía en la oscuridad de la noche sin luna y bajo el viento ascendía paso a paso, silenciosa, sintiendo ellos en el silencio el tamboreo precipitado del corazón. Llegados a la meseta torcieron hacia la derecha sin titubear, llevando de las riendas cada hombre una pareja de mulas. No hablaban y sus respiraciones jadeantes eran como un suave cuchicheo que el viento escamoteaba con mano rápida apenas salía de sus bocas entreabiertas. Más que hombres y bestias semejaban sombras, sombras de las altas montañas que hubieran adquirido movilidad a favor de la noche. Avanzaron a tientas, como en busca de algo, y atravesaron la meseta hasta el punto en que el camino empezaba a descender. Allí

se desprendió de entre las rocas una sombra y el hombre que marchaba delante se detuvo, inclinándose, procurando penetrar la oscuridad con miradas medrosas a la par que resueltas. Pero la sombra murmuró:

—Soy yo'....

—Davicito....

—Pasen ligero y sin miedo. Los milicos están bailando.

Incorporóse el bulto a la sombra, y hombres y bestias reanudaron el camino con más prisa y seguridad. Al finar la primera curva apareció el rancho, distante unos cincuenta pasos; dentro había luz y el viento trajo rasgueos de guitarra, el eco de una voz femenina que cantaba y repiqueteos de dedos ágiles. Una sombra oscilaba sobre el trozo de arpillera que le hacía puerta al rancho.

Pasaron apresuradamente, empujados por el viento. A la derecha el precipicio abrió su boca desdentada y el camino, temeroso de caer en él, se estrechó, pegándose a la pared del cerro. Marcharon todos en fila india y cuando una mula se detenía y vacilaba porque alguna arista de roca arañaba la tela de los fardos, se detenían todos, inquietas las bestias, anhelantes los hombres, que animaban al animal en peligro con palabras llenas de ternura. Pero el paso fué sorteado, el camino se ensanchó y durante largo rato el convoy de contrabandistas marchó sin detenerse. Por fin el hombre que marchaba adelante dió la voz de alto.

—Por aquí está—murmuró, tanteando el suelo con las manos—. Sí, aquí está.

Empujó a la mula, pero el animal resopló asustado, retrocedió e hizo retroceder a las demás.

—¡Mula mañosa!—rezongó el hombre y soltándola tomó las riendas de la que seguía; llevada a la orilla del camino, estiró el pescuezo, olfateó el suelo, tactó con suave pata el terreno y se deslizó por un senderillo

que bajaba hacia la quebrada. Una tras otras siguieron las demás y tras todas bajó el hombre que cerraba la marcha. Los otros, en la orilla del camino, oyeron un instante el ruido de los pasos que se alejaban, luego dieron media vuelta y retrocedieron, orillando el precipicio y deteniéndose frente al rancho.

—¡Están bailando, los niñazos!—dijo uno de ellos.

—¿Cómo se las arreglarán para bailar ahí?

—Los milicos son capaces de bailar en la punta de una bayoneta.... ¿No ves que bailan marcando el paso?

Dada vuelta la curva aparecieron en la meseta, donde se les unió el que acechaba, y los tres, achaparrados por el viento, sin hablar una palabra, se hundieron de nuevo en el lugar de donde habían surgido, en la ancha sombra, llena de aletazos y susurros.

Pero reaparecieron de nuevo a la media noche del día siguiente y la escena se repitió sin variación alguna. Fué en la tercera noche cuando los acontecimientos sucedieron de distinta manera, pues a uno de los soldados ocurriósele salir del rancho en el momento en que tres mulas cargadas, conducidas por un hombre, pasaban por el camino, y él, creyendo oír pasos, llevado del hábito y sin imaginarse lo que le esperaba dió la voz de alto, y como los pasos no se detuvieran avanzó corriendo. Cerca del camino y en la oscuridad tropezó con un hombre que parecía huir y a él se aferró; el hombre dió un tremendo grito, y procuró deshacerse del soldado, golpeándolo, pero éste no soltó su presa y gritó:

—¡José! ¡José!

La voz vibró, extendiéndose como una onda eléctrica en la noche, irradiando, al mismo tiempo que valor, zozobra y angustia.

—¡Qué!—contestó el otro soldado, apareciendo en la puerta del rancho.

—¡Trae las...!—exclamó el que luchaba, sin poder terminar la frase, pues un violento manotazo le llenó de sangre la boca. Pero el otro entendió lo que pasaba y lo que se le pedía y tomando las carabinas enderezó sus pasos hacia el lugar de donde venían los llamados. Allí el hombre se abrazó también a él y un instante después los tres luchaban en la sombra, profiriendo insultos y echando maldiciones, hasta que uno de los soldados retrocedió libremente unos pasos y amenazando con su carabina al rebelde, gritóle:

—¡Ríndete a la autoridad!

El hombre retrocedió también y alzando los brazos exclamó, con tono de asombro:

—¡Cómo! ¿Es la autoridad la que está peleando conmigo? ¡Por qué no me lo dijeron antes! Yo creí que eran salteadores... Baje la carabina, compadre; estoy dado.

Se apoderaron de él, llevándolo hacia el rancho; un empujón lo echó dentro y él entró, enredándose en la arpillera de la puerta, como si fuera una de las ráfagas del viento. Al verlo, la señora Mercedes exhaló un grito, pues el hombre, con la cara llena de sangre, rotas las ropas en la refriega, jadeando, el cabello revuelto, la color oscura y la mirada terrible tenía un aspecto espantable. Florisa escabullóse tras el tabique y don Floridor, si bien no hizo gesto ni movimiento alguno, sintió que el corazón le temblaba.

—¿Por qué te defendías tanto?—preguntó el llamado José, amenazante.

El otro soldado limpiábase la sangre que manaba de su boca rota. El interpelado respondió, sin amedrentarse:

—¡Y cómo no me voy a defender! Voy tranquilo por el camino y oigo que alguien me da el alto sin decirme por qué. Creyendo que es un bandido quiero

arrancar y él se me echa encima, me pega, yo me defiende—no soy zunco—, pero él llama a otro hombre y entre los dos casi me aturden a golpes. ¿Me iba a quedar con los brazos cruzados? La culpa no es mía, es de usted o de él—porque yo no sé cuál fué el que me atrincó primero—que no me dijo quién era.

—¿Y no te fijaste que éramos guardias?

—¿Cómo? ¿En la oscuridad? Más bien parecían perros.

La voz del hombre era entera y alta, sin vacilaciones, como de quien dice la verdad, y los guardias se desconcertaron un tanto; pero reaccionaron inmediatamente:

—¿Por qué ibas tan calladito?

—¿No se puede ir callado? Cada uno va como le da la gana. Yo no tengo costumbre de cantar cuando voy arreando....

Había sacado una gran pañuelo rojo y se limpiaba el sudor y la sangre; al hacerlo, mientras el pañuelo le cubría el rostro de frente, lanzaba de reojo miradas rapidísimas; una de ellas chocó con la del viejo Floridor, quien se sintió como trasminado por aquella mirada, delgada hoja de acero que vibraba.

Los guardias no sacaron nada de él; era un honrado arriero que venía de Argentina trayendo tres mulas con mercaderías cuya clase ignoraba; era chileno y hacía mucho tiempo que no transitaba por ese camino. Se llamaba Cupertino Morales. Nada más.

—¿Por qué no me deja ir a ver las mulitas? Se pueden perder—rogó, al terminar el interrogatorio.

—No.

—¿Pero, por qué me detienen? Soy hombre honrado.

—Eso dice usted, pero nosotros no le creemos. Golpea muy fuerte usted. Cuando amanezca iremos al retén y ahí decidirá el sargento.

—¿Por qué no vamos al tiro?—preguntó el hombre con aire inocente.

—¿Para qué tanto apuro? Esperemos un rato. ¿Usted conoce a este hombre?—preguntó el guardia a don Floridor.

—No, no lo conozco—mintió el viejo Carmona.

Vista la inutilidad de sus súplicas, el hombre pareció resignarse y se ensimismó, quedándose inmóvil, semi-cerrados los párpados. Los guardias observábanle con desconfianza, pues a pesar de sus excelentes explicaciones, a pesar de la sinceridad que reflejaban sus palabras, no le habían creído una sola de ellas. Fluía de toda su persona algo inquietante y turbador y parecía que de pronto iba a erguirse y a gritar con voz sobrecogedora, realizando en seguida una acción extraordinaria. Sin embargo, ni su figura, ni su actitud, ahora de reposo, podían presagiar tal cosa. Era un hombre de apariencia común, musculoso, vestido como cualquier arriero cordillerano, rostro oscuro y casi negro, cabello crespo, bigote rizado, dientes de bestia sana.

Eran sus ojos vivísimos, negros, que brillaban entre las pestañas como luces en la noche; sus movimientos resueltos y precisos y la elasticidad de su cuerpo al realizarlos; su voz sin vacilaciones, desnuda, que llenaba los oídos como un agua helada y que no dejaba oír cuando sonaba otra cosa que no fuera ella; era todo esto y su actitud de espera sin temor y sus contestaciones, que más que de hombre que decía la verdad eran de hombre que estuviera acostumbrado a darlas en otros idénticos casos, lo que le hacían sospechoso y temible. Además, pegaba muy fuerte, como no suelen pegar los hombres honrados y mansos, y los guardias, que sentían aún en sus costillas y en sus rostros el choque de sus duras manos, sospechaban de él por los machucones recibidos.

—No se me puede estancar la sangre—dijo el primer guardia—. Deme una copita de aguardiente, don Floridor.

Se vació el aguardiente en la boca, lo revolvió dentro como una brasa y haciendo una mueca espantosa se lo tragó, mientras el desconocido sonreía bajo su bigote negro. Quedó el rancho en silencio, y doña Mercedes, pretextando cansancio y sueño, fuese a acostar y se la sentía, tras el tabique, suspirar y revolverse sin poder dormir. Los guardias hundiéronse en profundas meditaciones y don Floridor, sentado junto a la lámpara a carburo que alumbraba el rancho, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, nervioso, con la boca amarga y seca, mirando tan pronto al desconocido como a los guardias. Pensaba. De todos los que allí estaban él era el único que conocía a aquel hombre. Si el viento que soplaba fuera era el espíritu de la montaña, el Negro Isidoro era el diablo de ella, el diablo, sí, y al decir esta palabra sintió que el ombligo se le helaba de miedo. Ubicuo e inencontrable, burlador de los más sagaces y pacientes sargentos fronterizos, contrabandista y cuatrero, valiente hasta la desesperación, tal era aquel hombre. Lo conoció niño, pues era oriundo de la comarca, y lo había seguido paso a paso en su carrera de diablo montañés, hecho a hecho, hazaña a hazaña; el Negro Isidoro pertenecía ya a la leyenda y no había nadie en la región que no lo conociera siquiera de oídas y hasta los mismos soldados que lo custodiaban con tanta indiferencia habrían oído su nombre muchas veces de labios del sargento. ¡El sargento Urriola! ¡Qué sorpresa si al día siguiente sus soldados le llevaran al Negro Isidoro! Bailaría de gusto quizá....

—¡Bueno!—exclamó de pronto el detenido, como despertando. Los soldados sobresaltáronse al oír su voz y el viejo Carmona casi cayóse de su asiento; pero él echó una mirada tranquila en derredor y

viendo sobre la mesa un vaso lleno de vino lo cogió, echándoselo al colete después de decir:

—Con permiso, patrón....

Luego cayó de nuevo en su quietud y mutismo y hasta pareció que se quedaba dormido; pero no dormía, no; todos sus sentidos estaban tendidos como un arco hacia afuera, hacia la sombra, donde la noche rodaba como un río empujado por el viento y desde dónde venían pequeños ruidos, susurros, deslizamientos suaves, rumores que sus oídos recogían, separándolos del gran grito del viento para diferenciarlos y reconocerlos. Cada minuto que llegaba y transcurría, lento o rápido, pues todos los minutos no son iguales, empujaba su vida hacia la salvación o hacia la muerte, y él los esperaba, ansioso, creyendo que cada uno de ellos le traería el acontecimiento deseado; pero aquella noche los minutos de al vida del Negro Isidoro cayeron como nueces vanas en las alforjas del gran arriero del mundo, el tiempo.



Por fin se fué la noche y con ella el viento. Por un rato el mundo quedó como vacío, indeciso respecto de su suerte, sin saber qué hacer ni con qué llenar la soledad que dejaran la noche y el viento. Una claridad sin luz, opaca, de neblina, surgía de la tierra y de las altas montañas, flotando en el espacio como un agua muerta, sin estremecimientos, sin vibraciones, estancada. Pero el amanecer echó a andar de puntillas sobre el mundo y avanzó; la atmósfera tomó de pronto un color más caliente que el de la cruda neblina de la madrugada, y una ráfaga de viento, atrasada, trajo un vuelo de tórtolas cordilleranas. Un águila se deslizó rectamente por los andariveles del aire y por su huella invisible el día empezó a echar sus horas nuevas.

—Andando—dijo uno de los soldados.

Todos estaban pálidos, brillantes los rostros, húmedas las manos. El hombre se desperezó, rugiendo al bostezar, llamando a la acción a sus músculos entumecidos por la inercia. El soldado que estaba junto a la puerta anunció:

—Las mulas han desaparecido.

—¿No ve? ¿Qué le decía yo?—dijo el hombre, sonriendo, porque la desaparición de las mulas le indicaba que sus compañeros estaban al corriente de lo sucedido, lo cual era una esperanza más para él.

Pero la desaparición de los animales hizo crecer la sospecha en el ánimo de los soldados, quienes resolvieron llevarle amarrado:

—Parece que usted se alegra porque las mulas han desaparecido y eso es raro en un arriero. Por si acaso, vamos a llevarlo amarrado; nadie sabe con quién ara en la cordillera.

El hombre juzgó inútil resistir y se dejó amarrar las manos. Todavía le quedaban esperanzas. Cuando se le acabaran ya vería lo que podía hacer. Uno de los soldados extrajo de su montura una cuerdecilla de unos cuatro metros de largo, aseguró con un extremo las manos del Negro Isidoro, y amarró el otro en una argolla de su montura. Hecho esto montaron y se alejaron los tres al paso, tranquilos en apariencia los soldados, rabiando y jurando por lo bajo el Negro Isidoro. Cuando llegaron al camino giró la vista hacia todas partes, pero no había nadie; juzgó entonces que no debía esperar más, que estaba abandonado y que debía confiar a su habilidad, a su valor y a su fuerza la salvación de su vida. Lo esencial era no llegar vivo al retén, pues temía al sargento Urriola tanto como hubiera podido temerse a sí mismo si fuera hombre honrado y en el mundo existiera alguien a quien llamaran el Negro Isidoro. El sargento no tendría consideración ninguna con él.

Los tres dieron vuelta el camino y el viejo Floridor, con el corazón lleno de temor y de coraje al mismo tiempo, los vió desaparecer. Él no podía creer que su hijo hubiera abandonado a su suerte al Negro Isidoro, no, señor, y aunque era su hijo y lo quería mucho, preferiría verlo muerto antes de saberlo cobarde. Desesperado entró al rancho, hablando solo, asustando con sus imprecaciones a su mujer y a su hija. Procuró explicarse, contar lo que sentía y lo que quería en ese instante, pero un disparo de carabina lo dejó con la boca abierta.

—¡Ave María! Han muerto al Negro Isidoro.

Pero el Negro Isidoro no estaba muerto. Estaba colgando en el precipicio, la cara roja de ira, las manos amoratadas por el estrujón de la cuerdecilla, mientras el soldado, parado a la orilla del abismo, se burlaba de él:

—¡Ah, diablo! ¿Creíste que la cuerda se iba a cortar? No, si es firme, para bandidos como vos. ¿Qué quieres ahora? ¿Un tiro en la cabeza? Ya decíamos nosotros que no eras pájaro de los que vuelan bajito. Toma.

Apuntó con su carabina; el Negro Isidoro gritaba:

—Mátame, cobarde.

Pero la bala pasó lejos de la cabeza del prisionero, pues el guardia no tenía intenciones de herirlo; sólo quería asustarlo. El otro soldado, a caballo, reía las frases de su compañero.

—¿No tienes miedo a las balas?

—¿Miedo? Otros más valientes que tú no han sido capaces de matarme. Tírame....

—¿Quieres...?—empezó a preguntar el guardia, pero tronó el estampido de un disparo y se le vió encogerse y soltar la carabina, que cayó al precipicio. La bala le había roto el brazo.

—¡Ahora, mi alma!—gritó el Negro Isidoro, entusiasta.

Resonó un nuevo disparo y la bala pasó silbando a escasa altura. El soldado con el brazo roto, inútil para luchar, huyó por el sendero, cubriéndole el otro la retirada. Llegados ambos al camino ancho, el herido continuó su marcha, y el otro, desmontándose, ocultóse tras una roca. Pero desde allí no veía nada ni oía otra cosa que los disparos. Desesperado, miró hacia el retén y vió que tres hombres, el sargento y los otros dos soldados, avanzaban a caballo por el camino. El herido continuaba su marcha vacilante, con un hombro encogido.

Entretanto, el Negro Isidoro, colgado sobre el abismo, gritaba:

—¡Por aquí, por aquí, niños!

Había logrado afirmar los pies en la pared del precipicio y sostenido de la cuerda pendía casi horizontal en el vacío; mas de pronto, asustado por los disparos, el caballo del soldado herido, a cuya montura estaba atada la otra punta de la cuerda, echó a andar y él se fué de bruces contra la roca. El golpe hizole perder el conocimiento y como el caballo no se detuviera, lo arrastró, desollándole el rostro el duro roce de la roca, de tal modo que cuando el cuerpo del Negro Isidoro llegó al camino, su cara no era sino una rosa viva de sangre, donde las piedrecillas fueron incrustándose profundamente. Desatáronle dos de sus camaradas, mientras el tercero, oculto el rostro por un pañuelo, seguía disparando.

—¡Vamos, vamos!—gritábanle sus amigos, zamarreándolo para reanimarlo.

—No veo, no veo—murmuró con angustia.

La sangre y la tierra habíanle cegado.

—Por la misma.....

—Tráiganme el macho y váyanse ustedes.

—¡Cómo se te ocurre! Camina.

Lo tomaron de los brazos, conduciéndolo hasta la

meseta. Allí, ocultas entre las rocas, estaban las cabalgaduras; le dieron la suya y él montó de un salto.

—¡Guíenme! Corran adelante....

Atravesaron la meseta corriendo velozmente y llegaron a la orilla de la ladera en el momento en que un disparo de los soldados atronaba el aire de la mañana.

—¡Aquí está la bajada! ¡Lárgate!

Apretó las piernas con toda su alma, espoleó vigorosamente al macho, y ciego, con el cabello erizado por el viento que volvía, se lanzó cerro abajo como una tromba, con el rostro sangrante, pegado al animal que se deslizaba casi sentado sobre la pendiente y sintiendo cerca de él los gritos de sus compañeros y el resonar de las patas de las otras cabalgaduras.

Cuando los soldados llegaron a la orilla de la meseta, los contrabandistas corrían ya por la garganta del desfiladero, a mucha distancia.



Al día siguiente el viejo Carmona fué desalojado del rancho, siendo inútiles sus palabras y sus razones para impedirlo. El sargento Urriola díjole:

—Yo no le echo a usted la culpa de nada, pero es necesario que se vaya, pues por culpa de su negocio ha pasado lo que ha pasado. Hágame caso, si no quiere que lo saque a empujones, viejo Carmona.

Y don Floridor no tuvo más remedio que liar sus bártulos y largarse con su mujer y su hija. Al irse exclamó:

—¡Buena cosa de harta pena que me da dejar esta mugre! Para lo que ganaba aquí.... Ahí te quedas, vejestorio.

En realidad, se iba sin pena. Sabía que en el rancho familiar lo esperaría Davicito, con los bolsillos llenos de billetes y una sonrisa de guillave en la boca ancha y fresca. Antes de dar vuelta el camino miró hacia el rancho y vió que éste, de nuevo abandonado, tenía como un gesto de asombro en su puerta oscura y abierta.

Manuel A. Seoane

NATURALEZA ECONOMICA DEL IMPERIALISMO NORTE- AMERICANO

II

NO ES IMPERIALISMO PROGRESISTA (1)

UNA buena parte de los defensores del imperialismo norteamericano opina, a veces sinceramente, que la llegada del capital extranjero en general, y yanqui en particular, favorece el pronto desarrollo de la economía del país que lo recibe.

Es evidente que nuestros países, por la variedad y riqueza de sus productos minerales, así como por sus enormes extensiones de terreno aptas para la agricultura, necesitan la movilización de grandes capitales que perfeccionen e intensifiquen las industrias extractivas del suelo y el subsuelo. Entendiéndolo así, no puede criticarse, en general, la venida de capitales extranjeros, ya que el Estado, por inercia e

(1) Véase el núm. 62 de *Atenea*.

impericia tradicionales, o los escasos capitalistas criollos, salvo excepciones, son incapaces de llevar adelante un programa audaz de explotación de las riquezas naturales. El imperialismo yanqui, con mejor visión que el imperialismo inglés, ha dado preferencia a esta clase de inversiones, que le brinda, al mismo tiempo que grandes utilidades, la oportunidad de establecer un contralor económico casi absoluto, como se verá más adelante.

También debe reconocerse que el capital imperialista desarrolla las formas de producción racionalizada y que, en este sentido, significa un avance dentro del desenvolvimiento capitalista. Hace desaparecer los métodos rudimentarios de la extracción. La técnica alcanza su más alto grado enorgulleciéndose de maquinarias y resultados casi fantásticos (1).

¿Pero esto es todo? En primer término, el imperialismo encuentra un marco de relaciones feudal y semi-esclavista entre el capital y el trabajo. Lejos de modificar ese sistema, lo asegura mediante el soborno de las autoridades cómplices. El secreto de su éxito estriba en la baratura de la mano de obra. Aprovechando las deficiencias de la organización política latino-americana, y el tipo feudal de las empresas mineras y agrícolas predominantes, que se cuida de mantener, la empresa imperialista se constituye en

(1) Así, por ejemplo, en Chuquicamata (Chile) las minas han sido desarrolladas y equipadas con palas eléctricas y a vapor, capaces de remover 43 mil toneladas de mineral al día. El porcentaje de la recuperación de cobre «se ha mejorado notablemente desde 66.87% en 1915 a 91% en 1921». Este extraordinario resultado se obtiene utilizando obreros descalzos, analfabetos, con un salario promedial de 0.96 dólares al día, por jornada de 9 y 10 horas.—Ricardo A. Latcham. *Chuquicamata, Estado Yanqui*. Santiago, 1926. Página 27.

También en Bolivia la técnica ha mejorado en tal forma que la producción de estaño alcanza de 350 a 400 toneladas por día, utilizando únicamente a 20 hombres que ganan un promedio de 0.50 a 1 dólar por día. La jornada de trabajo «suele llegar cerca de Potosí, a 36 horas alternadas con breves intervalos para comer y masticar la coca». —M. A. Marsh. *Nuestros Banqueros en Bolivia*. Págs. 67 y 68.

dueña y señora absoluta de la región que ocupa. No acepta ninguna ley de defensa social, no cumple la jornada de 8 horas, ni la responsabilidad por los accidentes del trabajo. La explotación del hombre por el hombre asume caracteres trágicos. En las minas de Chile, Perú y Bolivia, como en las plantaciones de Cuba, Colombia y Haití, el imperialismo aparece criminal y feroz. A veces este trabajo extenuante y semi-esclavizado aparenta ser bien retribuido en relación a los jornales existentes con anterioridad a la implantación de la empresa imperialista. Sin embargo, es una ficción. Los salarios son más altos, pero la vida es más cara. La misma empresa se preocupa de cercar a su obrero con una verdadera red de lugares de consumo obligatorio, donde la carestía artificial de los productos exige el gasto íntegro del jornal. La empresa imperialista, al mismo tiempo que mata el pequeño comercio de la región, o impide su desarrollo, logra que el dinero invertido en salarios retorne a su capital, con una considerable utilidad. El país que recibe a la empresa no sólo ve aguzarse la explotación humana, sino que se encuentra imposibilitado de crear un pequeño comercio y de disfrutar de los sueldos y jornales que la empresa paga. El feudo político es también feudo económico. La empresa sólo se adhiere físicamente al país. Económicamente no representa, en este aspecto, ni impulso «progresista», ni beneficio humano, ni fuente de riqueza.

En segundo lugar, analicemos sumariamente otra de las supuestas ventajas de la inversión imperialista, o sea los impuestos que paga al Estado. Advertiremos que en casi toda América Latina existe una organización defectuosa del sistema impositivo, que reposa casi íntegramente en los gravámenes sobre consumos generales. La famosa misión norteamericana Kemmerer, contratada por muchos países latino-

americanos, se ha preocupado de no variar semejante método, tan favorable a los intereses del capitalismo de su país. La empresa imperialista, pues, sólo paga débiles impuestos que están muy lejos de guardar relación con las enormes cantidades de productos que exporta o con la grandes utilidades que obtiene. La proporción de ventajas económicas es asombrosa. Dejan en el país colonizado un impuesto como diez, pero su utilidad real es como mil.

Empero, la producción aumenta de tal grado, y es tan pobre el presupuesto fiscal de nuestros países, que aun esa misma ridícula proporción de utilidades se va convirtiendo, dentro de la economía nacional, en la mejor fuente de ingresos. Poco a poco la vida económica del país colonizado comienza a girar alrededor de las altibajas del producto nacional cuya explotación ha perfeccionado el imperialismo. El café en el Brasil, el azúcar en Cuba, el petróleo en México, el salitre y el cobre en Chile, por ejemplo. Como el capital imperialista no tiene interés general en el desarrollo armónico de la economía de la región, sino exclusivamente en la producción de determinado producto, lleva ésta a sus últimos límites, ofreciendo, entonces, una realidad deformada: el sistema económico feudal intacto, salvo la explotación de ciertas materias primas, la que acusa características modernísimas y de la cual depende sustantivamente la vida nacional. El país «favorecido» está, en realidad, *condenado* a la monocultura. Lo peor es que, insensiblemente, esta deformación conduce también al dominio político. Si el Estado, por ejemplo, quisiera variar las tasas impositivas y obtener una utilidad más de acuerdo con las normas elementales de una justicia distributiva, a la empresa le bastaría disminuir la producción para crear déficit en el presupuesto, desocupación obrera con su consiguiente malestar social, necesidad de empréstitos, crisis de cambios y emisión

de moneda fiduciaria, como ya ocurrió en México cuando el imperialismo petrolero quiso obtener la derogatoria parcial de la Constitución de 1917. Además, como el imperialismo regula el mercado mundial, puede provocar una baja artificial, acarreando, entonces, los mismos perjuicios. Todo esto aparte, por supuesto, de las famosas «insinuaciones diplomáticas» que no hacemos valer en este caso, por no corresponder específicamente al mundo puramente económico.

Por otra parte, debemos tener en cuenta que como la empresa imperialista vende sus productos en dólares o libras esterlinas, en sus sedes de New York o Londres, no provoca demanda de moneda del país en que actúa. En consecuencia, no contribuye a una posible alza del valor internacional de esa moneda que redundaría en beneficio de su mayor valor adquisitivo. Los famosos balances de importación y exportación, que tan frecuentemente publican los gobiernos cómplices del imperialismo, y que acusan fuertes saldos favorables a la primera, son simples espejismos económicos. La balanza del cambio no los refleja, pues no responden a demandas efectivas de moneda del país semi-colonizado. La empresa imperialista sólo utiliza la moneda para pagar con ella, previa adquisición a bajo cambio, el trabajo de sus obreros y empleados nativos.

Si a tales circunstancias añadimos que, por la baratura de la propiedad en los países semi-coloniales, y por la potencia de su capital, al imperialismo le es fácil extender sus adquisiciones e instaurar un monopolio de hecho, con la consiguiente facultad de imponer precio de venta, comprenderemos qué efectiva y tristemente cierta es la colonización del país que admite a esas empresas sin ninguna condición (1).

(1) En Perú, por ejemplo, país productor de azúcar, cuyo costo por kilo

Veamos ahora otro de los renglones preferidos de las inversiones yanquis: los empréstitos. Digamos, ante todo, que se trata de colocaciones muy ventajosas para el capital yanqui, que obtiene un promedio de interés variable entre el 6 y el 8%, aparte de un descuento de colocación que oscila entre el 3 y $\frac{1}{2}$ y el 14%. Empero, si los gobiernos latino-americanos fuesen más honestos y dispusiesen de una *real libertad* para disponer de los capitales prestados, podrían efectuar inversiones que soportasen holgadamente tales intereses y descuentos y que significasen un real impulso a la economía del país prestatario. Pero el imperialismo yanqui no presta sin imponer condiciones. Absolutamente todos los contratos de préstamos en dólares, especifican el objeto de la inversión. Y esta inversión es siempre favorable a intereses ulteriores del imperialismo, como por ejemplo los préstamos para carreteras (que son consumidoras de automóviles, ruedas de goma y nafta norteamericanas) o los préstamos para ferrocarriles (cuando una empresa imperialista los necesita para disminuir gastos de conducción) o para redimir empréstitos anteriores, prolongando así, eternamente, la cadena opresora de las finanzas (1).

El capital prestado llega, por tanto, con una función específica, perfectamente de acuerdo con los intereses generales del imperialismo y como una nueva llave de deformación. Si hay alguna distracción de fondos en cuanto al objeto predeterminado del prés-

se calculó en Junio de 1927 en 24 centavos, aquella se vendía a 40 centavos el kilo. Y en el exterior, la misma azúcar peruana, de las mismas empresas obligadas a soportar competencia, se vendía a 32 centavos el kilo, o sea el 20% más barato que en el lugar de producción.—*La Crónica*, Lima. 22 de Junio de 1927.

(1) De veinticuatro empréstitos contratados por las repúblicas latino-americanas en 1927-28, 14 fueron para redención de otros anteriores, o «estabilización financiera», ocho para obras públicas (camino, pavimentación, higiene, edificios públicos, etc.) y sólo dos para aumentar el capital de instituciones del Estado.

tamo, será sólo a favor de los bolsillos de los políticos que sirven de agentes al imperialismo. Pero aún hay más observaciones que hacer. Los prestamistas no sólo cobran una excelente comisión y aseguran una inversión que les convenga, sino que, de paso, se adueñan, a manera de garantía, de los órganos vivos de la economía del país, como las aduanas, la recaudación de las rentas internas y hasta la administración del crédito mediante la fiscalización de los Bancos del Estado. Por último, la intervención del Departamento de Estado de los Estados Unidos en la contratación de todos los empréstitos, visándolos y fiscalizándolos, establece una dominación casi literalmente política, que traba para siempre toda posibilidad de autonomía económica del país prestatario. En estas condiciones no puede sostenerse que el capital puro, o sea el capital financiero, contribuya a desarrollar un país. Lo esclaviza, lo subordina a los intereses de su sede, o sea, ahoga sus posibilidades de desarrollo independiente conforme a las características y conveniencias de la región.

Para concluir con este análisis somero de las formas de penetración económica del imperialismo, observemos que América Latina, con sus cien millones de habitantes, constituye un excelente mercado de consumo de productos manufacturados. Su industria está muy lejos de poder subvenir, en cantidad y calidad, a las necesidades de la demanda. ¿Por qué el imperialismo capitalista, este bienhechor diluvio de dólares, no la impulsa, contribuyendo auténticamente al desarrollo económico del continente? Lejos de ello, el capital imperialista no se invierte en *Industrias de Transformación Secundaria*. Sus Bancos, directos o indirectos, se rehusan a financiarlas. Además, combaten por todos los medios el desarrollo de la *Industria pesada*, verdadera llave del desenvolvimiento industrial. Es que las importaciones de productos manu-

facturados en Norteamérica significan un 67% de lo que América Latina consume. Esta cifra es un índice que ha venido en progresión creciente y nada indica que se deba detener ahí. El industrialismo yanqui, abarrotado y sin embargo a media producción, no va a crear ni a dejar vivir una industria de competencia que lo perjudique. Por consiguiente, el imperialismo no solo mata a la pequeña industria existente en América Latina, amparada por su mejor propaganda y por las franquicias aduaneras que se procura, sino que constituye una seria muralla para todo intento de industrialización.

Resumiendo las observaciones de este análisis sumario, comprobamos que el capital imperialista no vivifica el organismo económico del país en un sentido integral y sincrónico. Por el contrario, mientras conserva las características feudales y semi-esclavistas que encuentra, cierra el paso a todo intento de industrialización, ahogando la naciente, fiel al principio monopolista que lo engendra. Se apodera de los órganos principales de la economía como garantía de sus empréstitos y condena a los países a la monocultura. Exporta su cobre, o petróleo, o salitre, o café, o azúcar, en cantidades fabulosas, perfeccionando los sistemas técnicos de su producción. Pero, en cambio, desarrolla una economía monstruosa, unilateral, que depende de un solo producto y a veces de una sola voluntad. En síntesis: se adueña económicamente del país para explotar sus riquezas naturales, hacerlo fuente de materias primas y asegurarlo como mercado consumidor de sus productos. En tales condiciones la economía latino-americana, con la llegada del capitalismo imperialista, no se transforma. Se deforma, que no es lo mismo.

LOS QUE NIEGAN EL IMPERIALISMO

Podría concluir aquí la serie pintoresca de equí-

vocos, voluntarios o no. Pero aun hay otro caso más grave: los que niegan rotundamente al imperialismo yanqui y tributan alabanzas desmedidas a todo acercamiento con Norte América.

En realidad, éstos que niegan el imperialismo forman el séquito servil del capitalismo invasor. Pertenecen, en su gran mayoría, a la vasta fauna burocrática y parasitaria que se enriquece rápidamente sirviendo de intermediaria, agente, empleada o comisionista del imperialismo.

Toda esta rica clase de zánganos de las clases productoras niega el proceso de violencia del imperialismo y se adjudica a sí misma el mérito aparente que representan los signos exteriores del progreso material. Son en verdad una prolongación intelectual de los prestidigitadores de salón, concebible únicamente en nuestra América Latina, donde el hábito de no analizar los problemas hasta sus últimas consecuencias y el enorgullecerse como «fidalgos señores» de toda elegancia externa, permite ocultar, con los agradables velos de las carreteras y el cemento armado, el sordo proceso de humillante esclavitud económica que el imperialismo acarrea. Ellos alaban al imperialismo y niegan la opresión. Y esta actitud, que aparece absurda e inexplicable a los ojos de quien tiene modelada su conciencia social, resulta eficaz y certera en más de las dos terceras partes de nuestros países latino-americanos.

Conviene, por tales razones y circunstancias, señalar a la observación y a la crítica estas teatrales actitudes panegiristas del imperialismo. Si bien en otros medios serían ridículamente inofensivas, se convierten en peligrosas y engañosas en un continente de tan peculiares características espirituales (1).

(1) Así, con gran boato, en banquetes suntuoso, ha habido embajador yanqui en Perú que ha comparado a Bolívar con Leguía. (Discurso pronunciado el 16 de Marzo de 1928 por Mr. Poindexter.) Este Mr. Poindex-

ESENCIA ECONÓMICA DEL IMPERIALISMO YANQUI

Hemos analizado, hasta aquí, los diferentes factores políticos, raciales, demográficos y culturales que animan la vida norteamericana, y hemos deducido, de cada examen particular, que ninguno de ellos, ni su conjunción parcial o total, puede constituir la acción motora esencial que impele, más allá de sus fronteras territoriales, y especialmente sobre los países ubicados al sur del Río Grande, a ese complejo conjunto de fuerzas económicas, políticas, militares y culturales que integran el avance imperial de Yanquilandia.

Descartados, pues, tales factores aparentes, que tantos espejismos suscitaron en los sectores literarios y románticos del anti-imperialismo sentimental de ayer y de hoy (1), nos resta examinar la organización económica de los EE. UU., su grado de desarrollo industrial y financiero; sus necesidades y conveniencias económicas y políticas; la fuerza expansiva de sus trusts, monopolios y demás formas de

ter era, al mismo tiempo, agente de un Mr. Davis que obtuvo gruesas concesiones en la zona selvática peruana y a quien, luego de renunciar su cargo, sirvió como abogado en una causa contra este Legúa y este Perú. Pero sigamos probando. Legúa ha declarado lo siguiente respecto a los EE. UU.: «Los antiguos llamaban a Roma la reina de las naciones. Los modernos deben llamar a EE. UU. la nación de la justicia.» (Mensaje a EE. UU., del 1.º de Enero de 1926.) Otra: «Espero que la voz autorizada (?) de cubanos y peruanos redimirá al coloso del norte de la acusación de rebuscado imperialismo.» (Discurso al embajador de Cuba, Márquez Sterling, el 9 de Septiembre de 1927.) Otra: «La invariable e inalterable política de mi gobierno será siempre favorable a la actitud civilizadora de los EE.UU. respecto a los países americanos, cuya libertad defienden y cuyo progreso protegen sin motivos ulteriores o egoístas.» (Cablegrama a J. Brown Scott el 14 de Marzo de 1928, a propósito de la 6.ª Conferencia Panamericana.) Y esta otra: «Creo que las intervenciones no constituyen un peligro para América sino una ayuda para las naciones débiles que las piden, dadas sus luchas internas.» (Manifestaciones a la U. P. publicadas en *La Prensa* de Buenos Aires el 9 de Marzo de 1928.)

(1) Rubén Darío, en su *Canto a Roosevelt* y José Enrique Rodó, en su *Ariel*, constituyen los ejemplos típicos de una oposición al imperialismo, muy noble, pero totalmente literaria y descentrada, lejos de una verdadera y profunda comprensión del problema.

concentración capitalista; y el grado de ingerencia que todos estos valores tienen en el aparato estatal.

Entonces se verá cómo esa formidable organización capitalista, llegada a un elevado estado de desarrollo, encierra la verdadera llave motora de la acción imperial. Todas las heterogéneas manifestaciones que emergen a la superficie de una observación apresurada no son sino reflejos, más o menos indirectos y deformados, del múltiple afán que se genera en la vasta y complicada trabazón económica. Como aquellos sueños de que nos habla el psico-análisis freudiano, donde el intento subconsciente se desfigura y adorna, llegando hasta presentarse como expresión contraria del deseo auténtico que alienta, el imperialismo norteamericano suele reservarnos excelentes disfraces, que pueden sorprender a quienes no poseen ni practican una interpretación rigurosamente económica del mismo. Repitamos, pues, hasta el cansancio este carácter determinante del conflicto insistiendo en que todo otro valor o fuerza social sólo posee una función incidente y secundaria, casi siempre inapreciable, en la realización de los hechos que constituyen el proceso del avasallamiento estadounidense.

Neguemos, también, esta pretendida ceguera y desorganización del imperialismo, que sus defensores intentan atribuirle, parapetados en los últimos reductos, con la ingenua intención de disminuir la adopción de lógicas medidas de resistencia. El imperialismo obedece a leyes económicas, perfectamente observables y comprobadas, que le dan un carácter coherente y orgánico, a pesar de la variedad de recursos y de la extraordinaria rapidez con que desarrolla su acción.

La evidencia de este carácter económico y consciente del imperialismo ha sido reconocida, casi sin excepción, por todos los estudiosos de la materia

y por los jefes de los movimientos políticos destinados a contrarrestarlo.

Lenin, cuya versación económica nadie discute, consagró un estudio al imperialismo en abstracto, llamándolo «la fase monopolista del capitalismo». Y añade que sus cinco signos fundamentales son: *a)* La concentración de la producción y el capital y el nacimiento del monopolio; *b)* Creación del capital financiero por la fusión del industrial y el bancario; *c)* Aumento típico de la exportación de capitales; *d)* Formación de monopolios internacionales y *e)* Fin de la partición colonial del globo entre las potencias imperialistas.

El economista inglés J. A. Hobson hace notar que el imperialismo «implica el uso de la maquinaria de gobierno por intereses particulares, principalmente capitalistas, para conseguirse ganancias económicas fuera de su país». W. S. Culbertson lo describe como «la expresión económica de la civilización occidental allende los mares». Scott Nearing y J. Freeman observan que el imperialismo yanqui, «imperialismo financiero, se desarrolla normalmente en tres direcciones: 1) Busca de recursos y materias primas; 2) Busca de mercados para la producción excedente, y 3) Busca de oportunidades extraterritoriales para hacer negocios».

Haya de la Torre, fundador del Apra y leader de un vigoroso movimiento anti-imperialista dice:

Nuestro conflicto con EE. UU. es fundamentalmente económico y su expansión política significa ante todo expansión económica, emigración de capital, conquista de mercados, vale decir, imperialismo.

Y añade:

Llamamos imperialismo a la exportación de capital de los grandes centros industriales como EE. UU., Inglaterra, etc.,

hacia los países no desarrollados económicamente, con el objeto de invertir en ellos esos capitales, y hacerlos producir por el trabajo barato de los brazos nativos.

Alfredo L. Palacios, presidente de la Unión Latinoamericana, y uno de los anti-imperialistas más respetados y valiosos del continente, dice:

Vuestro capitalismo, que tiene a su servicio la maquinaria del gobierno, es imperialista y marcha vertiginosa, agresiva, locamente, arrasando con todo para ensanchar el mercado y exportar capitales, en gran parte a nuestros países que pierden su soberanía, convirtiéndose en colonias.

José Ingenieros, uno de los maestros americanos y una de las voces más enérgicas del anti-imperialismo, decía:

La voracidad de la casta privilegiada de los EE. UU., acrecida con su potencia económica, presiona la política en sentido imperialista y ha convertido al gobierno en instrumento de sindicatos, sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad.

Leland H. Jenks, en su estudio sobre Cuba, luego de renunciar a una definición abstracta de lo que es el imperialismo, dice:

Convencionalmente hemos dado por supuesto que el proceso imperialista es en esencia como sigue: 1) Los banqueros y negociantes aprecian la oportunidad de una ganancia pecuniaria en ciertas regiones relativamente retrasadas, política y económicamente; 2) A su penetración siguen llamamientos a los Ministerios de Asuntos Extranjeros de sus respectivos países; 3) Estas demandas conducen inmediatamente a la intervención armada y a la administración política de las susodichas regiones.

Finalmente, para no hacer pesada esta lista, recordemos sólo que Camilo Barcia Trelles, profesor especialista de la Universidad de Valladolid, dice:

El imperialismo es más bien un desenlace; proviene de una necesidad de expansión, más comercial que territorial, más económica que política.

Unánimemente, pues, aunque bajo distintas modalidades, se reconoce que el imperialismo, o sea la expansión de un país más allá de sus fronteras, obedece a razones económicas que tienen su origen profundo en la organización social vigente. Puede afirmarse que no es sino un estadio, una etapa de su desarrollo, a la que se arriba por una lógica razón del crecimiento capitalista.

En ninguna parte como en Norteamérica este proceso ha seguido una línea más clara y precisa, desde los primeros balbuceos industriales hasta su época imperial. En efecto, los EE. UU., dueños de un territorio llano, con grandes riquezas agrícolas y minerales, y cruzado por ríos navegables, surgieron a la vida económica cuando la máquina y el industrialismo subsiguiente inauguraban una nueva era en las relaciones de la especie (1).

Al amparo de las mejores circunstancias propicias, su industrialismo alcanzó altísimo grado de producción, al propio tiempo que se concentraba en trusts, carteles y monopolios. Los Bancos, simultáneamente, desarrollaban su acción y, aliándose con los industriales, dieron margen al nacimiento del gran capital financiero. La guerra europea ultimó este proceso de crecimiento al convertir a los EE. UU. en los proveedores de dinero del mundo. Wall Street pasó a ser la primera potencia económica.

Pero su mismo poderío, su alta capacidad expansiva, la multiplicidad de sus necesidades económicas, amén de la urgencia de velar por la seguridad política

(1) Bajo el capitalismo, la máquina no es esclavo sino amo. Bajo un sistema de ganancias y de producción para la venta, no para el consumo. ¡La máquina, que gana y produce, tiene que seguir siendo el amo.»—Waldo Frank. *Mensaje a la Argentina. Repertorio Americano*. N.º 20, 1929.

de tan valiosos intereses, habían arrastrado al capitalismo yanqui, en acción gradual e incesante, a depender de una serie de circunstancias, riquezas, hechos o condiciones ubicadas más allá de los límites políticos de la nación. La acumulación producida sin descanso en el interior de sus fronteras tenía que derivar en un rebalse lógico e indispensable. La transición, la traslación—mejor dicho—del epicentro económico apenas perceptible en los primeros pasos, fué, después, el rasgo característico del capitalismo yanqui. Esta transformación había de tener repercusiones naturales. Ese capitalismo, al transportar fuera del país los ejes principales de su organismo funcional, arrastró al Estado norteamericano a una política de consecuencia solidaria con él, es decir imperial.

Ya habrá oportunidad de seguir más en detalle el proceso de la organización capitalista estadounidense hasta el total montaje de la maquinaria imperialista. Sólo corresponde, por ahora, una vez entrevistadas sus colosales dimensiones, señalar las cinco principales leyes que, en nuestro concepto, norman su movimiento exterior.

Ellas son:

1) Como consecuencia de su formidable desarrollo industrial y el buen éxito de su técnica racionalizada, surge la *necesidad de mercados de consumos* para exportar a ellos sus productos manufacturados. La industria yanqui, no obstante trabajar a media producción en general, ha abarrotado el mercado interno y se encuentra en la necesidad angustiosa de dar salida a sus productos elaborados. Para esto utiliza su posibilidad de otorgar largos créditos, su ingerencia en las aduanas extranjeras, su colosal armazón de propaganda y la acción insidiosa de sus sucursales bancarias en el exterior.

2) Pero esta misma industria, por sus grandes nece-

sidades, y para imponer cierta uniformidad de precios, no solamente tiene *necesidad de ciertas materias primas*, sino también procura su posible monopolio. Así se explica la despiadada lucha por el petróleo; oro blanco del industrialismo contemporáneo; el cobre, el salitre, el caucho, etc.

3) La acumulación no es sólo de orden industrial. También lo es de capitales. El mercado interior no rinde utilidades suficientes pues cada vez hay mayor oferta de dinero. Entonces se advierte la *necesidad de exportación de capitales*, expresada en los empréstitos, las concesiones, los monopolios en el extranjero, la política bancaria, etc., buscando las pingües utilidades que se obtienen en los países semi-coloniales (1).

4) Pero esta colosal organización imperialista, desarrollada principalmente por los bancos y las industrias, se apoya sobre la realidad política norteamericana, que responde, por partes iguales, al sector industrial y al sector agrícola. Todo el sur de los EE. UU. se dedica preferentemente a la producción agropecuaria y, lejos de obtener beneficios inmediatos de la acción imperial, ve en ella a los órganos introductores de materias primas competidoras que, favorecidas por la baratura del brazo semi-colonial, pueden acarrearle graves perjuicios. Reclama, pues, su parte en el beneficio nacional y surge, entonces, la *necesidad de regular ciertos mercados*, por la razón o la fuerza, mediante el alza de las tarifas aduaneras o el dumping, formando carteles e imponiendo precios. Esto es lo que

(1) «La Cartera exterior de los EE. UU. fué avaluada así, a fines de 1925, en América Latina: 4.210 millones de dólares (22% en valores del Estado y 78% en valores industriales); en Canadá: 2.825 millones de dólares (41% en valores del Estado y 59% en valores industriales); en Europa: 2.500 millones de dólares (73% en valores del Estado y 27% en valores industriales; y en Asia, Oceanía, etc.: 870 millones de dólares (60% en valores del Estado y 40% en valores industriales).»—*Bulletin of the Department of Commerce*. 1925. Pág. 15.

vemos en la producción del azúcar, la carne, el trigo, el maíz, etc.

5) Finalmente, toda esta vasta organización económica que posee de hecho la hegemonía del globo, precisa estar a cubierto de posibles agresiones armadas. Surgen, entonces, las *necesidades estratégicas*, que han determinado la acción imperial en Panamá, Nicaragua, Cuba, Haití, etc.

Tales son, a grandes rasgos, y dentro de cierta generalización forzosa, las fuerzas impelentes que mueven la acción de los EE. UU. en la América Latina y en el mundo.

Antes de verlas con más detalle, y convencernos del riguroso encadenamiento que arrastra al capital yanqui hacia el imperialismo, digamos que si una especie de inercia fatal conduce a los EE. UU. a mantener, violentamente, su posición de privilegio en el mundo, nada nos obliga a nosotros, latino-americanos, a resignar nuestro porvenir en el marco de una misión colonial y esclavizada.

Observando este mecanismo que empuja a la expansión, los enamorados de EE. UU. deducen los derechos de éstos a defenderse, pero olvidan las no menos legítimas expectativas de los pueblos latino-americanos a construirse un futuro libre de esta opresión y del ritmo materialista y doloroso que da a la vida del hombre la organización capitalista de la sociedad.

Analizando el fenómeno imperialista, veremos cómo esta justa aspiración es algo más que un sueño de teóricos alucinados, a poco que se despliegue una acción inteligente y tenaz. El gigante norteamericano también tiene los pies de barro. La base de su desarrollo, el respeto absoluto a la propiedad privada, puede encerrar, provisionalmente, dentro de una política de nacionalización de la riqueza, el secreto de nuestra libertad.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LA BURGUESIA Y LA REVOLUCION

CARTA ABIERTA A PROPÓSITO DE MI ÚLTIMO LIBRO

ME escribe usted, señora, una carta muy sincera que le ha inspirado la lectura de *Vers l'autre flamme*. Es un documento característico, por su origen y filosofía, su concepto de la vida y de la naturaleza humana. Constituye una manifestación de una clase, de su clase burguesa, que reconoce, por la pluma de uno de sus miembros más representativos, su decadencia moral, su desolación, su escepticismo, su resignación. Si comparo su carta con otros testimonios que he recibido de personalidades semejantes a la suya, debo reconocer la existencia de un estado de ánimo francamente desmoralizado, que reina desde hace tiempo en las esferas más activas y las más audaces inteligencias del pensamiento francés.

En efecto; después de mi regreso de Rusia y del grito de rebelión que me arrancó la actual dictadura del proletariado, han sido numerosas las personas, de su calidad y de su mundo, que me han participado su contrariedad y la absoluta falta de fe en una fuerza eficaz puesta al servicio del bien general. Esto ha servido para confirmar la decepción que traía y, como usted dice, para *reconocer* mi *valentía* de manifestarla públicamente. Ha contribuido también para confundir en una sola ambas decepciones, anular todo espíritu revolucionario y

obligarme a reconocer que *el bien que hemos adquirido hasta el presente es todo lo que podemos esperar de este mundo.*

Pero usted lo manifiesta más claramente: *Con mis pacíficos medios y mi dulzura de mujer, sin salir de la clase en que he nacido, he podido llegar al mismo resultado...*, es decir, a la soledad, al aislamiento, después de haberse convencido de que *la humanidad que buscamos no existe ni existirá nunca más que en los individuos. La colectividad es siempre un monstruo*. Y aun más: *Mientras haya seres humanos sobre la tierra, los grandes comerán a los pequeños. El universo ha sido establecido sobre la base de la ferocidad.*

¿Cuál es la conclusión? La suya: *Estamos, entonces, frente a un CASO DESESPERADO. Y ¿qué se puede hacer delante de esto? Ninguna revolución irá tan lejos como los Evangelios, y los Evangelios son un fracaso. ¿Qué queda por hacer? Procura, individuo, ayudar, mejorar, salvar a los individuos. Por mi parte, nunca he perseguido otra cosa y en ese sentido me preocupó mucho, tanto en mis libros como en mi vida privada.*

Es usted, señora, muy buena al preocuparse mucho en ese sentido, pero, a pesar de su sinceridad, no me parece muy justo su modo de confundirme con usted y los de su clase. No me siento bien viéndola filosofar acerca del fracaso de los Evangelios, la humanidad que buscamos y los grandes que comerán a los pequeños. Un excelente amigo mío, que es médico burgués y muy humanitario, me dijo un día que todo esto pertenece a la biología y que yo estaba en un error al pretender cambiar el orden de las cosas.

No conozco la biología ni los Evangelios. Tal vez haya contentado a todos al escribir mi último libro, pero también es posible que no haya logrado expresarme claramente. Como soy un obrero auténtico meto con frecuencia los pies en el plato. *Pero siempre sé lo que quiero.* Si cien veces me derriban, otras tantas rebotaré cayendo sobre mis pies. Sepa entonces que mi último libro no se presta para filosofías ni ha sido escrito con la intención suya.

Le hago notar todavía que no soy de aquellos que juzgan a la clase de usted como la única responsable de todas las desgracias que acaecen en el mundo. Con mi propia clase no tengo otra relación que la del sufrimiento que nace de su vientre.

Eso es todo. Por lo demás pertenezco a la vida. Y eso me permite hablar a usted con toda libertad. Yo la creo buena, justa, generosa. Estoy convencido de que si le fuera confiado el gobierno del mundo, usted se aplicaría a crear un orden social equitativo, reservando siempre, para usted y los suyos,

agradables privilegios. Y, puesto que afirma haber permanecido dentro de su clase y esa clase es la que gobierna al mundo —yo bien sé cómo—, es necesario que cada cual quede en su sitio: usted, en el suyo; yo, en el mío. Así, mientras permanezcamos en nuestros respectivos lugares, toda disertación relativa al *universo que está establecido sobre la base de la ferocidad* será imposible.

Yo voy más lejos: en su lugar y dirigiéndome a un hombre para el cual el orden burgués es una ofensa a la justicia, me sería penoso ostentar un escepticismo tan confortante. ¿Es necesario conocer a Descartes, o basta sufrir la falta de pan, para comprender que la repartición no es equitativa? Error abominable.

Usted tiene a su lado el bienestar, las cenizas del Evangelio para consolarse, todos los ejércitos de la tierra, del mar y de los aires para defenderse. Nosotros no tenemos más que dos brazos vacíos, miserables cuando no están ocupados y miserables también cuando lo están. Esto es comparable a la situación de un hombre, a quien obligara a sentarse sobre un montón de brasas, mientras usted, sentada frente a él, pero sobre un sillón, le preguntara:

—¿Qué piensa, amigo mío, de este *caso desesperado* que representa el fracaso de los Evangelios?

—¡Yo sólo pienso señora que mi trasero está ardiendo!



De esta manera quiere usted filosofar conmigo, convencida de que nuestras situaciones son iguales y de que estamos en perfecto acuerdo. Me lo dice desde el comienzo de su carta: *Usted ha abandonado todos los barcos, aún este último: el comunismo ruso. Y se encuentra solo, entonces, en su isla de Robinson. ¿Sólo ahora se ha dado cuenta de su soledad? Hace tiempo que yo la conozco.*

No sólo conoce usted la suya, sino también la mía, porque agrega, al final de su carta: *Hace tiempo que he adivinado en sus libros y mejor en sus ojos, lo que es usted. Pero ahora, después de lo que acabo de leer, pienso que es mucho más que eso: permanece en lo absoluto, como un niño pequeño.*

De esto se deduce que, usted en su clase y yo en lo absoluto, ambos estamos convencidos que el último recurso que nos queda en la vida lo constituyen la carabela de la resignación y una prudencia circunspecta.

No. No es eso. *Lo que he sido, lo que soy*, usted lo ha adivi-

nado mal en mis libros y mucho peor en mis ojos, que no han hecho más que divertir a su distinguida sociedad en una tarde de melancolía.

Desde luego, yo no he *abandonado* ningún *barco* por la sencilla razón que jamás me he embarcado. Durante toda mi vida no he hecho más que bordear alrededor de un solo barco; el que traía las reivindicaciones de mi clase.

Contrariamente a usted, que ha permanecido en su clase, yo he salido de la mía desde los doce años. En esa edad de los sueños, me convencí de que los sueños de mi clase no eran los míos. (¿Ha leído usted *Mes Départs?*) Mi clase obligaba a los primogénitos a permanecer diez años junto al mismo almacenero gordo, para llegar a ser otro, tan gordo como él o aún más. Mi buena madre no hubiera deseado otra cosa para mí. Si no vió satisfechas sus aspiraciones al respecto, fué porque yo me negué terminantemente a ello desde la edad de los sueños.

Luego, llegado a la edad de la conciencia, advertí, del mismo modo que por medio de los sueños, que mi clase no tenía más conciencia que la de usted. La *conciencia de clase*—de que habla cierta doctrina, indicada por la ferocidad de ustedes para defenderse y nuestro deber de atacarlos—no es más que *la conciencia de los apetitos de clase*. (Esto se ve en su Estado burgués y en el Estado proletario.) Agradezco la conciencia. No teniendo apetitos no necesito de tal conciencia. No tengo más que mi conciencia. Y deseos. No vivo más que de deseos. Estoy blindado.

Pero puesto que su clase da el ejemplo del apasionamiento por todo lo que es estómago, y nada más que estómago, ¿por qué no quiere que me solidarice con los apetitos que ustedes despiertan entre los míos y que tienen al menos la excusa de sentir hambre desde hace siglos?

He tomado su partido, desde mi adolescencia, con la enorme tristeza íntima de saber que aunque es la misma nuestra necesidad de pan, no lo son nuestras aspiraciones. Y no por eso he combatido menos, en las filas y fuera de las filas, con el brío que se conoce. Eso es lo que yo llamo haber *bordeado* alrededor de un barco que trae las reivindicaciones de mi clase.

Parece que usted no ha hecho lo mismo. Habiendo hecho crisis los *Évangélicos* y teniendo el sustento asegurado, se ha conformado, acomodándose en una soledad mohina entre sus libros y su caridad. Sin salir de su clase. Y sin defenderla. Ni *absoluto*, ni solidaridad. Tal vez es esa la verdadera sabiduría. Pero así no podemos entendernos.

Para poder comprender la situación de mi clase por sí misma, dése cuenta de la distancia que nos separa y de que le hace falta un esencial elemento de juicio: *Usted no tiene idea de lo que significa batallar toda una vida por un pedazo de pan y no obtenerlo más que defendiéndose con todo el cuerpo. Es una muerte sin fin.*

Aunque se tenga inteligencia y sensibilidad equivalentes, la lucha por el pan reviste al hombre de un odio contra la sociedad y de un deseo de combatirla que ningún escepticismo puede atenuar. Júzguelo usted.

A los doce años, con el certificado de estudios en la mano, o sin nada en ella, dos brazos afectuosos te empujan por los hombros hacia la calle en donde te abandonan: *Ahora, anda hijito: yo no te puedo alimentar: búscate solo la vida.* Hete aquí a la buca de tu *absoluto*; la existencia así no es más que una agonía.

Y encima dice usted: *Yo sé que la humanidad que buscamos no existe . . . , etc.*

No. No *buscamos* la humanidad; la busca usted. Nosotros no buscamos más que nuestro alimento, como los perros vagabundos. De la humanidad que usted busca nos hemos curado. Esa humanidad la encontrará o no, nada se lo impide, mientras despliega su servilleta al mediodía diciendo, como me lo escribe: *Es necesario que nos resignemos y procuremos hacernos mejores en nuestra propia esfera, nosotros que estamos tan extraordinariamente imbuidos de piedad y honestidad.*

Nosotros . . . ¿Quiénes? ¿Usted y yo? Yo no tengo los medios necesarios para estar imbuido de piedad y honestidad, mi señora. No tenemos la misma honestidad ni la misma piedad. En usted ambas constituyen dos aspectos engañosos de la misma virtud fácil. No le cuestan más que las migajas que caen de su mesa. En mí, son parte de una fuerza que algún día puede costarme la vida. Porque mi odio contra el orden de ustedes no es el de un hombre de salón, sino el de un hombre de la calle. Y en esta horrible calle de nuestro siglo mecánico, pudiera ser que algún día llegara a separarme, no sólo de mi clase, sino hasta de mi último amigo.

Mi clase y mis amigos no descienden a la calle más que para poner humildemente las manos en su querida fábrica, la inno-ble mazmorra de ustedes, la suprema divinidad de ellos, mientras que para mí la fábrica no sirve más que para *volar* y me hace sonreír su *racionalización* aun la más comprensiva, capitalista o soviética. Soy en la calle el *hombre sandwich*: entre

la cadena de oro y los piojos, prefiero los piojos. Pero tengo derecho a rascarme a gusto. Sin ninguna racionalización.

Vea usted hasta dónde me lleva mi soledad.



Ella ha sido casi absoluta desde el día en que abrí conscientemente los ojos a la vida. Y durará hasta mi muerte. Nada de lo que constituye el orgullo de la civilización de ustedes me importa. Nada de lo que es el orgullo de mi clase allí donde ejerce su poder y racionaliza la vida, mucho más cruelmente que ustedes todavía, en nombre de la libertad del porvenir.

Todo esto no puede ser de otro modo; bien lo sé; pero ¿por qué he de permitir que me corroa toda esa carroña humana? ¿No tengo mi columna vertebral, pulmones propios, brazos, ojos? ¿Por qué, entonces, se me obliga a relacionarme con los demás cuando así me encuentro perfectamente y no le hago mal a nadie?

Amóldate tú, entonces a los engranajes que tú mismo te forjas, que son la vergüenza de los dos lados de la barricada; yo nada acaparo, porque el acaparar sólo es cosa tuya; mi parte de tierra, de aire, sol, río, bosque, y no me obligues a amar lo que amas ni a odiar lo que odias. Para amar u odiar estoy mejor organizado que tú; te aventajo en miles de siglos. La prueba está en que a despecho de un acuerdo universal para el crimen en masa, he rehusado a hacerte compañía y *cuando lo he querido y siempre solo* he violado tus propósitos y tus leyes, viviendo como me ha dado la gana.

Ha sido tan hermosa mi vida, a pesar de los sufrimientos que ella me ha proporcionado, que no la puedo comparar más que a la de aquellos animales que viven lejos del hombre. Todo lo que proporciona las grandes satisfacciones lo he obtenido sin dinero: aire, sol, río, amigo, amante. Sólo un puñado de patatas o algunas bananas, necesarias para mi olla, me han obligado a bajar cada, tres días, mi pesada cabeza delante de tu pesada estupidez. Y lo único que no te perdonaré jamás—porque un día de valerosa pena compensaba diez en que podía alzar orgulloso mi cabeza y bastaba para alimentar mi olla—es la criminal estupidez que obliga a los hombres a plantar más postes de telégrafo que patatas y bananeros.

Y el mundo prefiere más que nunca los postes de telégrafo, sobre todo el nuevo mundo de que se engríe mi clase. Este

quiere sobrepasar al antiguo. ¿Construirán rascacielos? He ahí casas-montañas. ¿Llegarán a suprimir la servidumbre del trabajo? Nosotros suprimiremos también el alma, que *por otra parte no existe*. La humanidad futura vivirá al ritmo de un martinete, manejado por un dictador universal.

Yo no iré de este modo.

Quiero sufrir, gozar, penar, siguiendo el ritmo que arranca su cadencia de mi propio abismo. He sido siempre así. No pudiendo explicarme el misterio de la vida, lo acato aullando tanto de alegría como de dolor. Y esa es mi única obediencia. Todas las demás me repugnan, tanto más cuanto que así no soy en absoluto peligroso a mi prójimo y, al contrario, le cedo mi única camisa cuando me convenzo de que sufre una necesidad mayor que la mía. No tengo ninguna codicia. Es fácil llegar a no tenerla. Para lograrlo, basta con no desear todo aquello que nos es rehusado por ley natural. Pero nada de lo que constituye la alegría del cuerpo y del alma se nos rehúsa de esta manera, ni se encuentra fuera del alcance del hombre. En cuanto a aquello que constituye un derecho natural y que nos rehúsan los hombres, es necesario saber conquistarlo a cualquier precio, cueste lo que cueste. Así, vivo yo para auxiliar a mi hermano el hombre. Siempre que aquello que él considera sumo derecho natural no sea cosa superflua o de simple vanidad. Porque entonces no me meto. Créamelo.



Eso es lo que soy: solitario y solidario.

Maldigo al hombre pero tengo confianza en este magnífico animal; algún día se dará cuenta de que arrasa su vida y la de sus semejantes. Entonces llegará a meter mano en las leyes, cuyos engranajes son hechos de sangre, de pensamiento y alma y cuyo supremo equilibrio es la contemplación. Hoy las engaña, sacrificando su armonía perfecta a las innobles manifestaciones de su egoísmo material. Pero esto no puede durar. El egoísmo es un instinto que devora al hombre exigiéndole una enorme cantidad de satisfacciones. Y aquella será entonces la resurrección de la vida hermosa; la que haga comprender al hombre que el egoísmo es el medio de irse matando día a día.

Usted no cree en nada: *El universo está establecido sobre la base de la ferocidad. Mirando hacia los cuatro puntos cardinales, no se advierte más que esto, Sólo el humanitario ha pretendi-*

do cambiar la ley. Ha inventado la justicia, la caridad, el altruismo, etc... Pero ahí están las fuerzas de la tierra.

Sí. Ahí están esas fuerzas; pero *las otras* también. ¿Usted no las ve? Son tan importantes como sus malvadas hermanas. Al presente, su voz apocalíptica resuena en todo el universo. Jamás ha tenido tan poderosa entonación. Apaga la voz de las otras, las condena al silencio. ¿Quiere una prueba indiscutible de ello? Hela aquí.

Figúrese que un día se trepan dos hombres sobre el pedestal del Obelisco, en la Plaza de la Concordia, y gritan: el uno, *Yo quiero la guerra, la ruina, el pillaje, la supresión de todas las libertades*; el otro, *Yo quiero la paz, el trabajo, la libertad*.

Me parece que no hay que meditar mucho para saber cuál de los dos será atacado a bastonazos por la multitud enfurecida.

Otro ejemplo:

Si usted encuentra en un camino solitario, un hombre moribundo, tendido al sol inclemente, ¿no procurará socorrerlo? Y si se diera cuenta de que es un enemigo suyo ¿se atrevería a abandonarlo? Creo que puedo prescindir de su respuesta, al menos que usted sea un monstruo; esa respuesta no puede ser más que humanitaria.

Un tercer ejemplo, vivido por mí: en una aldea, dos familias vecinas se odian a muerte; una noche la vivienda de una de ellas se incendia, mientras la otra lo olvida todo para ir a ayudar a apagar las llamas.

No hago melodrama; afirmo solamente.

El egoísmo, la ferocidad, el crimen colectivo, son desgracias que la mayoría de los hombres quiere sinceramente eliminar de la vida. Es este un deseo más universal que aquella ley del mal de que usted me habla. No vivimos, no creamos, no progresamos más que por él. Si el mal nos inunda cada día más, a pesar de nuestro deseo de bondad, se debe en gran parte a que ningún orden social, ningún poder del Estado ha llegado a declararlo delito público. Se debe también a que todavía el cuchillo no ha chocado con el hueso. Pero nunca el mal ha podido vivir sino en potencia, como asesino que huye de la luz. Ninguna razón humana se ha atrevido a exhibirlo sin despertar la indignación universal. Nunca ha logrado hacerse legítimar, ser reconocido, adquirir derechos ciudadanos. Ningún artista, ningún escritor ha podido hacer su apología sin cubrirse a sí mismo de vergüenza. (Cuando Nietzsche alaba a la fuerza y dice que es necesario aplastar al débil, yo aplico sus palabras en determinado sentido porque no veo y no com-

prendo más que una sola fuerza: la que emana de la humanidad.)

¿Dónde ve usted la invención? ¿No se convence de la existencia real de esta fuerza? Mire el bolcheviquismo, entonces; ¿cree que ha sido engendrado éste por la mente de un tonto? Ni siquiera ha salido de una mente: ha emergido del corazón de la tierra. Y ¿por qué es universalmente popular? (Los mismos salvajes llegan a comprenderlo.) ¿Porque habla de *marxismo*? No; porque habla de *humanidad*. Y si no ha salido victorioso inmediatamente hay que buscar la explicación de ello en la estupidez dogmática de sus jefes.

De este modo deposito toda mi confianza en el hombre, este innoble animal. Lo ayudaría con todas mis fuerzas. Pero no a la manera de usted: *Ensayo, individuo, de salvar individuos.*

No. Yo no puedo salvar individuos. No podemos salvar más que la humanidad; y si no, nada. Para mí los individuos son los árboles que toco al pasar a través del bosque. Es cierto que cuido de los árboles, y los cuido de un modo que a veces llega a ser heroico—más por ser su amigo que por ser cristiano—, pero es el bosque lo que más me preocupa. Y eso, porque soy *revolucionario*. En mis libros. En mi vida privada. Y principalmente en mis ojos (si alguna vez usted ha sorprendido en ellos un reflejo de desesperación es porque pienso en lo que existe *y en que lo mejor sería no haber existido*; pero esta última no sería una razón por la cual muriera. Estimo la existencia. No la amo. No puedo amar lo que me conduce a morir lamentablemente. Pero amo, por encima de todos los valores de la vida, aquello que me ayuda a creer en la eternidad de estos valores. Y para *creer*, me basta mi deseo.)

No. No puedo salvar individuos. *No se salva a los árboles cuando se aniquila el bosque.* Y usted nada salva. Porque tiene miedo de interpretar su deseo humanitario, porque éste implica para usted una enorme renunciación. *Porque usted permanece en su clase.* Es una verdad que no defiende. ¿Y qué hace para decir abiertamente su mentira? Nada. Se contenta con sonreír escépticamente y disfrutar de todos los privilegios que le otorga, achacándolo todo a *la crisis que han hecho los Evangelios.*

Su soledad no es más que una solidaridad embozada, hipócrita. No es la mía. Usted cierra los ojos a las ignominias que comete su clase, adhiriendo, de este modo, a todos los crímenes. Yo no hago lo mismo. El día en que mi clase participe de un inmenso banquete me habré convencido de su glotone-

ría, y ya ha visto cómo la he golpeado en la jeta, después de haberla abrazado tiernamente.



Medios posibles. Dulzura. Resignación. Caridad cristiana. Soledad. Esas son las grandezas y virtudes de su clase; lo más inteligente y generoso que ella alcanza en esta época sangrienta. Lo más hermoso de todo aquello con que su clase engaña a la mía y la adormece cantando: *No hay nada que hacer. El mundo es y será como ha sido siempre.*

Como significa una abdicación cómoda y agradable, esta moral inunda el espacio. Domina el universo.

Por medio del arte:

Detenta todos los medios de expresión artística e inunda el mundo de obras beatíficamente sentimentales, estúpidamente pacifistas, indignamente neutras, en las cuales todo es mercadería, comercio, dinero. Un cuentecito o un artículo estúpido de un autor de renombre se paga cinco o diez veces más que la jornada de trabajo del minero mejor retribuido, de un vidriero soplador, de un electricista. Lo que demuestra un charlatanismo auténtico, una invitación al pillaje.

Por su enseñanza oficial:

Falsifica, a sabiendas, la verdad contemporánea; eleva monumentos a los muertos y prepara el espíritu de los jóvenes para futuras hecatombes humanas. Envenena metódicamente al pueblo con el sudor del mismo pueblo. Es una estafa.

Por sus iglesias:

Terrorismo clerical. Nunca, desde hace un siglo, la hipocresía divina ha manifestado mejor que hoy su feroz deseo de aniquilar a los pueblos por el terror del oscurantismo. Jamás ha hallado más complacencia en la clase volteriana de ustedes, en la que descubre el mejor cómplice para una dominación en medias.

Por su política:

Locarniana, naturalmente. ¡Abajo los fusiles!, pero mantiene en armas treinta millones de hombres, o sea diez millones más que en 1914. (He aquí una muestra de su buena fe: El senador Borah escribió, el 30 de Noviembre, en el *Collier's Weekly*: *Mientras el premier Mac-Donald se volvía pacíficamente hacia los Estados Unidos y conversaba con el Presidente Hoover sobre el desarme, ambos países, Inglaterra y Estados Unidos, gastaban aproximadamente sesenta mil dólares, o sea un mi-*

llón quinientos mil francos, por hora en elementos de guerra.
—*Matin* del 1.º de Diciembre.)

Esa es la civilización de ustedes, la conoce usted mejor que yo y tiene mejores informes acerca de ella. Sanguijuela gigante que se ha adherido al cuerpo sano de la humanidad que sufre. Se asombran de los 50 mil dólares que América ofreció a Madame Curie para comprar un gramo de radio; pero ¿quién se escandaliza de los doscientos mil dólares que votó el Senado Americano nada más que para pasear a su delegación a la Conferencia de los Cinco en Londres?

Esta civilización que pretende tener médicos e impulsar la ciencia en beneficio de la humanidad, está instalada en Egipto, en las Indias, se reparte China, pero ¿qué hace para atajar los destrozos del tracoma *por el cual está atacado el noventa y cinco por ciento de los fellahs*, mientras 15 millones de chinos tienen tan débil la vista que con toda seguridad llegarán a la ceguera absoluta? (Nos lo dice el Dr. Henri Bouquet.) Nada, y en esos tres países que gustan de las satisfacciones de la civilización de ustedes, un millón de seres humanos está ya completamente ciego. Y no se trata de un mal que, por muy terrible que sea, no tenga remedio, si se le atiende a tiempo. ¿Qué debemos pensar de otros flagelos—la tuberculosis, la sífilis, la miseria, la ignorancia—que hacen presa de la población cuya único delito consiste en sufrir sin rebelarse?

Usted me habla de mi *valentía*. No soy más animoso ni más quedado que la mayoría de los seres humanos. Pero sé que tengo una vida que perder. Aún más: sé que esta vida se me haría insoportable si hubiera de callarme y adherir a ese orden que hace la felicidad de algunos, los más malos, y la desgracia de una humanidad absolutamente inocente, por la cual el bolcheviquismo trata y quiere hacer lo que ninguna otra organización se ha atrevido a hacer hasta hoy día.

Los trabajadores de todo el mundo soportan el peso de un régimen, de una técnica y de un progreso acerca de los cuales no conocen más que vicios, despilfarro, superchería, amenaza, crimen. Montañas de papel que diariamente encierran nuestra farsa estúpida. Avalancha, propaganda desenfrenada de productos comerciales, de las píldoras Pink, de los artículos de Coty, entre los cuales el más absurdo vale más caro que el sustento de una familia numerosa durante toda una semana. Y, paralela a esta industria, inofensiva en apariencia, esa otra industria de la muerte, del espionaje, con su ejército, su policía y sus trampas.

Pero lo que este régimen y esta técnica tienen de civiliza-

ción—alumbrado eléctrico, gas, telégrafo, teléfono, higiene, médico honrado, verdadera enseñanza, verdadera educación, distracciones instructivas, habitaciones sanas—lo ignora el 90 por ciento de la humanidad en este primer tercio de nuestro siglo veinte.

¿Cómo puede usted tolerar un orden semejante? ¿Cómo puede soportar la vida? ¿Cómo no se da cuenta de la falsedad de su resignación y todo lo que ella tiene de criminal? Así, no se haga ilusiones acerca de mi soledad, ni de mi disputa con los Soviets. No estoy reñido con el *bolcheviquismo*, pero sí con los *malos bolcheviques y lo incomprendible, consciente e inconsciente, de la Revolución*. Ella, lo mismo que los sufrimientos de los hombres, que conozco bien y no olvidaré jamás, cuenta con toda mi confianza, toda mi esperanza de mejoramiento y toda mi combatividad.

Siempre he sido y permanezco siendo el soldado apasionado, el enemigo abierto de su clase social, al lado de los verdaderos revolucionarios y por una humanidad mejor.

Exclusivo para *Atenea* en Chile. (Traducción de F. Ortúzar Vial.)

PANORAMA UNIVERSAL

MAHATMA GANDHI Y LA INDIA

CADA cierto tiempo, Mahatma Gandhi, el apóstol de la *resistencia pasiva*, renueva el arduo problema del antagonismo entre la India de la quietud y del Nirvana y el Occidente tumultuoso y febril. Inglaterra, entre tanto, no renuncia a sus privilegios seculares. El Gandhi levanta las masas, las conmueve con el hálito de sus palabras ardientes y opone a la civilización inglesa y a sus métodos de penetración, la *no cooperación*, el valor tranquilo de morir sin matar. Maltratado, odiado por los opresores, apaleado, preso, Gandhi no se desalienta.

El pensamiento de Gandhi está contra el progreso. Niega el progreso, porque considera que la civilización europea ha perdido ya el contacto con el alma sencilla, dulce y evangélica y sólo adora al dinero. La gran guerra, según Gandhi, reveló el carácter satánico de una civilización; todas las leyes de la moral fueron violadas y humilladas y en ella resurgió el espíritu agresivo e implacable de los adoradores de Mammon. Para Gandhi, la civilización ha

perturbado la milenaria alma india. El maquinismo es un gran pecado, serviliza a los pueblos.

Evitemos—ha dicho Gandhi—el ser íntimos con aquellos cuyos usos y costumbres sociales son distintos a los nuestros. No hay que entrelazar la vida con la de los hombres o los pueblos cuyo ideal está en desacuerdo con el nuestro.... Cada hombre es un arroyo. Cada pueblo es un río. Deben seguir su lecho limpio y sin mancha, hasta que hayan alcanzado el mar de la salvación, donde todos se mezclarán.

Parece ser esto un eco de las sagradas escrituras hindúes, que contienen en esencia esta doctrina:

Tu propio Dharma aunque vacío de méritos es el mejor. La realización de un Dharma que no es el tuyo siempre está rodeada de peligros. Desde millares de años—agrega—la India inquebrantablemente permanece sola, en medio de la ola cambiante de los imperios. Todo lo demás ha pasado. Ella ha sabido conquistar, desde millares de años, el dominio de sí y de la ciencia de la felicidad. En esto nada tiene que aprender de los otros. No ha querido el maquinismo y las grandes ciudades. La antigua carreta, la rueca, la vieja educación indígena, han asegurado su sabiduría y su bien. Nos es preciso volver a la simplicidad antigua, no de un golpe sin duda, pero poco a poco, pacientemente, dando cada uno el ejemplo.

En *Kim* de Rudyard Kipling, el hermoso poema de la penetración inglesa, de las más bellas de entre sus novelas, se intenta la contraposición entre el viejo místico de la India y el impetuoso adolescente irlandés. Oriente frente a Occidente. Y aun cuando en el libro siguen ambos en demanda de la Ruta de las Cosas y atraviesan los senderos innumerables del misticismo, y duermen bajo la misma tienda y comen en el mismo plato, cada uno saborea una vida interior distinta y sus almas permanecen herméticas e indescifrables. Kim es inglés; por lo tanto no le interesa ni la Ley Suprema del místico Teshoo ni

el río milagroso cuya corriente buscan en el misterio de la tierra infinita de la India. Kim es activo, audaz, impulsivo, rapaz. El asiático quiere el anihilamiento de la personalidad, busca el Nirvana, la beatitud eterna; el inglés es individualista, es práctico, simulador. En realidad no camina hacia el río de Budha sino tras las huellas de ciertos agentes secretos del gobierno ruso para robarles sus papeles que son necesarios al gobierno británico. De paso observa las costumbres, aprende la lengua, interviene en los menudos actos de la vida secreta de los habitantes. Sigue el sistema de la penetración. Se finge discípulo para mejor sorprender los misterios. En Kim alienta, en pequeño, la imagen del imperialismo.

Contra este duelo se levanta Gandhi, el apóstol. Gandhi conoció de cerca la civilización europea. Viajó por el continente y luego fué a Bombay a ejercer su profesión de abogado. Pero renunció pronto a ella para dedicarse enteramente a predicar su doctrina, la salvación de la India. Recuérdense sus primeras actuaciones en el Africa del Sur, cuando fué llamado allí por más de 150 mil compatriotas que sufrían humillaciones y contribuciones agotadoras. Carecían de fuerza para defenderse. Gandhi inició entonces la lucha formidable de una conciencia contra una fuerza material organizada. Su doctrina de la no cooperación prendió pronto en las almas. Fundó una colonia agrícola, siguiendo las enseñanzas de Tolstoy, y repartió tierras a los colonos. El éxodo de las masas de hindúes paralizó la vida industrial del Africa del Sur y Gandhi venció en la prueba. No obstante estos éxitos, Gandhi concedía treguas al dominio inglés y se convertía en un ciudadano del Imperio. Su doctrina era no sólo de no resistencia sino de perdón y de amor. Fué así cómo durante la guerra boer formó una Cruz Roja india y durante la terrible peste de Johannesburg organizó un hospital.

Sin embargo, estas muestras de amor y de perdón no lograron detener la furia xenófoba. En diversas ocasiones fué hecho prisionero, condenado a reclusión, puesto en una jaula, atado de pies y manos, humillado, golpeado por el populacho furioso, por muchos a quienes él había servido, y dejado como muerto. A pesar de todas esas crueldades, Gandhi se mantuvo en el centro de su fe. No se alteró, no se violentó. Esperaba, simplemente. Ha continuado siempre esperando, a pesar de todos los sufrimientos posteriores. Hoy mismo, que ha vuelto a caer prisionero, espera, porque las ideas en el alma india pueden esperar siglos sin que jamás envejezcan ni pierdan su fuerza. Sólo tiene valor el sacrificio en el alma indomable del predicador. Y mientras mayores sean los sufrimientos, más limpio y diáfano brillará el espíritu. En la India, donde su poder es inmenso, Gandhi nunca ha dejado de desarrollar su doctrina vital, de resistencia pasiva al dominio inglés, cuya civilización hiere lo más íntimo de su ser. La no cooperación, según Gandhi, no está dirigida contra el Occidente, sino contra la civilización material y contra la explotación de los débiles que resulta de ella. Es más bien la defensa de las tradiciones, por medio de un nacionalismo exclusivo, estrecho, sin contacto con el mundo exterior.

Así ha surgido el desarrollo de la doctrina de Gandhi. Inmensas explosiones de sentimiento religioso han conmovido a la India. Durante casi un cuarto de siglo de lucha, sin vacilaciones, acorazado por la fe, Gandhi ha combatido, incansable, sufriendo penurias pero sin abandonar jamás las ideas fundamentales. Su intervención misteriosa ha tocado todos los corazones orientales. Bajo su prestigio se han unido los poderes morales que parecían más antagónicos. Los musulmanes, enemigos tradicionales del brahmanismo, han librado junto a él batallas ardorosas. Y así

ha podido unir en un misticismo esencial, en una lección constante de amor, los credos más opuestos. Centenares de hombres han ido al sacrificio y a la muerte con un heroísmo silencioso y ejemplar. Ninguna fuerza material, ninguna presión violenta ha podido doblegarlos. Por el contrario, el sacrificio es para ellos la purificación, el Dharma potente que ilumina todas las voluntades.

Por su parte Inglaterra no renuncia a sus privilegios en homenaje a su evangelio de amor, porque tiene la conciencia de su misión civilizadora y de los grandes beneficios implantados en la India. El credo de Gandhi es sin duda noble y generoso, pero es anacrónico.

El imperialismo tiene entre sus manos el sistema bancario, las finanzas, las industrias, el comercio, los transportes, los servicios públicos. La dominación económica articula y fortalece la dominación política. La independencia nacional se convierte así en una aspiración teórica sin base. Al lado de las grandes masas que conmueve y levanta Gandhi, se inmovilizan otras masas inmensas que no cooperan al impulso doctrinario del apóstol. Al lado de los nacionalistas ardientes, la pasividad de los egoístas. Este cuadro de los países coloniales, dominados por el imperialismo, es, en resumen, el cuadro de los países que sufren la servidumbre económica respecto de los países de gran potencia financiera. La América del Sur casi en su totalidad está supeditada al capital imperialista. Una red apretada de hilos la une y la somete. Sus gobiernos tienen una ilusión de libertad. En el fondo viven para servir deudas. Cada país tiene el sello de las colonias. Y toda su actividad industrial y comercial vive de prestado, equilibrando en movimientos inverosímiles su empobrecida vida independiente.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

A los cien años del romanticismo

UNA circunstancia especial destaca en Francia el año 1930: el centenario del romanticismo. A principios de 1830, *Hernani*, el drama de Víctor Hugo que quebrantaba todas las leyes dramáticas, provocó una tempestad célebre en la historia literaria de Francia. Generalmente se considera al romanticismo como una escuela literaria, semejante a la escuela naturalista o a la simbolista, atribuyéndosele una duración de veinte a treinta años. Nosotros creemos, por el contrario, que el romanticismo es una corriente que no ha terminado con la escuela de su nombre y que no ha cesado de manifestarse en la literatura francesa hasta el momento actual.

La crítica oficial, que todavía busca una definición de la palabra *romántico*, se contenta con esta denominación simplista: *la escuela de la libertad en literatura*. En realidad esto es cierto, por cuanto ese movimiento rompió las viejas disciplinas de la literatura de corte; pero como definición nos parece insuficiente para fenómeno tan complejo.

En sus comienzos, hace cien años, el romanticismo fué, sobre todo, una oleada de humanitarismo, un movimiento de fe y de acción idealistas. Al mismo tiempo que rompía las formas artísticas heredadas de la Monarquía, vivificaba el ideal del 89 y de las barricadas de Julio. ¡Libertad! ¡Igualdad! Fraternidad! De este modo dominan al siglo dos colosos: Hugo y Balzac. En el primero el ideal del 89 se tornó en acción y profecías. En los demás, Michelet, Lamartine, Vigny, Lamén-

nais, el mismo idealismo liberal se manifiesta a través de sus múltiples y conturbados matices. El movimiento, en total, se distingue por una gran fe y una gran esperanza.

Pero, desde su nacimiento, este gran movimiento de idealismo generoso, humanitario y universalista, contiene el germen de una tendencia contradictoria: el individualismo; o mejor, el subjetivismo. Porque si bien el individualismo no se opone a lo universal ni se expande plenamente más que en armonía con la comunidad—como en las grandes épocas religiosas—, lo propio del subjetivismo consiste en no reconocer más que el individuo y relacionarlo todo con el *yo*.

La mayor parte de los poetas románticos permanecen ajenos al gran esfuerzo de generosidad universal de Hugo. De las tres palabras prestigiosas que encienden a las turbas y hacen temblar a la Bastilla, no conocen más que la primera: ¡Libertad! Y reclaman, no una libertad general, sino una libertad para ellos mismos, para sus pasiones individuales, para sus sentidos y para su espíritu. En ellos, la rebelión contra la injusticia y la opresión se relaciona con la rebeldía del individuo contra toda disciplina social. Su liberalismo llega a ser sinónimo de escepticismo e inmoralidad. Triunfa el dandismo, que Baudelaire define como *un ardiente deseo de parecer original, una especie de culto de sí mismo*.

Nunca se pondrá en evidencia suficientemente ese dualismo romántico; por él presenciaremos nosotros el gran drama de la humanidad contemporánea.

El ideal en que se inspiraba la escuela de 1830 se nutría de principios que, en aquel momento, parecían eternos y a los cuales, en consecuencia, se creía aptos para inspirar un entusiasmo casi religioso a todas las clases sociales, con excepción de la aristocracia, contra la cual se dirigían. Pero en realidad tales principios pertenecían a una sola clase, la burguesía, que los había forjado durante su larga lucha contra la dominación feudal. Esos principios triunfaron con la burguesía en 1789 y en 1830 y comunicaron su espíritu al romanticismo de entonces. Así en la obra de sus grandes representantes de aquella época el romanticismo tiende hacia lo universal, porque traduce una fe realmente colectiva.

Pero a medida que el poder de la burguesía se consolidaba, el gran ideal del 89 se reducía a la noción del liberalismo económico, de la libertad de comercio. El reino del dinero se asentó sobre las ruinas de los privilegios aristocráticos. Como se había tomado en serio el ideal enrojecido con sangre en las barricadas, cuando triunfó el imperio del dinero la fe generosa

dió lugar a la más turbadora decepción. El poeta no creía en nada, no tenía confianza más que en sí mismo; busca las alegrías interiores, que escapan al poderío del dinero, siente la aristocracia y aspira a ser aristócrata del espíritu. Escepticismo, sarcasmos, refugio en el pasado o en el exotismo, reino del *yo*, desprecio a la sociedad, divinización de la vida interior—que se niega a comunicar—, bohemia, dandismo, tales son los caracteres esenciales de la literatura romántica del segundo período.

Después de las nuevas decepciones de 1848, no queda casi nada del gran aliento universalista de 1830, y el subjetivismo triunfa. En adelante se hace imposible todo acuerdo entre el individuo y la sociedad. Las aspiraciones del artista se armonizan con la concepción religiosa del mundo antiguo y medioeval; esta unión nos ha dado el Acrópolis y las catedrales. El subjetivismo es, en suma, la anarquía burguesa que llega a hacer imposible todo sentimiento profundamente colectivo, toda solidaridad intelectual; el poeta se encuentra solo con la riqueza de su vida interior; solo y en reacción contra el medio social. Así entramos en la era del diletantismo y el estetismo que después de Teófilo Gauthier conducirá a la esterilidad del Parnaso y al refugio del simbolismo. Y los genios cuya potencia interior sobrepasan al juego aristocrático del dandismo, Baudelaire, Rimbaud, no dejarán otra cosa que el punzante grito rebelde de los inadaptados.

Baudelaire, Rimbaud, son el romanticismo que continúa... No la tendencia hacia lo universal, sino la rebelión del individuo. Y si después de la reacción del naturalismo y de aquella del unanimismo, la joven generación *d'après-guerre* se envanece de Baudelaire, de Rimbaud y de Lautréamont, es porque del romanticismo rebelde de éstos desciende en línea directa su neo-romanticismo.

En 1930 vemos dominar en la literatura contemporánea dos grandes figuras: André Gide y Paul Valéry. El diletantismo estético de Valéry, el psicologismo analítico de Gide son las prolongaciones modernizadas del subjetivismo romántico. En los jóvenes, la guerra y sus decepciones han ejercido una profunda influencia, convirtiendo en ruinas lo que quedaba de los valores intelectuales del pasado y agravando el conflicto entre el individuo y la sociedad. En esta generación inquieta y trastornada el neo-romanticismo adquiere las formas más extremas. Diletantismo de salón en Jean Cocteau. Irrealismo aventurero en Blaise Cendrars. Los suprarrealistas se refugian en el sueño, o en lo sub-consciente. Nunca había revestido

tan graves caracteres el divorcio con la realidad humana. El escepticismo, la persecución del goce sin freno, los esfuerzos por alcanzar originalidad a cualquier precio, son las características generales que nos hacen encontrar en la inquietud de 1930 al subjetivismo romántico.

La tradición de la realidad humana y social se ha mantenido, indudablemente, a través del período *d'après-guerre*. No aparece una literatura proletaria; la voz universal de Romain Rolland encuentra escaso eco; pero hay una literatura nacional que continúa la corriente de la vida: André Chamson, Henry Pourrat, Lucien Gachon, Jean Giono. Una reacción se manifiesta con Marcel Arland (Premio Goncourt 1929), Marcel Aymé, Georges David, Eduardo Peisson, todos jóvenes escritores de porvenir, que no se contentan con el refinamiento de la psicología individual o el juego del estetismo. Y esta reacción es hoy innegable y tan profunda que su existencia ha sido sancionada por la moda, creando la escuela del *populismo*.

Pero el neo-romanticismo no ha muerto, porque una nueva orientación literaria no alcanza a ahogar una corriente espiritual de tan profundas causas. Para nosotros, el drama que durante cien años ha creado el poeta, desde el dandismo hasta lo sub-consciente, es, ante todo, un drama social. Encontrará desenlace sólo en el retorno a un régimen que permita la realización de un esfuerzo colectivo, dentro de una concepción universalista del mundo. Sólo un régimen de esa naturaleza permitirá al individualismo restablecer la armonía entre la vida interior del hombre y las aspiraciones de una comunidad espiritual.—A. H A B A R U.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Louis Brauquier, el poeta de los puertos

BRAUQUIER es poco conocido en Francia y totalmente ignorado en América. Su poesía ruda, libre y, para algunos, algo romántica, no cuadra con las tendencias a la moda. Según mi modesta opinión, Brauquier es ante todo el marino, el hombre vivido que ama su oficio sobre todas las cosas, no por una comprensión espontánea del presente, sino por ser ese oficio el producto de un tempe-

ramento, de una estructura sentimental que lo llevó a la vida del mar. Brauquier es el marino en sí, y diría más, es la personificación de todos aquellos poetas mudos, ignorados, que él llamó tan gráficamente

Les grands marins, blancs de rêve
Dérivant sur la ville nue.

Es el poeta mudo que «supo» expresarse y ser admirable con solo enumerar la realidad. Hubiera parecido lógico llamar a Brauquier el poeta del mar y no de los puertos, pero yo no creo en la *poesía de alta mar*, a menos que nos refiramos a la poesía del barco mismo....

La Poesía, lo Bello (con mayúscula, señor Latcham...) es esencialmente humano. Inútil me parece todo esfuerzo por tratar de evidenciarla en lo abstracto, en lo divino, en lo estático. Poesía es vida, es paisaje sincronizado con el alma, es pasión, es calor de las criaturas, no sutileza, inmensidad, *psyché*.

El mar es una gran abstracción, donde los hombres sueñan que partieron y sueñan que volverán. En él no hay poesía, como no la hay en el dormir ni la hay en la muerte. La poesía está en la nostalgia del puerto dejado y en el deseo de volver a él. En el mar sólo está *el prestigio*: aureola triste de los que parten, virginidad viril de los que vuelven y para ambos el triunfo sobre el obstáculo líquido, sobre la ausencia sin amor, sobre la indiferencia de los hombres desconocidos con que el azar forma las tripulaciones.

Todo esto ¡cómo lo ha sentido Brauquier y con qué amor escribe en uno de sus poemas!:

...je voudrais
Lorsque mon corps séra mélangé à la terre,
Que vous mettiez mon nom en poupe d'un voilier.

Todas las etapas y las contingencias de la vida marina se dejan ver a través de sus poemas.

Se adivina primero al grumete, ese personaje que no corresponde a nuestros niños, ya que éstos son la imagen del marino adulto: *l'enfant de la mer*. El grumete es menos aún, algo así como el perrito juguetero, ajeno a toda idea sensual y moral. Es el enamorado del mundo exterior, del bronce que brilla, de la cubierta blanca de frote, de la vela henchida y crepitante. Para él la hembra es una «mise en scène»; el compañero, un espejo en que descubre *chistosamente* su propio ser. Otro

«yo» con quien responde al sinnúmero de llamados gozosos del mundo exterior.

Un bon rire d'intimité
Remontait de ce sauvetage
Nous retrouvions sur nos visages
Chaque morsure de l'été.

Aucune tendresse nocturne
N'attendait notre solitude;
Notre vie avait ce goût rude
Des maisons neuves, blanches, vides.

.....
Et la mer nous ayant repris,
Le trois mâts «Orlando», de Gênes,
Qui appareillait dans le port
Fût un instant tout notre amour.

Más adelante encontramos entre sus versos al adolescente apasionado que observa con curiosidad todo ese exterior del amor, tan conocido ya en su infancia pero visto entonces con otros ojos, burlescamente, como una fantasía de los «grandes». Los niños acomodados son inocentes por ignorancia. La inocencia de los rapazuelos es diversa. Ellos lo saben todo porque han nacido en la promiscuidad, pero se abstienen con la inocencia de los retoños que aguardan su primavera.

Regarde, le matin a repeint les tartanes;
Une femme à grande eau, lave sur le trottoir
Les ordures et le sang de la nuit courtisane.
Nos corps sont innocents. Nous tenons tout l'espoir.

Por fin el marino ya hombre, en vísperas de volver al mar:

Une tendresse marine
Aiguissait plus d'un amour,
Et poussait à la souffrance
Le goût des derniers baisers.

Ultimos momentos antes de la partida, robados al sueño después del cuarto de guardia:

Nous arrachions au sommeil
Déjà plein du lendemain
Des morceaux de ce bonheur
Qu'on doit consommer sur place.

Des vermouths italiens
Saignaient sur le blanc des tables

Tout secoué d'amitié,
Le bar oscillait comme en mer.

¿Quién podrá negarse a sentir el puerto en estos dos versos simples como el alma marina?:

La tendresse des Ports est noyé d'amertume;
Des lumières dans l'eau et dans l'air bleu et noir.

Y qué cuadro ultra-moderno en estas pinceladas atrevidas como las de un boceto de Picasso:

Tombait aussi un souvenir de femme
De la poche droite du revolver,
Et les trousseaux d'acier des clés infames,
Déverrouillant dans des hotels pas chers
Les attendries portes de la jeunesse.

.....
Tandis qu'un grand soleil adolescent
Devorait dans la rue des places au vin blanc
Et des salades vertes de platanes.

En mis largas correrías marinas he podido evidenciar dos sentimientos que caracterizan al hombre de mar: el amor a su barco y una tierna solicitud por la juventud ingenua de las tripulaciones. Hay quienes pretenden torcer el verdadero significado de este platonismo... Han caído en un error por exceso de malicia: la pureza que el mar comunica a esos hombres rudos es tan grande como la sed de amor que en ellos despierta. El pretexto del aislamiento sexual no pasa de ser un pretexto. El verdadero mal no está en el mar sino en tierra y se traduce las más de las veces por el consejo que sería casi maternal si el tono rudo y displicente no encerrara un rubor celoso.

¡Con qué frases implora Brauquier a las mujeres del burdel!:

Soyez bonnes ce soir aux hommes d'équipage
Qui descendent vers vous dans l'ombre de l'escale,
Avec des coeurs si lourds et de si doux langages
Etrangers, mots chantés dans les mâts de l'espace.

Qué bien conoce a esos compañeros de las largas veladas de invierno, en el castillo de proa, bajo la lámpara-cardán. Cómo teme a esas ruidosas ramerías del puerto, capaces de trizar con una carcajada el delicado cristal de sus sueños adolescentes.

Soyez simples pour ceux que cette mer vous donne
Et que leur solitude épouse votre mal,
Pour les hommes du Pont, pour ceux de la Machine,
Pour le novice ému du Port méridional.

Se los imagina inquietos, vacilantes, entre las callejuelas vecinas a los muelles, sintiendo aún bajo sus pies el balanceo de la marejada.

Un désir plus profond que la nuit maritime
Descend de leur échelle en face des grands docks,
Et les roule, perdus, sur les quais de la ville
Balancée au remous nocturne des vaisseaux.

El ya es un hombre, ya ha pasado por esas noches llenas de esperanzas divinas, a las que siguen esos despertares de hastío, «la bouche sèche et la mort dans l'âme». Conoce la tristeza infinita del amor no saciado, de la ternura perdida. Sólo le queda un consuelo: el mar, el purificador supremo, el creador de ideales que tal vez se realicen en lejanos países, más allá del horizonte....

Puisque tout meurt ici, avant que tout renaisse
Dans le matin, que rien ne fait prévoir encore,
Que les hommes trahis, auprès de leur maitresse
Épuisent la torture et l'orgueil d'être forts.
Qu'ils cherchent leur faiblesse à l'âme puérile,
Dans les chambres vaicues par leur pureté,
Qu'ils attendent le jour qui va prendre les îles,
Sur la mer rafraichie et l'horizon lavé.

Nadie mejor que Brauquier ha sabido llevar el lirismo del puerto a una nota emotiva alta a la vez que profunda:

Entends-tu? le Port en tristesse
Fait craquer les barques bleus.
Raide morts, dans leur cales sèches
Des voiliers montent à Dieu.

Y esos atardeceres en los bares escondidos «comme un trou d'ombre qui regarde les mâts», esos abandonos espléndidos a la caída de la tarde:

Fume ta pipe, vois le soir vient te prendre
La main d'un geste doux,
Comme un consommateur moins discret et plus tendre
Qui triche au jeu, avec la nuit sur ces genoux.

En sus últimos años nos dejó algunas estrofas admirables, nostálgicas y sencillas como toda emoción sincera cantada por el que no pretende ser poeta:

Le regret des jours marins
Nous fait l'âme triste ensemble.
Bastien, parle-moi du temps
Chaleureux, où, vers d'autres îles,
Vous pressentiez à plusieurs milles
L'odeur douce de Ceylan.

Nous sommes toujours des enfants.

Parle, il n'y a rien qui vaille
La souffrance que j'ai là.
Tu racontes sans savoir...
Tu ne penses qu'à toi même,
Indifférence que j'aime,
Souvenirs rouges et noirs.

Parle-moi des mers indiennes.

En 1929 estaba yo en Marsella. Había terminado de leer *Bar d'escale*, y comenzaba *L'Au-delà de Suez*, su segunda obra, cuando vi en los periódicos la muerte del poeta, allí en Marsella, la ciudad que lo vió nacer, el puerto por excelencia. Brauquier merece figurar al lado de J. Richepin, de Loti, de Farrère, como poeta del mar. Para mí es superior a todos éstos porque amo Marsella....

En Chile comenzamos a darnos cuenta que debemos *ocuparnos* del mar. Mariano Latorre, Salvador Reyes, Echeverría Larrazábal, son los mejores exponentes de nuestras letras marinas. A ellos van dirigidas principalmente estas citas del poeta de los puertos. Brauquier puede ser una fuente de inspiración viril y sincera. En todo caso es un amigo que nos convida a su festín.

Mangez ces fruits amers dont la pulpe est saignante
Et buvez du vin blanc.
Que je sois près de vous dans vos soirées brulantes,
Sur le Port innocent.

L O R D J I M .

A través de México pintoresco

FANTASÍA DE MAZATLÁN

UNA cierta música anuncia desde la distancia cada uno de los sitios de la tierra; pese a la larga pausa de los desiertos. Las sierras son un *largo* dolido de inmensidad y de soledad. Y por donde se agrupan los hombres se producen en seguida motivos de sinfonía. La sinfonía apagada de las ruinas y el vibrar estridente de los pueblos en marcha. Muy fino se requiere el oído para captar estas notas que suelen trasponer el sonido para tomar realidad ya sólo en el pensamiento.

Cada ciudad tiene su área de influjo; campo y ciudad se complementan; cuando el campo es triste y la tierra es pobre, la ciudad se envuelve en tonos de elegía; por ejemplo, Puebla, de cuyo seno nacen las catedrales; catedrales en medio del valle circundado de los picos y los altares de la serranía. La humedad cuaja en las formas robustas que alrededor de los canales pintaron los Rembrandt y los Rubens; pero el aire seco vuelve escueta la figura y el alma reconcentrada, y todo esto estalla en música en el viento; música inaudible que el pintor trata de dibujar finamente; música invisible que encierra el secreto de la creación.

Quien llega a Mazatlán por tierra percibe en seguida una suave alegría que nace del campo y se esparce en el aire. Las sendas van entre boscajes; enramadas de pájaros; azules urracas; variedades canoras; liebres, coyotes, venados, y más adentro, por la montaña, gatos y aun tigres; todo dentro de la noble vida vegetal; arbustos ágaves; helechos; higueras, laureles; ceibas y millares del arbolito palo blanco que se viste de flores. Cuando vuelan las urracas parece que de un pentágrama silvestre se ha escapado en notas el color.

Como fruto nativo de la selva emergen de los senderos los jinetes, fuertes barbas; recio el semblante; duros el brazo y la mano; limpios los ojos y blando el corazón; parecen uno con la cabalgadura, y el polvo decora rostros y ropas; caminando entre ellos se entiende lo que es la confianza. De la charla nace la alegría; la alegría es cosa de gentes; los pájaros a veces la imitan, pero sólo la humana voz estalla en risas. Los grandes guanacastes tienen la copa como un duomo, a su sombra se abriga un pueblo; las niñas de las escuelas se alinean, haciendo

escalas irregulares con los colores claros de los trajes; las señoritas abren los ojos de grandes pestañas y fascinan, pero también se dejan conmover, en lo que superan a la serpiente, fría por estulticia. Las músicas resuenan como si rompiesen un aire hecho de finos cristales. Una pobre anticuada literatura alcanza instantes sublimes a causa de la emoción que la rebosa; se hacen ligeras las marchas sobre la tierra floja y bajo el sol encendido. Luego, ya bajo techo, en los portales y en las vastas salas de pueblo sigue la fiesta; toca la música y brotan los cantos:

Camino de San Ignacio,
Camino de San Javier,
No dejes amor pendiente
Como me dejaste ayer.

Qué bonito es el Quelite,
Bienhaya quien lo formó,
Que por una calle tiene
De quien acordarme yo.

.....

Mañana me voy de aquí;
El consuelo que me queda
Que me voy pensando en ti.

Las parejas se estrechan en la danza; se baila por la mañana; se baila por la tarde; sólo un alto al atardecer y en seguida otra vez a bailar bajo la luna. Todo el pueblo está inundado de luna y la torre de la Iglesia parece un trozo de monte que ha cobrado alma. Los muros anchos y lisos se ven perforados por la sombra de las ventanas. Los aleros proyectan oscuridades de misterio. Es lindo pueblo el Quelite, y sus muchachas son bailadoras y los mozos mal afeitados, robustos y joviales, y hay entre ambos una honesta peligrosa galantería. Amor de pueblo es amor hondo; dura lo que las viejas casas y quiere una eternidad como la de los montes. Una generación se estrecha a la otra en la prole numerosa de hijos y nietos alrededor del patriarca. Un solo golpe en el dado de la fortuna, y se gana toda una vida plácida o bien amargura irremediable. Pobre amor que dice *siempre*, como si fuese divino. ¡Qué disparate es un *siempre* en los asuntos humanos!

Los charros han venido a traer su fiesta y su albedrío al corazón mismo de la ciudad. De pronto se bajan los montes, se acaban los bosques y se ensancha la marisma; todavía más

allá, en la orilla del mar, entre colinas, se esconde el caserío. Por las calles y las plazas se mezclan los jinetes que vienen del campo y los marinos que vienen del mar. En la ciudad reinan los comerciantes que enlazan las rutas del mundo; de sus manos pródigas parece fluír la abundancia y ellos fomentan el lujo, las sedas de las mujeres y el vino que beben los hombres. Y tres alegrías juntan sus músicas: la alegría ingeniosa del campo, la alegría sonora del mar, y la alegría ostentosa del tráfico.

Los pisos de la ciudad son limpios y el aire de la ciudad es aire claro; claro y húmedo de brisas. Las casas tienen patios y adentro flores. Las casas se acercan al mar en todos sentidos, por los esteros, por los canales, por los dos puertos, el viejo y el nuevo, y el mar se abre en bahías, ensenadas, rompientes, orillas. Las colinas parecen baluartes, torreones y también jardines en medio del mar. Peñascos y palmeras; olas y espuma; risas y flores, cada día es una fiesta. Y entre los varios motivos de la universal sinfonía se debe particularizar a Mazatlán como un *allegro*.

La música que por el día se derrocha en los cielos y en el mar, por la noche se refugia en los corazones y estalla en las sa'as de orquesta. En frente de las olas altas está el Belmar gris, caserón que nadie advierte de día, pero de noche suele tornarse en Palacio de las hadas, cuando acuden a bailar las mazatlecas. Luces de oro; cristales y flores en las mesas y brazos desnudos que son como tallos descubiertos de la extraña planta femenina. Y rostros deslumbrantes que nacen de la seda. Ojos con agua de mar; cejas de sombra: noche aprisionada en carne; oscuridad hecha fulgor: comen, ríen. Tibia molicie de que nos salva como por una serie de vuelo la gracia; aguda gracia de las maneras y galanura feliz de las palabras. Las músicas a distancia ensanchan el pecho, deleitan el sentir, enferman la imaginación.

Mece el baile las parejas y pasan una tras de otra: ensayo de dicha imposible. Imposible agravado con el engaño de las sedas que avivan el tormento de pantorrillas y realidades. Tóxico supremo del ritmo; danzando se va al Infierno y danzando se va a la Gloria. Una pasó y la miró el poeta y supo que se llamaba Lorta y no pudo saber más; no quiso saber más ni era necesario saber nada después de mirarla. La alegría del baile rebosaba en más de cien parejas; llenaba los salones y se perdía en el patio semi-oscuro de luna. Habían caído en olvido el tiempo, la posición, la fortuna. Sólo se sabía de risas, de sonos y de bellas presencias; eran como los pro-

dromos del carnaval. Cuando ya está madura la fiesta, el ambiente se sacude con el aire de los Papaques: el himno de asueto que resonara incesante en los tres o cuatro días y noches que la ciudad dedica por entero a la alegría.

Pegada a la costa hay una isla: el Crestón, donde mora el vigía, por el lado del puerto nuevo. Alrededor se azotan perennemente las olas; sobre su punta luce de noche la falsa estrella de un faro potente.

Por dentro la ciudad se divierte cada noche y trabaja cada día. Hombres y mujeres jóvenes van en grupos cantando o lanzando vivas. De muertas nada sabe la ciudad de alma limpia que no quiere la muerte, sino la vida. Si la ciudad tiene tristezas las disimula ese franco saludo que a diario se cambian el rico y el pobre y el fácil tuteo que nos vuelve a hermanar en Dios. Por los barrios más pobres hay rastro de diversión, y en el mercado, por las noches, comida popular y tertulia general. Las calles suavemente irregulares se distinguen más que por el nombre por la propia fisonomía y siente el viajero que cada puerta ofrenda una sorpresa. Ni las casas ni las gentes están hechas por patrón. La Iglesia principal tiene en el frente un hermoso manto de piedra y se alza como un concierto de alegres colores en irrupción. Así estalla también múltiple el color en las plantas de los jardines públicos. Mazatlán es español y castizo: Mazatlán, orgullo de México, danos el contagio de tu orgullo y de tu libertad. Que todo México fuese como un Mazatlán grande, pensé una vez. Y lo vuelvo a pensar.

—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

La emoción y la vida moderna

HOY la vida no se comprende sino más allá de nosotros mismos. Esta rebusca de la emoción es el incentivo de todas las acciones del alma moderna, enferma de escepticismo que ya no cree ni siente esa felicidad tranquila predicada en otros tiempos. ¡Vivir para emocionarse van gritando los sentidos! Pero como la repetición del placer anula la sensación, la imaginación va agotándose a fuerza de ser hoy la mayor productora de energías. El ser humano no sabe qué es lo que desea, y extiende se-

diento los labios hacia la lejana e inalcanzable fuente de la felicidad que la locura reviste bajo las más absurdas formas.

En una interesante conferencia que diera Gregorio Marañón, el ilustre médico español, le oí expresar el profundo desconsuelo que significa para los que se dedican a enriquecer la ciencia como factor de mejoramiento humano comprobar que, a pesar de haber concluido con muchos de los motivos que contribuían en mayor medida a la mortalidad, no se ha conseguido prolongar la vida ni concluir con sus miserias físicas, y, que en suma, la humanidad sigue su marcha doblada bajo el peso del dolor material, a pesar de todos sus esfuerzos para libertarse de él.

Y esto, porque a medida que concluyen las enfermedades infecciosas se aumentan las cerebrales: las afecciones nerviosas desde sus primeros estadios hasta las formas sistematizadas de la locura. Contó a modo de anécdota que recorriendo un gran hospital de Alemania, uno de los médicos le hacía ver el vacío de las salas destinadas treinta años atrás a las enfermedades microbianas, mientras le decía sentenciosamente: «Estas y todas las enfermerías se habilitarán para manicomios.»

Marañón cree que el ejercicio mental puro es prácticamente inofensivo para el cerebro humano, que nadie enferma de pensar demasiado, de investigar, de leer o de crear, por potente y continuado que sea el esfuerzo, siempre que se desarrolle en una atmósfera de paz emocional.

El cerebro del niño y el del joven es todavía sensible al trabajo mental puro, del que se defiende por el mecanismo automático de la distracción, pero el del adulto, bien entrenado, es capaz de una labor de estudio o de producción de increíble intensidad e inverosímilmente prolongada. Es en cambio la emoción, la ansiedad en la lucha por la vida, la angustia de los deseos no satisfechos, la que estira nuestros pobres nervios hasta quebrarlos. Como dice Marañón, estamos en pecado cronológico, hemos perdido el paso que iba rítmicamente con el tiempo y nos sentimos flotar en el vacío. Se vive desesperadamente porque se sobrecargó el programa y porque se conoce la inutilidad del esfuerzo. . . . Se palpa la acción postiza de atiborrar las horas de agitaciones pequeñas. Nunca como ahora fueron los hombres más infelices en su falta de fe en causa grande alguna. Se llega a la fatiga, al agotamiento cerebral. Se siente el ansia del reposo, se obtiene, y el enfermo no sabe qué hacer de él, pues ya no son

horas vacías las que necesita sino un ritmo de aquietamiento interior. Aun más, el correr del tiempo inactivo va haciéndose doloroso: la agitación es hoy una droga nociva pero necesaria.

En las grandes ciudades la emoción está aún al margen de los acontecimientos mismos: hay quienes no han acelerado el paso de la propia vida y que sienten, no obstante, la ansiosa predisposición. Ambiente que dejan los actos de los otros y que lleva al balance personal. Entra en acción el tamiz espiritual, la oposición a los hechos rutinarios y, ante el pobre resultado, sienten la violenta necesidad de recuperar la vida. Empiezan a mirar a cada ser que pasa como ese pobre niño del Pájaro Azul, que, separado antes de nacer de la elegida, buscaba ansioso en la frente de cada una el signo que le haría reconocer su felicidad aquí en la tierra. Pero ya los seres se han complicado y los gestos se pierden entre las multitudes. Quedan en la atmósfera, como ternura al viento, angustia o desesperación: incentivo que perciben los nervios agudizados de los supra-sensibles. Caminan espoleados por estas rachas grises que el aire trae. Los mil ruidos y visiones de la calle son sólo un eco en el sub-consciente del obsesionado. Y así desfilan los muy olvidados tras su pedacito de felicidad abstracta o humana.

Hay aún en las grandes ciudades la sugestión de los sitios y del pasado que inquieta el espíritu buscando la asimilación, y el espejismo de vibración con las distintas razas y los distintos hombres, extrayendo de cada cual su interés particular. El mundo sólo es hermoso como posibilidad de realizar, y la vida en el grado en que las acciones abren el camino de una real irrealdad.

París en su vida flotante es sólo un muestrario loco de la aspiración sin horizontes siderales. Los seres de todos los pueblos traen aquí su verbo particular, su herencia racial diferenciada, sus locuras o sus manías, dándole al diario vivir un sello de vuelta al mundo dentro de sus kilómetros cuadrados. Panorama de infinitos ventanales, suele también ofrecer cambios en sus distintas perspectivas. Y así, a veces, surge en el camino el solitario hombre de acero que mirando despectivamente el kaleidoscopio humano dice con gesto indiferente: «¡París no existe!», pues en él no está la clave que le permita su realización particular. Pero justamente París existe porque la realización íntima no está en ninguna parte. Cualquier punto del mundo en que se detenga el barco o el ferrocarril es igualmente hostil o extraño a la

médula de nuestra psiquis, que tal vez castigada por algún dios cruel o vengativo fué condenada a ser la eterna solitaria, a quedarse en ese balbuceo de aproximación que le ofrecen las palabras, las artes o el amor. Y en esta conciencia trágica de soledad se tienden entonces los telones y las bambalinas, y a todos los sonos de la orquesta rueda la vida de la gran ciudad.—MARTA VERGARA.

¿Hacia dónde va la poesía?

DESPUES de la guerra del 14 que desoló Europa y cuya repercusión económica llegó hasta los pueblos de Sudamérica, convirtiéndolos automáticamente en colonias del más poderoso pueblo que jamás registró la historia de la humanidad, el pensamiento, la sociología, el arte, no podían conservarse estacionarios, sino contexturarse de acuerdo con las urgentes necesidades contemporáneas. La mente del hombre, estática hasta entonces, se motoriza hacia radios de más campo de acción, donde solamente se agita un problema básico. La confusión, producto de la misma guerra, ensombreció un ciclo corto de la historia. Dentro del caos existente, no podía vislumbrarse un pensamiento analítico, creador y constructivo, sino un pensamiento y un arte cuyas células traían la negación de su ser.

La noche inmensa de la guerra no permitió que los hombres pudieran ver más allá del abismo. Los caminos de la vida estaban nitroglicerizados. El panorama europeo estaba encendido de locura, barajándose las ideas, tanto políticas como estéticas, dentro del más profundo y absoluto individualismo. El principio individualista en su aspecto clínico. Sólo después del año 17 en que alumbró una estrella la aurora de la humanidad, vemos la transformación material y espiritual por medio de las corrientes que determinan la evolución económica y social de la humanidad. Desde entonces los problemas no son de carácter privado, sino público. El individuo es un átomo de la gran maquinaria, célula de un cuerpo organizado que cumple su función. El mismo «individualismo genial»—de que nos habla Cocteau—cumple su misión dentro de la sociedad, jamás fuera. Su aislamiento es su propia muerte. Por ejemplo, Francia fué un centro de experimenta-

ción en el que se debatieron las concepciones artísticas más heterogéneas y personalistas. De ello no queda sino un recuerdo de sabor deportivo. La mente se fatigó tanto que hubo una pequeña conversión hacia el clasicismo cristiano. Tantas escuelas estéticas, de las cuales solamente quedan los nombres, todavía subrayados en las mentes femeninas de los puritanos artistas. Pero sería también absurdo negar que sirvieron para abrir el camino de la reacción. No fué larga la espera. Aquí no hubo un salto, ni una trasmutación de valores: el rigor de los acontecimientos sociales fué venciendo las etapas por la que habría de pasar el arte de su función burguesa a marxista, vale decir socialista. El arte está evolucionando hacia la ciencia, condicionada por la vida. Esto es lo que no aceptan los viejos teorizantes de las escuelas estéticas que creen que la vida está determinada por el arte. Claro, su manera de ser social es ésta, y es la que determina su conciencia.

Las ondas de esta nueva conciencia artística, revolucionaria y marxista, repercuten no solamente en las élites literarias, sino que ha tiempo llegaron al pueblo, donde está su verdadero porvenir. Y nadie negará que todo lo que llega a la sensibilidad de las clases privilegiadas de la inteligencia y del pueblo, es obra verdadera, humana. De allí el poeta canta desde lo más hondo del hombre; igual cosa sucede en todas la demás manifestaciones del pensamiento. La otra poesía neo-sensible es producto de cenáculo, donde el egoísmo es la característica sustantiva. Si buscamos la razón de su ser, no la encontramos. «En el arte, como en el destino hay algo que no se ve»—dice un poeta, de los más inteligentes metafísicos. Si una obra de arte emociona, es porque en ella hay algo que se ve, que se siente, y si sabe llegar a la sensibilidad de todos los hombres, es social. Sí, humana. Para el hombre nada se le oculta. Sólo aquéllos que siguen pensando en el cielo hasta la misma realidad cotidiana no la ven, y de tal forma se producen.

Insistimos en que el arte surge como expresión de la vida. Por eso desempeña un papel importantísimo en la historia de la humanidad, indicando por su evolución la ascensión de la producción humana. El artista debe estar con su época, y ésta no es de fantasías, ni de sentimientos que carecen de claridad. El arte de la post-guerra se distingue por su obscuridad, y es además fundamentalmente romántico y tan pacifista que está degenerando en académico. Esto es, un arte decadentista. Sólo un laboratorio donde se puede analizar

la nueva creación, mostrar las raíces sociales, negativas y positivas, podría hacernos encontrar un arte con fines e ideales humanos. Obvio es decir que humanitarismo no significa paz.

En el alborear de esta nueva conciencia artística queda aclarado el fracaso de la fórmula exclusivista del «arte por el arte». El arte que no hace pensar en nada, que no tiene un fin, un ideal, ¿cómo puede pedir que se le tome en cuenta? ¿Acaso nos olvidamos de que es el materialismo histórico, y sólo el materialismo, el que marca orientaciones nuevas y hace las revoluciones? Tal vez un momento se le valorizó; pero fué en un solo momento, cuando los hombres de este lado de América pusieron su esperanza en el Occidente; mas cuando se dieron cuenta que era también enemigo de la verdad, buscaron en ellos mismos un pensamiento, un arte que redimiera para siempre su papel de negación por uno *de acción*.

¿Qué nos queda ahora que vemos el proceso que sufre el arte inútil o sea el arte por el arte, en Europa? Allí se engendró, creció en América, y luego va a morir a la misma Europa. Nadie niega que las estéticas «vanguardistas» tuvieron por matriz la guerra. Fué el producto de los gases asfixiantes y de los «shrapnells». La exaltación de los «ismos» brotó de mentes enfermas. Crecieron en el fondo de la muerte; no podían airearse con la vida, si estaban determinados por elementos psico-patológicos. América, continente ingenuo e infantil, como tal imitador de las malas costumbres, vió con lupa de aumento la estética y el arte en general, haciéndose cómplice y disidente. Y prendió mejor en América, si tenemos en cuenta la pereza de nuestros poetas para analizar y hacer obra que requiere haber vivido muchas vidas y haber estudiado con disciplina. Sobre todo en América estamos acostumbrados a vivir de la roña europea. La intuición no es suficiente, sino para llegar al error flagrante. De allí el desprestigio de nuestros poetas, que llegan hasta el sarcasmo de la compasión, cuando quieren incorporarse al ritmo moderno de la civilización.

El poeta, en la cabal expresión de la palabra, tiene un papel importantísimo que realizar: unir a los hombres; si no, se hace traidor a la humanidad. Quien no siente la palpitación del mundo y la interpreta en su verdadero sentimiento de justicia, no puede denominarse hombre. Y estamos en la conquista del hombre. El poeta antes que todo tiene que ser hombre. Es cierto, en nuestro medio, el poeta, el artista, es un adolescente, y su palabra nunca podrá expresar el senti-

miento colectivo, y aquellos que rompiendo su torre de marfil van al pueblo son los constructores de una mejor vida y de una cultura.

La joven América Latina no puede traducir su pensamiento sino en verso. La prosa, la novela, la historia, son productos de madurez. Y nunca la poesía había alcanzado mayor esplendor en América que en nuestros días. Veamos la poesía de un sector: México. Tomamos este país por ser el que más se caracteriza en su producción literaria. Otros países están también impulsados por la misma marcha—Perú, Argentina, Cuba, Bolivia, Venezuela—. Fenómeno que tendrá que operarse en los demás pueblos a medida que el imperialismo haga presente su fuerza bruta y adquieran conciencia de responsabilidad histórica.

En México, como en todos los demás pueblos del Río Bravo para el Sur, pugnan dos corrientes. Una que busca la poesía; la otra, el pensamiento como fuerza motriz y la poesía. De este modo la crítica los ha denominado con los términos de derecha y de izquierda. Al presentar a estos poetas no nos guía ningún afán partidarista, sino el deseo de que sean valorados con justicia, especialmente en esta hora en que América entra a un examen de conciencia.

EXPRESION DE LOS POETAS
DE DERECHA

Se canta en el poema,
por tristeza y olvidanza,
la gota perenne de una estrella
sobre la estalactita de la esperanza.
(Carlos Pellicer.)

Los nopales nos sacan la lengua
pero los maizales por estaturas
con su copetito mal rapado
y su cuaderno debajo del brazo
nos salen con sus mangas rotas.

Pos natal total inmersión
para la ahijada de Colón
con un tobillo en Patagonia
y un masajista en Nueva York.
(Su apendicitis
labró el Canal de Panamá.)
(Salvador Novo.)

Afuera, el ruido fresco
de la fuente mojaba
la arena del silencio
y el canto sin color de las cigarras.

DE LOS DE IZQUIERDA, O
AMERICANOS

TRENES MILITARES
que van hacia los cuatro puntos
(cardinales,
al bautizo de sangre
donde todo es confusión,
y los hombres borrachos
juegan a los naipes
y a los sacrificios humanos;
trenes sonoros y marciales
donde hicimos cantando la Revo-
(lución.

Allá lejos
mujeres preñadas
se han quedado rogando
por nosotros
a los Cristos de Piedra.
(Maples Arce.)

Un disco anaranjado
es el sol,
que cuelga sobre el vasto tumulto
(uniformado
de overol.
(Martín Paz.)

Una paloma del jardín
se puso a picotear el tiempo
en el oro granado del maíz.
(*Jaime Torres Bodet.*)

Y vendrán bruscos los deseos
quizá me sientan palpitar;
arderán inútiles sus labios
de jacinto y de azahar.
(*María del Mar.*)

Las almas
caminan sobre el río
para no tocar el polvo con los pies.
(*Kin Taniya.*)

Tu voz, hoz de eco,
es el rebote de mi voz en el muro,
y en tu piel de espejo
me estoy mirando mirarme por mis
(Argos,
por mis largos segundos.

y me dejas
sin más pulso ni voz y sin máscara,
sin máscara como un hombre des-
(nudo
en medio de una calle de miradas.
(*Xavier Villaurrutia.*)

Por las cortinas del alba
asoman palomas blancas,
otras de overoles grises
y las negras, tipográficas.

Jazz
Venganza de serpiente, el saxofón
adormece a las flautas
en el mercado negro de la orquesta.
(*B. Ortiz de Montellano.*)

LAS HUELLAS de los pies de sus
(amantes
Han cubierto su alcoba
con un tapiz de peregrinaciones.

La arcilla de su seno
Está llena de huellas digitales,
Y todo su cuerpo de jeroglíficos
De colibríes, besos
De sus amantes niños....
(*José Juan Tablada.*)

Por los deshielos de abril
confusamente respiro

Cada grano que siembras, campe-
(sino....
—dolor, dolor—,
una esperanza más que entierras
bajo este régimen traidor.
(*M. D. Martínez Rendón.*)

Campesino
que vives en derruida cabaña
espiondo el horizonte para ver si la
(lluvia se aproxima;
afla la guadaña
que va a lucir el sol sobre la cima,
y es hora de segar;
ya está el grano maduro
y la mano del patrón ya quiere el
(grano.

Siega pronto esa mano
que te quiere robar.
(*Germán List Arzúvide.*)

SOLDADERA
porque en esta hora grave,
muchas veces en cinta
has cargado el 30-30,
has compartido nuestras hambres
y has cantado con nosotros
el himno de «La Valentina»,
bajo la marquesina de las balas....

Porque nos pariste los hijos en las
(calles
o en la cárcel;
porque te poseyeron los triunfadores
y te perdimos en los botines de
(todos los desastres,
cuando llevas nuestros hijos en tus
(carnes;
porque te llenaron de excreciones
y te colgaron de los árboles,
y porque muchas como tú se que-
(daron podridas
a mitad del camino.
(*Baltasar Dromundo.*)

CAMPESINO SABIO
Sabio tú, que escuchas la voz
de la Naturaleza,
que conoces la belleza
de Dios....

Sabia tu mano
que no yerra,
que saca el grano
de la tierra.

el calofrío sutil
de cada vez que te miro.
(Alfonso Reyes.)

Una estrella canta
en el cielo
su sonata
de luz y silencio.
(E. González Martínez.)

Llegabas por la noche
sola
como una estrella,
como una ola....

(José María Benites.)

EL OJO DE AGUA
Delicia de las diez de la mañana,
baño de agua tibia y clara
y azul y con sabor de lágrimas.
(Gilberto Bosques.)

Sabia tu vida,
jornalero
que es florida
como el potrero.

Sabio tu pudor
sano,
sabia tu boca que no bebe sudor
de tu hermano.

Sabia tu mente pura
llena de propia luz,
que sin conocer la escritura
sigues las leyes de Jesús.
(C. Gutiérrez Cruz.)

Pasan las ovejas cubiertas de lana.
El pastor las sigue desgarrado y
(mudo.

A ellas Dios las viste,
al pastor el Amo lo deja desnudo.
(José Rubén Romero.)

Ahora podemos preguntarnos ¿hacia dónde va la poesía? Los que militamos en las filas socialistas tenemos una sola respuesta categórica que dar. Creemos firmemente en la emancipación del pensamiento y el arte colonialistas, cuya expresión genuina es el «arte por el arte». El privilegio de la inteligencia es una fuerza cuando está al servicio de un ideal, por eso nuestro arte se colectiviza para determinar la transformación de una época, no solamente desde un punto de vista cultural, sino también político. Y la poesía en América es tal vez el signo más elocuente del nacimiento de una cultura nuestra, de contenido económico y político. Aunque Roberto Meza Fuentes lo niegue. Juicios tan apriorísticos y venidos de uno de los mozos de más claro talento, de quien las juventudes, por su obra de acción anterior, esperaban les señalara un derrotero, desconsuelan. No podemos creer que sufra un error histórico y se deje llevar por las sutilezas de los románticos, y que negando el aporte constructivo de la nueva poesía política, niegue la crisis de la civilización capitalista, cuya agonía nos presenta Europa, donde nacen y mueren escuelas estéticas cuya antítesis es el arte político. Arte y política son cosas consustanciales. Negarlo es simplismo (1).

(1) Véase el comentario que hace R. M. F. a *El hombre de estos años* en *El Mercurio* del 13 de Abril. Si tomamos en cuenta la opinión de Meza Fuentes es porque coincide con la de no pocos escritores de Santiago. Ejemplo, *Alone*, crítico oficial de *La Nación*, los jóvenes poetas Seguel, Rosamel del Valle, y con ellos todos los nuevos poetas.

Nuestro arte va a buscar la realidad social, a descubrir una cultura americana, no a inventarla. Este es problema fundamental para toda mente realista que sepa ver con claridad. América no le debe absolutamente nada a Europa, a no ser a aquellos occidentalistas débiles y confusionistas, cuyo desconocimiento de la realidad los hace sentimentalmente románticos. Así en poesía como en política, sobre todo en política.

Sólo creándonos una cultura, un arte propio, sin influencias ajenas, podremos medir el desenvolvimiento, el desarrollo, la fuerza continental de nuestros pueblos.

Una cultura, un arte americanos, del pueblo y para el pueblo, se convertirán en universales. Ahí donde el hombre encuentra su expresión está la poesía iluminada por la creación del pensamiento humanista. La poesía así con energía, fuerza y carácter nos está señalando el camino que abre a la cultura de la humanidad. Crear una poesía varonil americana, cuanto más nuestra sea, tendrá valor de contribución para la historia. Primero es el pensamiento, después es la belleza. El pensamiento no tendrá otra forma de expresión artística que ésta: americana en su raíz. «El porvenir está en el cerebro. Después vienen los músculos»—dice Gladkov.
—S E R A F Í N D E L M A R.

El panorama de Max Daireaux

MAX Daireaux, escritor francés hijo de americana, ha publicado un panorama de la literatura hispano-americana (1) que merece en realidad un detenido comentario. Es un esfuerzo considerable, no se podría negar; pero sus deficiencias son también considerables. El autor revela conocimiento global de la literatura americana; comprende cuáles son los rasgos característicos de este proceso literario y hasta trata algunas figuras con extraordinaria elevación de miras y con verdadero dominio de la materia. Pero en lo particular yerra con frecuencia, como se verá más adelante. Recoger todos sus yerros nos ocuparía demasiado espacio. Nos conformaremos, pues, con examinar los que ha cometido el autor al mencionar a los escritores chi-

(1) Ediciones Kra. París, 1930.

lenos, y para no extender desmesuradamente estas líneas creemos conveniente entrar en materia de inmediato.

El autor divide el continente americano en cuatro porciones. En la primera porción figura sólo Chile, que elogia por su sobriedad, su gusto del estudio y el valor de sus escritores de historia y sociología.

Rude pays—dice (pág. 18)—de miniers et de marins, il a le culte de l'action et de la force, et le goût de l'étude.

En un segundo grupo quedan los países del Plata: Argentina, Uruguay y Paraguay. (Sobre éste, por lo demás, no da más adelante mención alguna.) En un tercer grupo se juntan Bolivia y Perú. El cuarto lo componen las naciones en que se dividió la Gran Colombia: Ecuador, Colombia y Venezuela.

A todo esto el lector habrá observado algo curioso: no se ha nombrado a ningún país centro-americano, ni al Brasil, ni a las Antillas, ni a México, que literariamente es una de las naciones más importantes de la comunidad hispano-americana. Daireaux tiene una doctrina especial, y nada plausible, sobre la materia. No incluye al Brasil por el hecho de no ser el español la lengua nacional; hace caso omiso de las Antillas (aun cuando cita con elogio, de paso, a Martí); cita a algunos escritores de la América Central (¿cómo podría ser de otra manera si Rubén Darío era nicaragüense?), pero excluye a México en un movimiento de humor que es simplemente incomprensible:

Enfant turbulent, inquiet et lyrique (1), à la fois positiviste et visionnaire, réaliste et chimérique, élégiaque et cruel, le Mexique s'est volontairement séparé de la famille latino-américaine, et ne consentirait à s'y joindre que pour réclamer dans le domaine spirituel les prérogatives impérialistes inhérentes au droit d'aînesse. (Pág. 17.)

El lector debe preguntarse, como yo me pregunté durante mucho rato, si no ha leído mal. Realmente parece difícil dar prueba de tanta ignorancia de las cosas americanas en tan pocas palabras. Vamos por partes.

1.º Las primeras expresiones (*enfant turbulent, à la fois positiviste et chimérique*) convienen tanto a México como a cualquier otro país americano, si se exceptúa Chile, donde la nacionalidad se consolidó antes que en país alguno de Amé-

(1) ¿*Lyrique* nada más? Y la estupenda novelística mexicana, ¿dónde queda? ¿Y sus pensadores, estetas y sociólogos?

rica y donde si hubo y hay positivismo, lo quimérico siempre ha faltado.

2.º ¿En qué sentido puede decirse que México se ha separado voluntariamente de la familia latino-americana? ¿En el político? La familia latino-americana (ya nos haremos cargo de esta entelequia) está compuesta de unidades autónomas y ningún pacto explícito le da cohesión. México ha resistido al imperialismo yanqui, como cualquier otro país de América que se haya visto amenazado. Eso no es apartarse de la familia americana, si no tal vez lo contrario. ¿En el literario? Sin una declaración explícita de no seguir ligado con el resto del continente, México permanece atado a él por la sólida traba de la lengua. Hay más: varias generaciones de mexicanos han influido poderosamente en las letras de América. Aunque hubiesen pretendido separarse los mexicanos, la fuerza de su genio y su formidable originalidad les habrían concedido una especie de primogenitura espiritual que los demás americanos reconocen gustosos. Por lo demás, Vasconcelos estampó cuando fué Ministro de Educación la frase: «Por mi raza hablará el espíritu» sobre un mapa de todos los países ibero-americanos—incluso Brasil—. ¿Hay aquí un anhelo separatista? Me parece que no.

3.º Esto de la familia latino-americana son paparruchas bastante viejas y torpes, y los americanos sabemos ya a qué atenernos. Los hombres de este continente se sienten hispano-americanos y no latino-americanos. ¿La influencia de la latinidad? Enorme, si se quiere; pero la raza no es latina, y eso debe bastar.

4.º Suponer que México al volver a la comunidad que tan peregrinamente se dice que ha abandonado, reclamará en el dominio espiritual prerrogativas imperialistas, me parece a mí una invención hartó fantástica. Esto es simplemente desbarrar.

* * *

Para orientarse en la vasta maraña de temas que le ofrecía su materia, el señor Daireaux ha escogido el camino que presenta más inconvenientes. En efecto, después de haber agrupado a los países americanos en la forma comentada, abandona la división geográfica, que podría tener una justificación en los caracteres similares que presenta la literatura en cada uno de los países que compone cada grupo. En lugar de esta división acomete la división por géneros

literarios, que es sin duda la más arbitraria en un caso como el presente.

Es preciso tener en cuenta que los países americanos le parecen al lector medio europeo una cosa amorfa, no bien determinada; algo como provincias de un gran imperio. Sin un cabal sentido de las distancias, cree que entre Caracas y Buenos Aires hay poco trecho y que de Valparaíso se puede ir a Río de Janeiro en pocas horas. Pues bien, para lectores de este género indicar simplemente que Blanco Fombona es venezolano y Gabriela Mistral chilena, es algo muy insuficiente. Por lo demás, los países americanos tienen ya una individualidad literaria más o menos acentuada, individualidad que en algunos arranca desde la misma Colonia. Por ejemplo, un movimiento literario tan poderoso como el modernismo, que influyó por parejo y en poco tiempo en América toda, tuvo modalidades nacionales que no se pueden desconocer. No cabe duda de que los modernistas argentinos (Lugones, Díaz, etc.) no sólo se asemejan mucho entre sí, sino que además forman una capilla aparte dentro del modernismo.

Por encima de esto pasa el señor Daireaux sin parar mientes. La división por géneros no le permite hacer esas divisiones más o menos sutiles, pero sin las cuales no hay crítica literaria seria, y sus enumeraciones de poetas y escritores son simples amontonamientos de nombres que no dicen ni dirán nada al lector europeo.

* * *

El capítulo de la novela chilena y algunas otras referencias al mismo tema hierven de errores, que conviene ir mencionando uno por uno para ilustración del señor Daireaux y de sus irresponsables y aviesos informantes.

1.º Pág. 25: Un romancier chilien Barrios, qui est à coup sûr l'un des maîtres de la prose sud-américaine, est à peu près inconnu à Buenos Aires.

¡Lástima de flecha perdida! Daireaux quiso dar en el blanco y no pasó ni cerca. Si hay sitio en el mundo en que nuestro novelista sea conocido y apreciado (después de Chile, su patria, se entiende), ese sitio es Buenos Aires. Las pruebas: hay ediciones argentinas nada menguadas de *Un perdido* y *El hermano asno*; un libro de cuentos de Barrios, *Y la vida sigue...*, se ha publicado sólo en Buenos Aires; las edicio-

nes españolas de los dos libros mencionados y el de *El niño que enloqueció de amor* han circulado mucho en la capital platense; en revistas y libros aparecidos en Buenos Aires (1) se ha comentado detenidamente la obra de Barrios. ¿Qué más? Barrios ha sido colaborador de *La Nación* de Buenos Aires, donde se publicaron algunos de sus cuentos y artículos.

2.º Pág. 191: Au Chili, Rosario Uribe de Orrego fut la créatrice du roman; elle est antérieure à Alberto Blest Gana, qui fut un des meilleurs écrivains du Pacifique....

Demasiado feminismo, y feminismo muy innecesario. *Alberto el jugador*, el libro novelesco de la señora Orrego de Uribe (y no al revés como trae Daireaux), apareció en 1861, prologado por don Ricardo Palma, que con mucha benevolencia no vacila en elogiar desmedidamente a la autora.

La verdad es que este libro está hoy enteramente olvidado y que don Alberto Blest Gana es considerado por la crítica chilena como el padre de la novela. *Engaños y desengaños*, el primer libro de Blest Gana, que es una novela, y *El primer amor*, que también lo es, aparecieron en 1858. ¿Cómo va a ser anterior a Blest Gana la señora Orrego si su novela apareció sólo en 1861? Francamente, el señor Daireaux se ha pasado de galante.

3.º Pág. 219: Son roman *Cap Polonio* (se refiere a Joaquín Edwards Bello) connut un succès immédiat.... Son second livre, *Un chilien à Madrid* lui a fourni une double satire assez savoureuse....

Error sobre error. Ni *Cap Polonio* es el primer libro de Edwards Bello, como da a entender la calificación de «second livre» aplicada a *El chileno en Madrid*, ni en este libro hay ese carácter satírico predominante que quiere destacar Daireaux. Es cierto que el genio de Edwards Bello tiende no pocas veces a la sátira. Pero el tono que prevalece en *El chileno en Madrid* no es el satírico sino el sentimental. ¿No ha leído este libro el autor del panorama?

4.º Pág. 235: Les conteurs chiliens ont peu exploité la veine locale. Guillermo Labarca Hubertson dans son roman *Les crépuscules* et dans ses contes *De la terre* a tenté de le faire.

(1) En este momento recuerdo los libros de E. Suárez Calimano y Luisa Luisi, donde se leen estudios sobre nuestro compatriota. En las revistas argentinas *Nosotros*, *Nuestra América*, etc. se han publicado también artículos sobre sus libros.

No señor. Los cuentistas chilenos se han dedicado con predilección a la *veine locale*. Todos los medios, y entre ellos particularmente los populares, donde el localismo, como se comprenderá, es absorbente, han sido escarbados por los cuentistas para sus temas. Si esto no es explotar la *veine locale* yo no sé qué nombre darle.

Por lo demás, las noticias que se dan sobre Guillermo Labarca Hubertson nos llenan de sorpresa. No se cita su hermosísimo libro *Mirando al Océano* y en cambio se le atribuyen estos *Crépuscules* y *De la Terre*. Conviene advertir que el título preciso de este último libro es *Al amor de la tierra*.

5.º Pág. 271: et le jeune romancier Eugenio Labarca dont les études critiques pleines de finesse ont une grâce singulière, une légèreté de touche assez peu commune en Amérique.

Este joven novelista, que debe haber aprovechado su presencia en París para influenciar a Daireaux, en realidad es autor de una muy mediocre novela de clave, sobre la cual se dijo en su oportunidad todo lo que merecía, y su posición dentro del panorama actual de la literatura chilena es secundaria. Es una lástima que el señor Daireaux esté tan lejos. Si se diera una vuelta por aquí vería que el lugar que ocupa su elogiado en las letras nacionales no es brillante ni mucho menos, y que esos estudios críticos en los cuales el autor del panorama ha creído ver cualidades tan interesantes, son unos pobres articulitos de miscelánea literaria, en parte traducidos del francés y en parte rosarios de cándidas exclamaciones que nada tienen de crítico aunque sí mucho de gracioso.

* * *

Que la poesía no acapara toda la atención de los escritores de este continente lo sabe muy bien el señor Daireaux. Bastaría el ejemplo de Chile y de la Argentina, que tienen más prosistas que poetas en el siglo XIX (se entiende más prosistas importantes), y acaso el de Colombia, donde hay oradores y críticos y gramáticos de fuste, para probar que la frase siguiente es un error craso:

Ecrire l'histoire de la poésie sudaméricaine, c'est écrire l'histoire même de sa littérature. (Pág. 59.)

Con este peregrino criterio la literatura chilena del siglo pasado se reduce a polvo, si se tiene en cuenta que ni Las-

tarria, ni Barros Arana, ni Sotomayor Valdés, ni Miguel Luis Amunátegui, ni Alberto Blest Gana, ni Barros Grez, ni Jotabeche, ni los Arteaga Alemparte, ni Daniel Riquelme, ni Vicuña Mackenna, ni Pérez Rosales, ni Blanco Cuartín, que algo representan dentro del movimiento intelectual de América, escogieron la forma rimada para sus más importantes producciones. Y conste que en la enumeración hay algunos que no escribieron en su vida sino dos o tres composiciones en verso, en los días de la iniciación, cuando el rumbo literario no ha sido fijado todavía claramente.

Pero cuando se ha dicho que escribir la historia de la poesía sud-americana es escribir la historia misma de su literatura, nada tiene de raro encontrar este juicio peregrino (pág. 148):

Pezoa Veliz (sic) et Victor Domingo Silva n'apportent à la poésie aucune nouveauté.

Esto es, por lo menos, demasiado radical. ¿Quién ha guiado la pluma del señor Daireaux para hacerle cometer semejante disparate? Abra el autor de este panorama cualquier estudio sobre poetas chilenos, lea algunos de los principales poemas de Pezoa Velis y verá cuánto hay de nuevo allí. Recuérdense que Pezoa Velis murió hace ya más de veinte años; estúdiese, siquiera *grosso modo*, el rumbo general de la literatura de su tiempo, y se entenderá cuánto fué lo nuevo que aportó Pezoa a las letras chilenas y qué valioso fué su mensaje. Es preciso advertir que Pezoa se inicia cuando el estéril cascabeleo rítmico de Pedro Antonio González domina la sensibilidad chilena. Fragmentos como *Nada*, *Tarde en el hospital*, *Fecundidad*, tenían que sonar a nuevo y muy a nuevo en esos días. Es cierto que Pezoa, cuyo gusto literario es muy inseguro, rima también en sus momentos de ocio poemas de puro tamborileo verbal. Pero eso no anula el resto de su obra.

Sobre Víctor Domingo Silva también se podría alegar algo, y mucho; pero creo que él mismo podrá defenderse con buenas razones literarias.

* * *

Mucho más se podría decir sobre este curioso panorama, tan inconexo e indocumentado como el lector podrá apreciar por las muestras. El capítulo de la poesía es, en lo que toca a Chile, de una pobreza franciscana y de una lamentable injusticia. (Hablo en general: las menciones dedicadas a Ga-

briela Mistral y a Pablo Neruda están bien.) En el periodismo se ven menciones del más subido color cómico. Entre los historiadores y sociólogos no aparece nuestro don José Victorino Lastarria, que es figura cardinal del siglo XIX. Pero desmenuzar todo esto nos llevaría muy lejos; habría en realidad que escribir de nuevo todo el panorama.

Y esto no es nuestra misión. Creemos haber cumplido con nuestro deber sacando a la pública vergüenza un libro que en realidad no deshonra a la crítica francesa puesto que ella se ha distinguido siempre por su incomprensión de todo lo extranjero y por su olímpico «je-m'en-fichisme» hacia todo lo que no es francés. Pero que es incomprendible en un escritor que tiene algo —y mucho— de sangre americana y al cual los americanos deberíamos considerar en cierto modo como hombre de nuestra raza.—R. SILVA CASTRO.

Crónica de espectáculos

PREPARATIVOS PARA LA TEMPORADA LÍRICA.—¿POR QUÉ NO SE ENTREGA EL TEATRO MUNICIPAL A UNA EMPRESA PRIVADA?—NUEVAMENTE LA CENSURA CINEMATOGRAFICA: «SHEREZADA» Y «FECUNDIDAD».

TODOS los años, al acercarse el invierno, se hacen preparativos para la temporada lírica que debe realizarse en nuestro Teatro Municipal y se anuncia, con caracteres sensacionales, el elenco que debe actuar en él. Este procedimiento se ha generalizado tanto que nadie protesta del engaño que significa y los abonados se conforman resignadamente con las mediocridades que les presentan, para suplir a los artistas de *celebridad mundial* que se anuncian y que, por una u otra causa, no llegan a Chile. De acuerdo con esta tradición, y tomando en cuenta la experiencia de años anteriores, en los cuales el Fisco ha debido cubrir crecidos déficits engendrados por temporadas mal organizadas, la Municipalidad ha enviado un comisionado a Europa para contratar directamente el elenco que deberá actuar en la próxima temporada. Dicho comisionado, que aún no regresa, ha anunciado estruendosamente el contrato—que se dice ya finiquitado—con Chaliapin y Claudia Muzio.

Al grueso público, ese que se conforma con los valores de etiqueta, esta noticia le ha parecido sensacional. Y hay quienes creen que en esta temporada nuestro Teatro Municipal se encontrará a la altura de los más grandes escenarios. No se toma en cuenta, por lo general, que los artistas de gran cartel encuentran con facilidad empresarios que les pagan mejor que nosotros, y en moneda más valorizada. No se recuerdan anteriores actuaciones de *divos* y *divas* que han llegado a Chile sólo cuando ya no podían actuar discretamente en otra parte.

Claudia Muzio se acerca a los sesenta años. A través de su larga carrera artística se ha mostrado como una persona de carácter difícil. No ha querido venir a Chile, anteriormente, en ninguna forma. Sin conocerlo, se ha referido despectivamente a nuestro país. Por su parte, Chaliapin ha pasado de aquella edad. Está en plena decadencia. Y para demostrar esto, basta sólo tomar en cuenta que, al decir del comisionado en Europa, ha aceptado un contrato por veinticuatro mil liras la función, algo así como diez mil pesos moneda chilena, el precio de un artista de segundo rango.

A la antigüedad grotesca de la ópera, sumaremos la vejez proyecta de los artistas. Gozándonos, como americanos de esa América que los europeos pintan como una selva poblada de indígenas vestidos con plumas, con el renombre que en otras épocas alcanzaron quienes vendrán hasta nosotros para recitar a media voz o proporcionarnos el penoso espectáculo del cansancio y la impotencia.

* * *

Nos parece oportuno, a propósito de la Compañía Lírica, referirnos a otro aspecto del problema. Se ha enviado un comisionado a Europa a contratar elenco. Entretanto aquí no se efectúan las diligencias necesarias para completar ese elenco con los elementos indispensables para presentar dignamente las obras. Los coros que en ellas deben tomar parte no están formados. No alcanza el número de sus componentes a cubrir las plazas necesarias a todo conjunto medianamente discreto.

En cuanto a los cuerpos de baile, aún no disponen de profesor. Así llegará el día del estreno y no se tendrá una compañía disciplinada, porque esto no se logra en una semana.

* * *

Por grande que sea la fiscalización ejercida por la Municipalidad jamás se logrará extirpar radicalmente la influencia personal. Hoy como ayer los contratos se determinan por simpatías personales. Estamos en condiciones de afirmar que más de una buena artista no podrá actuar entre nosotros porque no conserva esas relaciones de amistad, que contribuyen al desprestigio de la gente de teatro y que constituyen factores determinantes de una buena acogida en la empresa que tiene a su cargo nuestro Municipal. Hora es ya de que estas cosas terminen. La Alcaldía no está en condiciones de vigilar y depurar las actuaciones relativas a la lírica, porque para ello se requieren condiciones especiales y un conocimiento de las bambalinas que no es posible exigirle. Por otra parte, no corresponde a las Municipalidades el ejercer esta misión cultural. Y en cambio, tiene que garantizar, en estas ocasiones, la seriedad de los procedimientos empleados por sus mandatarios, asegurando a los abonados un espectáculo de calidad. A nuestro juicio, la única manera de lograr esto consiste en entregar, como en otros años se hacía, la concesión del Municipal a una empresa privada. Y de este modo, obtener que el teatro no deje pérdidas financieras y que los elencos que actúen en él no estén compuestos de fantasmones que, en virtud de glorias pasadas, de que el público chileno no ha disfrutado, vienen a molestarnos con sus voces, que unas veces parecen chillidos humorísticos, y otras, dolorosos quejidos.

* * *

Muy a nuestro pesar, debemos referirnos nuevamente al Consejo Nacional de Censura Cinematográfica. Y esto, porque hemos presenciado la exhibición de *Sherezada*, film inspirado en uno de los cuentos de las *Mil y una noches*, y realizado con el auxilio de la más fantástica y hermosa *mise en scène*. Pocos han de ser quienes no conozcan los cuentos orientales, desde la más tierna infancia; y menos todavía quienes no conserven de ellos un risueño recuerdo, para la ingenuidad de su argumento, para la fantasía de sus personajes, para el embrujado sortilegio de sus leyendas. Los hombres de hoy encontramos en *Sherezada* una imagen tangible de nuestra infancia lejana. Los niños hallarían en esta película una gráfica representación de un mundo de maravilla, lejos de las peque-

ñeces, miserias, dolores y maldades de este pícaro mundo real. Y decimos hallarían, porque el Consejo Nacional de Censura Cinematográfica ha determinado que *Sherezada* es impropio para menores de quince años.

Y no es esto sólo. Ahí está el caso de *Fecundidad*, la novela de Emilio Zola, llevada a la pantalla en forma bastante aceptable. A través de sus escenas nada puede encontrarse que hiera la moral en uso. En cambio de la *escandalosa* presentación de una madre que da de mamar a su hijo, divulga la enseñanza del buen hogar, del buen matrimonio fecundo, combatiendo el egoísmo de unos y la tendencia a lo *snob* de los otros, para condenar enérgicamente a quienes no contribuyen al aumento progresivo de la natalidad.

También es esta una cinta impropia para menores y señoritas, según el dictamen del Consejo de Censura Cinematográfica. ¿Es que este consejo estima atentatorio contra la moral el espectáculo—contemplado a diario en plazas y tranvías—de una madre que da el pecho a su hijo?

Actualmente se lleva a efecto una intensa campaña en pro de las teorías anti-concepcionales. Es indudable que una restricción en las exhibiciones de las películas propagandistas del aumento de natalidad, contribuye indirectamente a fomentar dicha campaña; y en todo caso a disminuir el número de personas en posesión de argumentos y antecedentes contrarios a ella. No puede sospecharse, siquiera, que los miembros del Consejo Nacional de Censura Cinematográfica deseen contribuir a la difusión de las teorías anti-concepcionales, pero es menester resaltar esta circunstancia, en previsión de inadvertencias de este género, que pueden tener consecuencias trascendentales.—A L F A.

LOS LIBROS

GUERRA MUNDIAL

GRANDEZAS Y MISERIAS DE UNA VICTORIA, por *Georges Clemenceau*.

Es un bello record editorial el que se ha apuntado la firma de M. Aguilar al traducir y publicar este libro de Clemenceau con tanta rapidez que los ejemplares castellanos se han vendido en Santiago antes que los franceses (1). Se trata en realidad de un libro excepcional, que merece la acogida que ha tenido y cuya envergadura justifica de sobra el clamoreo que comienza a producirse en torno a él.

Hagamos historia. Poco antes de morir, el Mariscal Foch encargó a un estimable escritor francés, Raymond Recouly, que escribiera un Memorial de Foch así como hay un Memorial de Santa Elena en que se registran las palabras de Napoleón que explican sus campañas y sus gobiernos. En este Memorial,

(1) M. Aguilar, editor, Madrid, 1930.

Foch hace inculpaciones a Clemenceau. El Tigre, que estaba retirado a la casa de campo en que iba a morir pocos meses más tarde, se mostró primero sorprendido y luego irritado por la actitud póstuma de Foch. Anunció que escribiría un libro en el cual iba a decir la verdad, toda la verdad, respecto de la dirección de la guerra y sobre la paz que la ha seguido. De aquí el libro.

En lo que se refiere a Foch, Clemenceau cuenta la forma en que se le designó Generalísimo de los ejércitos aliados, en un momento crítico en que las armas aliadas perdían terreno y estaban a punto de ser cortadas en su línea occidental. Cuenta también cómo la defensa de Foch en el Parlamento en el asunto del Camino de las Damas (retirada de los ejércitos aliados, con fuertes pérdidas) fué hecha por él con un fuego tal que la oposición quedó paralizada y desarmada. Y también dice que fué él quien propuso a Foch para el mariscalato, creado nuevamente en forma especial para premiar a los jefes militares que se habían distinguido en la guerra.

Pero Foch no es el único hombre

que aparece en estas páginas soberbias y desenfrenadas. También figura Poincaré, Presidente de la República durante la guerra y luego jefe del gabinete en diversos períodos de la post-guerra. Foch es para Clemenceau el enemigo de durante las operaciones. Poincaré es su adversario de más adelante. En efecto, Clemenceau le reprocha falta de firmeza en su concepto de las reparaciones debidas por los imperios centrales a los aliados y le echa en cara haber dado a la paz el carácter de «paz a reculones», palabras con que titula uno de los capítulos de su libro. Para Clemenceau Francia es la víctima, al mismo tiempo que de la perfidia germánica, de la insularidad británica y—lo que es más grave—de la indiferencia y frivolidad de los propios gobernantes franceses de la post-guerra.

El libro de Clemenceau no es un tratado frío, ni una obra estadística, ni siquiera un texto de alta política. Es nada más—pero también nada menos—que un alegato, con las violencias, los ex-abruptos y las irregularidades propias de un alegato en el cual se ponen vehemencia pasional, ímpetu combativo y toda clase de entusiasmos y rencores. Para calificar a los hombres encuentra expresiones deliciosas e inimitables: Lord Balfour, el político inglés que acaba de morir, es «el más culto, amable y cortés de los hombres inflexibles»; «lord Robert Cecil, un cristiano que cree y quiere vivir su creencia»; Edward House, «el coronel House, un super-civilizado escapado de los salvajismos de Texas» (pág. 124); «Venizelos, hijo de Ulises

y de Calipso, lealmente impregnado de una astucia helénica» (pág. 125). Sobre Foch y Poincaré dice muchas cosas sabrosas; la más penetrante parece ser la siguiente:

Esperé (en el Parlamento), y hasta actué en algunas ocasiones, bajo el fuego graneado de los argumentos, con un soldado insubordinado que me venía a los alcances y un Presidente de la República que habría querido verme en el fondo de un pozo. (Pág. 135.)

La Liga de las Naciones arranca a Clemenceau muchas protestas por la garrulería, el charlatanismo impenitentes que allí dominan; pero la mejor de sus expresiones para condenarla es ésta: «los acordes de la guitarra ginebrina», que se lee en la página 92.

M. Poincaré anuncia en un artículo publicado simultáneamente en Francia y en varios otros países (entre ellos Chile) una respuesta a las inculpaciones de Clemenceau en un nuevo volumen de su libro de recuerdos. En realidad, Clemenceau acusa al ex-Presidente de Francia en forma tan seria y contundente que parece difícil que este «jurisconsulto profesional»—como lo llama—logre deshacer la trama de este libro. Cuando uno halla en un libro tal cúmulo de aseveraciones, hechas con fuego y con desdén soberbios, le parece casi imposible que el acusado sepa defenderse y consiga dejar una impresión contraria a la que arroja el libro acusador.

Esa es la sensación dominante cuando se termina de leer la obra de Clemenceau: sus palabras precisas,

certeras, violentamente sinceras, parecen inspiradas en la verdad más pura. No se puede poner fuego semejante para disfrazarla o torcerla.—

R. Silva Castro.

JULIO, 1914, por *Emil Ludwig.*

«La culpa de la guerra corresponde a toda Europa.» Esta primera frase del libro de Ludwíg ha atraído sobre el autor de *Napoleón* la ira de todos los chovinistas de Europa. Tanto del lado francés, como del alemán, se han descargado grandes protestas. Nadie quiere ser responsable de la guerra y aún «ese innombrable girón de abyección imperial que se oculta en su fango de Doorn», como dice Clemenceau, niega que sus indecisiones y su megalomanía hayan sido una de las causas principales del desastre europeo.

Sin embargo, los documentos hablan más claro que los hombres que hoy se defienden de los errores cometidos desde Julio de 1914 hasta el primer día de la guerra. «Este libro es un estudio de la imbecilidad de los poderosos en aquel crítico momento y del instinto justo de los por aquel entonces impotentes.» Estos imbeciles serían en primer lugar el conde Berchtold, Ministro de Estado de Austria-Hungría; Nicolás II, Emperador de Rusia; Guillermo II, Emperador de Alemania; Poincaré, Presidente de la República Francesa; Sasonow, Ministro de Estado de Rusia y otra cantidad de gente irresponsable de su cobardía, de su estu-

pidez y de su ineptitud de gobernantes y de diplomáticos.

Hoy día, aquella guerra, gracias a lo que proclaman unos y otros, ha pasado a ser una guerra exclusivamente defensiva. Alemania se defendía de Rusia; Rusia, de Alemania; Austria-Hungría, de Serbia; Francia, de Alemania. La verdad es que unas y otras naciones, unos y otros gobernantes, hicieron lo posible por no ser ellos los que primeros atacaran y aun llegaron a inventar ataques ajenos para justificar los propios. «No hace falta ser un Bismarck para impedir esta guerra, la más estúpida de todas.» Pero no se impidió. Los acontecimientos se enredaron en tal forma que al final nadie sabía lo que iba a hacer, con quién iba a pelear y por qué. Nicolás II dirigía telegramas de paz a Guillermo II, después de haber ordenado la movilización; Guillermo II, luego de hacer derroche de arrogancia y de espíritu guerrero, preguntaba si no habría aún algún medio de arreglar las cosas. Pero las cosas no se pudieron arreglar y no se arreglaron sino cuando la guerra había devorado siete millones de hombres.

Sólo murieron en la guerra los que no la querían: el Archiduque de Austria inició con su muerte el asesinato colectivo; murió sin saber lo que su fallecimiento iba a costar a Europa. Siguió Jaurès, y tras él fueron todos los franceses, rusos, alemanes, ingleses, todos aquellos a quienes sus gobiernos engañaron diciendo que la guerra era una guerra de defensa, provocada por el enemigo.

Los instigadores de la guerra, esos

treinta príncipes, generales y diplomáticos, que por razones de Estado que no existían o que se habían inventado, lanzaron a la carnicería y convirtieron en asesinos, bandidos e incendiarios a varios millones de hombres, esos no murieron en la guerra. Se salvaron de la catástrofe por medio de la fuga o gracias a la paciencia de sus pueblos. Sólo a Suchomlinov (Ministro de la Guerra de Rusia) le alcanzó el castigo (el presidio). El Zar, el conde Tisza y el conde Stürk, murieron asesinados por sus pueblos, Pero los demás, los más culpables, el gran duque Nicolás, Iswolski, Berchtold, Bethmann, Guillermo II, Januschkiewich y Moltke, viven o vivieron tan tranquilos.

Ninguno de los vencidos fué llevado ante un tribunal nacional. El asesino del archiduque fué martirizado lentamente, hasta que murió; el asesino de Jaurès fué absuelto.

Tal es la historia que surge de los documentos, historia mucho más verdadera que la que ahora se quiere inventar para descargar de responsabilidades a los culpables.—*M. R.*

POLITICA

¿A DÓNDE VA ESPAÑA?, por *Marcelino Domingo*.

Una serie de escritores españoles se ha dado a la tarea de examinar España. El resultado de esta labor

es triste. De esos exámenes España sale tal como parece ser hoy, es decir, un pueblo sin conciencia civil o de conciencia civil adormecida, a quien los acontecimientos no han logrado despertar de su apatía. Es cierto que no todo el pueblo español es así, que existe una cantidad grande de gente que espera y sueña y que, dado el caso especial de una organización nueva de España, entraría a formar parte de ella, aportando un caudal de energías nuevas. Pero esa gente se mueve en otros campos; está, por decirlo así, alejada de la política española de hoy día, de la política activa del momento, apartada de los liberales, de los conservadores, de los republicanos. Es el partido socialista, la masa de los trabajadores federada en los sindicatos obreros, independiente de los partidos grandes de España y en cuyos movimientos no toma parte, esperando los propios.

Este libro de Marcelino Domingo trae un prólogo de Gregorio Marañón. Marañón no cree que España esté parálitica ni en trance de morir, como lo aseguran otros, aquellos que

olvidan que la forma máxima de la vitalidad en biología es la resistencia, la pasiva tenacidad, el espíritu refractario; fenómeno singularmente neto en los pueblos meridionales, cuya típica expresión alborotada no es casi nunca el índice de su verdadera tensión espiritual... Sólo cuando callan nuestras muchedumbres, es cuando se las debe tomar en consideración.

Tal vez, como médico, pueda tener razón el autor del prólogo del libro

de Domingo. Pero como sociólogo es distinto el caso. Un pueblo que calla puede ser un pueblo que cavila, pero cuando ese silencio se alarga demasiado, ¿qué pensar de él? Y España, desde hace varios años, calla, habiendo tenido muchas oportunidades para hablar. Quizá sea cierto lo que dice Macaulay:

España es un pueblo que reserva íntegra su virilidad para el día de la desesperación;

sí, tal vez sea cierto y nos alegraríamos que así fuera, deseando que llegue pronto para ella el día de la desesperación, que seguramente no está lejano, a juzgar por los acontecimientos.

Marcelino Domingo opina que la solución del problema español está en la República. Pero, ¿serán los republicanos, llegado el caso de instaurar la República, más felices de lo que han sido hasta hoy? Luis Araquistain, en su libro *El ocaso de un régimen*, opina que no. El partido republicano español es un partido gastado, acabado en vana palabrería, cuyos hombres no han demostrado hasta ahora capacidad alguna para hacerse cargo de un Estado, mucho menos de un Estado como el español.

Tomando en cuenta las palabras de Araquistain, las de Domingo, las de Marañón, que se contradicen entre sí y que niegan a una fuerza el valor que el otro le reconoce; teniendo en cuenta la actitud del pueblo de España y la actitud de indiferencia adoptada por las fuerzas socialistas españolas, que no quieren comprometerse con los demás políticos; vista la inercia de todos los partidos contrarios a la monarquía, ninguno de los cuales se decide a obrar de una vez y para siempre, llega el lector a preguntarse, con Marcelino Domingo: ¿a dónde va España? Seguramente, a la revolución, revolución que no se sabe aun quién la hará y qué orientación tendrá, pudiendo salir de ella tanto una obra maestra como una defectuosa, condenada a morir en breve plazo.—M. R.

PRIMER MENSAJE A LA AMÉRICA HISPANA, por *Waldo Frank*.

Este libro del escritor norteamericano está formado por algunas conferencias y charlas que verificó en países de habla española durante el año 1929. Es el prólogo de un Mensaje que dirigirá a Hispano América y que ya está escribiendo. Como el autor lo dice, la mayoría de las ideas expuestas en sus conferencias y charlas están ya en sus libros anteriores. Pero, como sus libros anteriores han tenido entre nosotros escasa difusión y no han sido comentados sino a la pasada, glosaremos algo de este *Primer mensaje a la América Hispana* (1).

El tema central del libro, la obsesión, podría decirse, es: «el nuevo mundo»; aun aquellas ideas que parecen no tener relación con él, la tienen, si no ostensible, por lo menos

(1) Ediciones de la *Revista de Occidente*. Madrid, 1930.

latente. Frank se nos aparece en este libro como un profeta de ese nuevo mundo que vendrá y que él ubica en las dos Américas, en la del Norte más que en la del Sur.

¿Qué es un mundo? Para él, como para nosotros, un mundo es un organismo. Un hombre, siendo un organismo, es un mundo; es una unidad y un conjunto, ordenado y regido por leyes estrictas, cada una de las cuales contribuye a sostenerlo y mantenerlo en su actitud; mundo que, como cualquier otro mundo, está expuesto a desviaciones, a oscilaciones, a disoluciones. En cuanto una parte quiere independizarse y seguir un camino que no es el común, ese mundo principia a disgregarse. Nada más sencillo y justo. Es necesario un equilibrio exacto y una armonía sin disonancias. Y así como el hombre es un mundo, lo es también un país, un continente, una raza, una familia: desde los sistemas solares hasta los sistemas fisiológicos. Y esto, que es verdad en las ciencias físicas y biológicas, lo es también, según Frank, en el orden emocional e intelectual. Si una célula del organismo humano falla, sobreviene el neoplasma; si un instinto o un impulso se extravían, viene la locura o la neurosis. Nada más sencillo ni más lógico.

Ahora bien: el mundo católico medioeval, dice Frank, alcanzó su plenitud por el año de mil trescientos-época del Dante y de las grandes catedrales; pero mucho antes de Colón había ya mostrado síntomas innumerables de que estaba muriendo. Empezó a disolverse. Había llegado a su completa madurez y, como toda

cosa, se descompuso. Muchas razones, razones de orden religioso, sociales, políticas, fueron la causa de ello. El descubrimiento de América precipitó esta disolución. Pero como el mundo no puede existir sin un orden y como al desaparecido había que sustituirlo con otro, los hombres que vivían en medio de ese mundo que perdía su unidad miraron hacia el nuevo con la ambición de implantar los nuevos principios que florecían en aquél y que habían sido la causa de su desequilibrio, pues un mundo o un organismo que muere, no muere sino como unidad, como conjunto ordenado, subsistiendo siempre su materia prima, aunque ya independiente de aquel conjunto, de aquella unidad y de aquel orden.

A América vinieron, con los conquistadores y colonos, todos los impulsos de Europa. El antiguo mundo estaba en agonía. América fué su tumba. Está aquí, en América, la simiente de un nuevo mundo.

Pero el nuevo mundo no ha pasado de simiente, está aún nonato y constituye lo que, en principio, Frank llama el ideal americano:

El ideal americano tuvo dos formas. Un grupo, el católico, formado principalmente de españoles, ya que España era la única nación de aquella época que se empeñaba todavía en vivir dentro del orden medioeval, creía que el orden cósmico existía ya y que sólo era necesario ensancharlo y llenarlo. El otro grupo, formado todo por hombres que habían repudiado la síntesis medioeval, protestantes, deístas, etc., creía que el orden había de ser creado desde el principio.

La lectura de este párrafo nos demuestra que en Sud América no existe un ideal, como parece existir en Norte América. Y no existe porque, como dice Frank, el español no traía ningún ideal de creación; su ideal era de extensión, ideal que él mismo hizo fracasar. Sud América tendrá que crear sus ideales.

Mientras tanto, ¿en qué consiste el ideal americano? Waldo Frank no lo dice, quizá no se atreve, tal vez no lo sabe; sólo lo presiente y no dice en qué forma se realizará ni qué características poseerá. Un ideal social y la realización de él no es cosa simple, ya que depende de innumerables leyes, que no sólo son sociales, sino también morales, religiosas, políticas, económicas, raciales; sería demasiado pedirle que nos hiciera un esquema de su nuevo mundo que sólo existe en latencia y del cual no se tiene siquiera la seguridad de que nacerá. Y esta dificultad es aún mayor si se considera que Frank rechaza, en principio, los intentos que los europeos han hecho para construir un orden que reemplace al fenecido, intentos que él divide en cuatro clases: Individualismo, Colectivismo egoísta, Humanismo y Socialismo y Comunismo.

Todos estos experimentos de creación de un mundo contienen elementos de un gran valor. A cada uno le falta algo esencial. Ninguno de ellos ha tenido éxito, ninguno de ellos—en su forma actual—podrá tenerlo. Pero últimamente cada uno de ellos habrá de contribuir a la síntesis que es tarea nuestra—y necesidad del mundo—crear.

Más aartista que sociólogo y que

filósofo, eminente creador, Waldo Frank se erige en profeta de un mundo que nacerá; pero, a diferencia de otros profetas más videntes, no nos ofrece sino el aruncio. Otros buscarán la forma o quizá la forma surgirá sola, natural y generosamente, como una flor, aunque éste no sea el mejor método para crear un mundo nuevo, un organismo nuevo, un orden nuevo.

Lo más notable de lo que dice en todo su libro es su afirmación de que Europa ha muerto o está muriendo. Se supone que esta afirmación es sólo figurada y se refiere a la muerte de aquel orden general de que hablamos al principio, porque, en particular, Europa no ha muerto ni mucho menos; vive aún, se esfuerza por vivir, pelea por vivir; sus ciudades están llenas de hombres que llevan en sí impulsos seguramente distintos, quizá no completos, pero no despreciables en su totalidad, ya que entre ellos, como el mismo Frank lo reconoce, existen elementos que América utilizará en la construcción y realización de su ideal. En verdad, América no llegará a tener un ideal propio, sino que, en buenas cuentas, formará con los ideales europeos el suyo: será la heredera de todos los fermentos puros que agitan hoy a los hombres de Europa. Esto es más verdad en lo que se refiere a Sud América, para la cual el problema presenta caracteres muy distintos, que para Norte América. ¿Cómo crear un ideal común para todos los hombres de Hispano América? Su división geográfica, sus profundas diferencias raciales, sus rencillas internacionales que una diplomacia inepta ha contribuido

a agrandar, han separado casi fundamentalmente a los pueblos de este continente, que en otra época, al comienzo de su independencia de España, pudieron haberse unido en una federación. Hoy día todos los hombres conscientes de Sud América miran hacia Europa más de lo que se supone. Europa parece ser el laboratorio del nuevo mundo, nuevo mundo que, posiblemente, se realizará primero, como ideal, en Europa, y luego como realidad, en América, si, como presume Frank, la cultura humana y el espíritu humano no son aventados antes a la nada.

Su amor hacia Norte América le hace desear una Norte América que no sea la actual, de la cual es severo crítico y áspero censor, hasta el extremo de ser llamado anarquista en su tierra. Su pintura de los Estados Unidos de hoy es magistral y explica de manera admirable el desarrollo moral de ese pueblo, así como su desarrollo social, cuyos fenómenos examina minuciosamente.

Los errores y vicios de los Estados Unidos son, en mucha parte, los rasgos dominantes de todo el mundo moderno, y nada más que eso: mundo en pleno caos de transición.

Esta frase parece ser—aunque no lo quiera ser—una advertencia para aquellos que se denominan a sí mismos anti-imperialistas, es decir, enemigos de Norte América. El imperialismo norteamericano no es sino un fenómeno de su capitalismo y el capitalismo, aunque tenga en ese país su más alta representación, no es esencialmente norteamericano: es

como en Inglaterra, en Italia como en Alemania, en Argentina como en Chile. Es el orden caótico que rige al mundo moderno. ¿Y por qué combatirlo únicamente en Estado Unidos si lo tenemos en todas partes?

¿Por qué es malo que haya en la América hispana hombres que odian a los Estados Unidos? Porque ello reduce la eficiencia de la América hispana frente a sus propios problemas, que son también nuestros problemas.

Será necesario empezar la lucha en casa y empezar por el hombre, base de toda acción humana; desarrollar la acción a manera de círculos concéntricos, de adentro hacia afuera, hasta saltar sobre los límites del país en busca de las ondas que vengan de otros hombres y de otros grupos. Estas son las últimas palabras de Waldo Frank:

El caos americano contiene todos los elementos para la creación de un nuevo mundo más completo que mundo alguno del pasado histórico. Hombres y mujeres tales como presiento que hay en la Argentina, en Cuba, en México y en los Estados Unidos pueden captar ese caos americano. El caos y la angustia del mundo moderno aguardan hombres y mujeres como los que hay entre vosotros. Hombres tales han de empezar en soledad. Pero han de aprender que no están solos. Han de descubrirse a sí propios en comunicación con sus hermanos y con sus hermanas. Han de descubrir que sus experiencias más íntimas los enlazan maravillosamente con sus hermanos y con sus hermanas. Han de lograr de su comunión una fuerza que irresistiblemente mueva a la acción, acción sobre sus amigos, sobre su país; acción que será irresistible, porque será la verdad.

Es la voz de un profeta sobre el pantano de Sud América, la voz de un incitador entusiasta. Oigámosla y unamos a la suya la nuestra. Las obras surgen trabajando y la comunión espiritual es ya un principio de trabajo.—*Manuel Rojas.*

POESIA

FIESTA, por *M. Gómez Fernández.*

Gracias a la amabilidad de Aníbal Bascuñán V., viajero por todos los países y por todos los libros, hemos podido conocer algunas muestras de los últimos poetas españoles, de aquellos que no han llegado a la fama intercontinental de los cabecillas de los últimos movimientos, Diego, Guillén, Alberti, García Lorca, Salinas, pero que representan un esfuerzo de valor en la poesía española contemporánea. Y no sólo un esfuerzo sino que algunos entre ellos, afortunadamente una realidad.

M. Gómez Fernández ha impreso en Salamanca en los principios de 1929, un pequeño libro: *Fiesta*. Es su labor de 1928, se encarga de decir.

Después de leerlo nos interesa el hombre que hay en el poeta. ¿Cómo será este poeta que ante la Naturaleza tiene acentos tan puros, tan intensos? Nuestro amigo, que fué amigo de él, nos dice que Gómez Fernández conocía como nadie en Madrid la vida del hampa. Los bajos fondos, la amarga realidad de la miseria, la tristeza permanente de

la truhanería, habíanlo seducido, y su vida madrileña era como el medio en que se desarrollaba, triste, pobre, amarga.

Sin embargo, su vida poco ha influido en la expresión que da a su obra. Esta revela una profunda, sentida, intensa aristocracia del decir. Sin pertenecer a escuela determinada, afortunadamente—y esto confirma la verdad vieja de que en poesía las escuelas y capillas son sólo accidentes que no alcanzan a influir en la esencia del arte—, el giro de su expresión es modernísimo, porque ahoga todo asomo de profusión que hiciera recordar la retórica.

No hay retórica alguna en su poesía, pero hay mucho Góngora. Es la influencia tiránica. Sin pertenecer a grupo determinado entre los poetas jóvenes, Gómez Fernández ha leído y ha aprovechado a Góngora. Pero sin caer en conceptismos inactuales. Su «gongorismo» — si tal puede llamarsele— sólo da una expresión concisa, acerada, precisa y de una finura profunda. Un leve dejo de contenida emoción vivifica el retorcimiento de algunas imágenes. Y toques finales de sus poemas, son siempre imágenes realizadas en máxima plenitud de belleza. Transcribimos su poema «El borracho y la alborada», en que las cualidades y los defectos anotados de la poesía de Gómez Fernández, se destacan:

Aquí tengo la alborada,
¡creedme, creedme!
en el bolsillo guardada.

Navío huérfano
de voluntad guiadora
—rota en tempestad habida

en el seno de Dionysios—
vino a chocar con el banco
de la aurora.

Y el pregón es siempre el mismo:

Aquí tengo la alborada,
¡creedme, creedme!
en el bolsillo guardada.

—Se la pedí y me la dió—

Cuando ha arribado la noche,
entra, en el último tren
he cerrado mi balcón.

Mi cuarto se ha disfrazado
con miradas del espejo.

Se ha disfrazado de Alba.

El pregón del borracho y el verso final revelan los estallidos de la sensibilidad poética del autor. El resto del poema muestra el juego cerebral de las imágenes retorcidas en un conceptismo escueto, preciso, a veces árido. Pero esta aridez de algunos versos, muestra en el autor que tal vez su defecto más notorio proviene de su cualidad primordial, y es la sugerencia completa que da a los cuadros y poemas con los toques más leves, más concisos de una imagen, de instantáneas de imágenes.

Todo un poema de amor es el titulado «Historia de Amor»

I

Sin saber cómo,
era feliz.

Sin saber cómo
me encontraba a tu lado

—aprendí a cantar—

pero tú eras mi biblioteca
y yo un niño curioso.

II

Poseí todo el cielo
en un instante.

No me encontré
al buscarme,
perdido en el cielo...
—piloto de una nube—.

III

El río para tu cuello....
La luna para tu dedo....

—y el alma saltando
en la comba de su risa—.

Te subí al cielo
—la luna fué en tu dedo—.

Te sumí en la tierra...
—cantó el río en tu cuello—.

¡Dulcemente sonreías...!

IV

(Ausencia)

Cuando regresaba el alma,
despertaba.

V

Desde aquel día sin alma...
—la jaula estaba vacía—.
Ya no he vuelto a ver el alba.

VI

Puñalitos en mis sienes.

Oí un grito en la montaña...
La nube, manos piadosas,
¡ay, mortaja!

En mi mirar, una herida...
¡y el puñal de su mirada!

Con difícil y retorcida sencillez,
con una precisión que abomina de
toda frondosidad literaturesca, el
poeta ha expresado intensamente una

tragedia de amor, en la que la ni-
miedad del motivo no se advierte
ante el continuo fluír de imágenes y
ante la contención de todos los ver-
sos. No hay en todo el poemita trans-
crito una sola palabra en exceso,
sólo las necesarias. Y la exclamación,
ante la partida de la mujer amada,
«la jaula estaba vacía», muestra en
su innegable vulgaridad un retorno
al sentir del pueblo, al modo de amar
popular, de ese medio en que este
aristócrata de la poesía que es Gó-
mez Fernández, ha querido vivir.

Su juventud y sus condiciones de
estudioso y de refinado en su medio,
le prometen obtener un nombre en
la poesía española moderna. Y un
poeta más es siempre necesario.—
Abel Valdés A.

POEMAS SINCOPADOS, por *Emilio Mos-
teiro.*

Aquí deberemos empezar por en-
tender el título. Una aclaración que
se sirve hacer el autor nos puede
guiar. Dice:

Tómese la palabra síncopa siempre
en su significado musical.

Según la Real Academia, el sen-
tido musical de la palabra síncopa es
el siguiente:

Enlace de dos sonidos iguales, de
los cuales el primero se halla en el
tiempo o parte débil del compás, y
el segundo en el fuerte o al contrario.

Al juntar la calidad de sincopados
a los poemas de que es autor Mos-
teiro, debemos llegar a la conclusión

de que el título tal vez correspondería
al de *Poemas contradictorios* o más
bien *Poemas de contrastes*, en len-
guaje corriente. Pero según se ha
visto, el señor Mosteiro escribe en
sentido musical.

Junta en el libro que nos ocupa la
labor de tres años, 1926-1929, y com-
prende poemas escritos en portugués,
gallego y castellano. Los motivos
musicales componen la mejor parte
del libro. O más bien, con motivo
de trozos musicales populares cons-
truye el poeta diversos poemitas en
que la agilidad no siempre musical
de las imágenes en contraste cons-
tituye su principal por no decir su
único interés. El verso corto y la
frase corta en los poemas en verso
y en prosa, que no se diferencian, se
ha construido mediante ciertos pro-
cedimientos, que por ser procedi-
mientos, no tienen el menor interés
como aporte de obra original. Los
tranquillos a que recurre el autor
para hilvanar las frases aparente-
mente dislocadas e inconexas de sus
imágenes, son conocidos de algunos
años a esta parte. Oliverio Gironde
en sus *Poemas para ser leídos en el
tranvía* nos dió preparados simila-
res fabricados con más arte y con
menos artificio. Pero el resultado de
este chisporroteo de imágenes sin
sentido artístico que las anime, a
la larga fatiga y no interesa. Tome-
mos al azar, un poema cualquiera
como ejemplo:

6.—Los mejores recuerdos se ven-
den en la estación, aunque el tren
silba siempre en un tono más alto
que los barcos. Permíteme que te de-
clare mi amor por teléfono. El film
del calendario abusa del ralenti y el

día avanza penosamente entre mis pasos. No podía suponerme que fuera tan fácil para el viento dejar k. o. a tu ventana. También mi corazón es un mal punching-ball. Y ayer a última hora, he perdido el freno automático de mis sueños.

Otro:

Nunca había encontrado una muchacha que manejase el timón con tanta habilidad como tú. Sabes la hora justa de la marea alta y la exacta dirección de mis deseos por tu brújula de pulsera. A ti puedo decirte que muñeira es para mí un baile mucho más complicado que el charleston aunque no tan saudoso. Durante la noche la pianola estudia su nuevo fox.

¡Qué definitivamente viejos encontramos en 1930 los gritos de los últimos «ismos», descendientes del «vieux dada», ya enterrado! ¿Verdad señor Emilio Mosteiro?—*Abel Valdés A.*

ADÓTICO CIELO, por *Julio Verdié.*

Julio Verdié pertenece a la última generación de escritores uruguayos. Nos lo dió a conocer el año pasado la revista *Mural*, dirigida en Montevideo por Humberto Zarrilli, efímera hoja lírica que cubrió las paredes de los Tea Rooms y bars de esa ciudad en excursión vertical de ingenuo entusiasmo. Ahí apareció el poema que da el título a este libro.

Adótico cielo es un libro (1) dis-

(1) *Agencia G. de Librería y Publicaciones, Montevideo-Buenos Aires.*

parejo como... el cielo en un nublado día de otoño, tapizado de nubes de diferente estatura e intensidad. Precisemos:

En tanto otro horizonte
con su rueda de agua,
cáñamo de los viajes,
ola tras ola hilaba.

Esto es la excepción. Lo habitual, inveterado en *Adótico cielo* es lo invertebrado, lo inconsistente, lo que no delimita el contorno, lo que no acusa presencia diferencial:

Estaba yo en el huerto juntando
(caracoles.
De pronto una voz de entre las nubes
(me llamó.
Alcé los ojos y junté las manos. Arriba
el bloque de las nubes coruscantes se
(abrió.

Sin embargo en Julio Verdié se advierte, como diría Pero Grullo, una tentativa niveladora de su temperamento para mantenerlo en un plano de una calidad idéntica. Se advierte el esfuerzo por alcanzar el conjunto uniforme, sostenido, y hacer cotidiana la fiesta de la expresión conseguida. Este esfuerzo, por demasiado visible, le resta indudablemente espontaneidad a *Adótico cielo*, y lo retorcido, lo amanerado, lo que no es inmanencia de la sensibilidad sino rebusca empecinada, aparece continuamente en este libro:

Los osos místicos de los corazones
(danzan,
húmedos de las monedas, salobres, de
(las lágrimas.

Pero existe también en Verdié el deseo imperativo de depurarse, la

conciencia de lo que es mejor y la dignidad y seriedad del menester lírico. Rehuye lo fácil, aunque a menudo sin éxito, y notamos en él el gusto apasionado—que lo dignifica—por el obstáculo de que hablaba Baudelaire.

Si intentáramos definir—ocupación tan desagradable que acaso estamos desempeñando, tal vez sin desearlo—la poesía de Verdié, diríamos que es un producto híbrido de la objetividad y la subjetividad, porque estos dos factores co-existen, con más extensión el objetivo, en *Adótico cielo*: pero la subjetividad debemos entenderla en su significación más elemental y frecuente (no en aquella que tan bien precisara un escritor europeo al llamar subjetivismo el destino misterioso en virtud del cual un sujeto lo primero y más evidente que halla en el mundo es a sí mismo). En Verdié lo subjetivo no es innato sino cualidad adquirida y, como buen meridional, recurro nuevamente al escritor recién citado:

antes de percibir su *yo*, y con superior evidencia, le son presentes el *tú* y el *él*, los demás hombres, el árbol, el mar, la estrella.

Por eso en su libro no encontramos esa cálida intimidad, esa sensación de soledad, esa ingénita pasión introvertida, característica de los individuos de vitalidad endógena, es decir, de los individuos subjetivos. Este dominio de lo subjetivo es, por lo demás, peculiar a la mayoría de los nuevos líricos uruguayos.

Un escritor español, no deseamos nombrarlo, dijo hablando de poesía indo-hispánica (yo voy a suponer la

existencia de una poesía indo-hispánica o latino-americana, como quiera llamársele, lo mismo que la francesa por ejemplo; es decir, expresión en un mismo idioma de un conjunto de sensibilidades diferentes pero de un valor representativo más o menos idéntico en su significación dentro del mundo estético); manifestaba sus preferencias por la poesía del Uruguay, México y Argentina, debido a su diafanidad meridional, posponiendo la de Chile, por su obscuridad. Debo hacer presente que esta referencia ha sido hecha por la poesía que es costumbre llamar nueva (2).

¿Por qué llamar obscura a la poesía chilena? Es claro que para los individuos de contacto lírico no frecuente puede serlo, como para los que carecen de la capacidad de percepción poética. ¿Por qué no llamarla mejor, esencialmente subjetiva, un tanto misteriosa, esotérica si se quiere? En cuanto a la poesía de los países nombrados con prioridad es, sin duda, más objetiva. De ahí su diafanidad que a veces es fotografía o simplicidad. Sin olvidar, se entiende, las infaltables excepciones, creemos que esa es su característica. Podríamos comprobarlo pero nos extenderíamos demasiado.

Desde luego *Adótico cielo* puede ser un ejemplo.—*Arturo Troncoso.*

GLEBA, por *Max Jiménez.*

Después de haber leído *Gleba* (1) casi nos asombramos al comprobar

(2) Escribo sólo en forma interina poesía «nueva», pues algún día deberé insistir sobre ella.

(1) Editorial *Le livre libre*, París.

que en estos tiempos y en París se editen todavía obras de esta especie. Casi, pues hoy día ya no es posible asombrarse de nada—tan inveterado y permanente se ha hecho el asombro que ha llegado a perder su cualidad de tal—. Nisiquiera ante un libro de versos tan indigentes como *Gleba* ni ante la audacia que significa publicarlo.

Max Jiménez—nativo de Costa Rica—inicia su libro con un pequeño introito:

Un prólogo (unas líneas de compromiso), dado por algún pontífice del buen decir, será muleta que bien poco disimule la cojera de mis versos. Prefiero cojear solo, abrigando la creencia de que ya en este siglo no se ha de seguir dando al público la categoría de rebaño, poniendo a su cuidado un buen pastor, que muestre cuál es la cizaña y cuál el trigo. Mi técnica y mis aspiraciones se explican por el título *Gleba*: remover la tierra del pasado y dejar caer en ella la propia semilla, que, aunque humilde, abriga la esperanza de dar una cosecha en el futuro.

Son palabras sensatas, modestas que incitan al silencio. Pero.... En el primer poema (llamémoslo así) nuestra buena intención inicial desaparece frente a la jactancia del autor:

Pasad por mi jardín sombrero en
(mano
y si al final lleváis sensualidad,
es porque allí está el poeta más hu-
(mano
y más grande que vió la eternidad.

Esta jactancia nada tendría de extraña—es sabido que el literato es uno de los seres que la padecen más intensa—si hubiera alguna resonancia

de lo que dicen esos versos aunque muy lejanamente aproximada, en el resto de la obra; pero *Gleba* es tan vulgar que difícilmente pueda existir otro libro de versos más malos que el de Jiménez, publicado en estos últimos años. Vámos a probarlo con dos o tres ejemplos tomados al azar.

En la composición titulada *San Juan el Bautista* dice:

Supo el Señor que en Palestina
ya se impartía agua divina.

Y fué en aguas del Jordán
donde Jesús encontró a Juan.

Al oír del Redentor el sagrado deseo
salió de sus labios humilde balbuceo.

«Señor—dijo el Baustista, azora-
(do—:
yo soy el que por Ti debe ser bauti-
(zado.»

En otra composición:

Si sólo fuera un sueño...
Y al fin de la jornada
la venda del pasado
quitáramos del ceño
y viérese aclarado
el enigma de lo creado.

Basta. Podríamos llenar varias páginas de *Atenea* con versos semejantes. A pesar de lo ingenuo que es manifestarlo, no se crea en nosotros una intención premeditada al juzgar con acritud este libro. Casi con ahinco hemos buscado una estrofa, un verso siquiera donde pudiéramos atisbar el hervor de una personalidad. Con ahinco y con cierto egoísmo para justificar también la lectura de estos cincuenta y cuatro poemas—hemos tenido la paciencia de contarlos—con algún breve goce estético.

Por ahí dice Jiménez;

En la casa (tono familiar):
Este muchacho siempre pensando
y escribiendo disparates.

Sin embargo sus familiares están equivocados, pues Jiménez no piensa ni tampoco escribe disparates, sino tonterías. El disparate—se sabe—es siempre divertido, sugeridor de la sonrisa, del amable regocijo, mientras que la tontería es triste y produce compasión, aún en los individuos más anticristianos. Y después de la lectura de *Gleba*, hemos tenido que compadecer a su autor, muy a pesar nuestro, por una imperiosa necesidad justificativa.—*Arturo Troncoso.*

ESTUDIOS SEXUALES

EL SEXO EN LA CIVILIZACIÓN, por varios autores, reunido por V. F. Carlverton y S. D. Schmalhausen.

Alguien, creo que un autor francés, ha dicho que el mundo moderno vive en plena edad media sexual. Ha querido decir con esto, seguramente, que el mundo lucha en estos momentos por llegar a una fijación exacta del problema sexual, de la conducta sexual, de la definición sexual. La biología sexual constituye hoy día uno de los más apasionantes temas científicos y ha dado margen a creaciones maravillosas de la inteligencia humana. Fuera de la biología el interés no es menor. El sexo abarca casi todos los campos de la actividad humana y sus relaciones son infinitas; todo cabe en ellas,

desde las creaciones artísticas hasta los ritos religiosos. Poco a poco se descubren nuevas vetas y se fijan nuevas características, características morales, intelectuales, fisiológicas, que identifican al individuo dentro de tal o cual rama sexual.

Este libro contiene treinta ensayos de autores diversos, en su mayoría de nacionalidad americana, y está dedicado «a esas mujeres que tomaron parte en la lucha por la emancipación del sexo y por una civilización mejor». Esas mujeres son: Mary Wollstonecraft, Jorge Sand, Ellen Key, Oliva Schreiner, Lilli Braun, Isadora Duncan, Aletia Jacobs, Alejandra Kollontay, María Stopes y Dora Russell. Hay entre ellas doctoras como María Stopes, bailarinas, como Isadora Duncan, y educacionistas, como Ellen Key; escritoras, como Jorge Sand, y revolucionarias comunistas, como Alejandra Kollontay, mujeres todas que han sobresalido, con sus obras y con sus vidas, de la masa femenina y que han contribuido a crear para la mujer una norma espiritual nueva.

Principia el libro con un ensayo de Roberto Briffault sobre *El sexo en la religión* y termina con otro de Roberto Morss Lovett, sobre *El sexo y la novela*. Arturo Davison Ficke escribe un interesante estudio sobre la poesía sexual, tema novísimo, con citas de autores norteamericanos e ingleses, que demuestran el lento proceso de desarrollo de la poesía amorosa, desarrollo que está directamente influenciada por las ideas sexuales reinantes en cada época literaria.

El total del libro está dividido en

seis partes: El sexo a través de los siglos, El papel del sexo en la conducta, El sexo y la psico-sociología. El sexo y la psico-análisis, Los aspectos clínicos del sexo, y El sexo en la poesía y en la novela.

Nada ha escapado a los compiladores de estos ensayos, los escritores V. F. Calverton y S. D. Schmalhausen, que aparecen en el libro con dos ensayos, el primero sobre *El sexo y la lucha social* y el segundo con *La revolución sexual*. Waldo Frank es-

cribe sobre *La censura sexual y la democracia*. Ocho mujeres contribuyen también a dar amplitud a este libro, voluminoso y completo, lleno de apasionantes estudios, cuyo análisis nos llevaría demasiado lejos. Basten las líneas anteriores para destacar la importancia excepcional de esta recopilación, que agrupa tantos esfuerzos considerables en el estudio de la faz sexual de la vida contemporánea.—M. R.

LAS REVISTAS

Noticias biográficas de Salaverría

José María Salaverría, el culto escritor y periodista español, ha sido interrogado recientemente por Teófilo Ortega. De las respuestas—escritas—que el autor de *Retratos* dió a las preguntas del joven escritor, éste hizo un artículo que ha visto la luz en un número reciente de *Revista de las Españas*. A continuación reproducimos los trozos cardinales de este interesante trabajo.

«Nací en un faro.» Así comienza José María Salaverría las cuartillas donde, satisfaciendo mis deseos, me brinda un esquema de su existencia. Nací en un faro. Recordamos y repetimos sus palabras, percibiendo cómo se levanta en su interior, como ágiles palomas, rumorosa bandada de pensamientos. Nos figuramos sus primeros pasos, su niñez, la iniciación de su temperamento allí entre las olas. Un hombre que nace y comienza a hacerse en un faro, se ha de distinguir mucho de quien nace en un medio distinto, seguro, acogedor.

Por su tenacidad; por su erguirse desafiador ante el peligro; por su forzosa afinidad con el aislamiento. (Ibsen nos dijo que sólo «es»—recordar el «ser o no ser» del atormentado Príncipe de Dinamarca—quien se ciñe y no teme a la soledad.) Ojos que se acostumbraron a ver la belleza y lo temible de la vida—que todo encubre el mar—sin asombro. El sueño interrumpido por el olfateo constante de las olas, arañando las peñas.

José María Salaverría nos escribe, a continuación de fijar el sitio de su nacimiento, que aquello fué como «predestinarle para una vida de marino. No he llegado a serlo, pero he cruzado por doce veces el Atlántico». El hambre de mar ha persistido en él, indiferente con las ilusiones que como en todo humano, iban cercenando del árbol magnífico de su espíritu los afanes, las contrariedades, los años. Su silueta de caballero hidalgo se perfila como en campo propio sobre un fondo de mar, poblado de navíos. Los años vividos en su compañía le han creado una sensibilidad como ninguna otra capaz de descubrir y gozar sus más escondidas seducciones.

La influencia que sobre José María Salaverría ha tenido esa amenazada cuna de luz, es decisiva. Se puede observar en todos sus pasos, ascendentes y firmes, el ritmo que inyectó en ellos el mundo circundante. De aquel lugar recogió la lección de energía y de amplia visión que fácilmente se

revela al acercarnos a él, al conocer su vida. Quien nació en un faro y acostumbó a sus tiernos ojos de niño a no asustarse por las tempestades del mar, después, en lucha a brazo partido con todas las dificultades que se le presentaban, supo también mirar todo sin miedo, con una fortalecedora confianza. No creo que haya muchos españoles encumbrados que puedan presentar un pasado de luchador tan copioso.

El mismo José María Salaverría será quien nos lo relate. Como Cervantes, atraviesa las más diferentes y contradictorias tareas para llegar —con una perfecta normalización de su vida, que faltó al infortunado autor de «La Galatea»— al fruto de un trabajo sereno, trascendental. También como Cervantes, su apetencia de conocer le lleva a labrarse una cultura general de frondoso ramaje y profundas raíces, devorando, más que leyendo, cuanto cae en sus manos. No hay mejor universidad que una buena biblioteca, decía Carlyle, y en esta Universidad, rebosante de enseñanzas, es donde se ha doctorado José María Salaverría. Hasta los papeles que encontraba por la calle leía, dijeron del famoso luchador de Lepanto. Y asimismo José María Salaverría acumula conocimientos, sensaciones, guiado no por la ambición de llegar a la altura social en que hoy se halla, sino por el placer que en la lectura existe. Porque el goce de leer, como el de producir—según él mismo nos lo dirá más adelante—es, para el escritor, uno de los que se colocan por encima de otros muchos.

Pero estamos entrando con excesiva frecuencia en ese campo íntimo del escritor que ninguno otro, mejor que él, puede iluminar con su luz. Copiemos lo que él nos dice exactamente, sin supresiones ni añadiduras (que constituirían en nosotros una estúpida irrespetuosidad), trasladándolo en toda su fragante palpación de confianza cordial:

«Mi instrucción oficial y reglamentaria es una historia que se acaba muy pronto de contar: la escuela

pública de San Sebastián, la Escuela de Artes y Oficios de la misma ciudad, un colegio particular para «corregir» la letra y aprender la Teneduría de Libros, y basta. El resto he tenido que aprendérmelo yo mismo por ahí, a salto de mata y con la avidez arbitraria y libre del autodidacto.

«Pero no guardo resentimiento contra nadie. Mis padres, de santa memoria, hicieron más de lo que podían por mí y mis pobres maestros no tenían la culpa de que yo fuese un soñador, un perezoso, un tímido y un arbitrario. Me costó bastante ganar la primera peseta, porque no me gustaba ninguna de las profesiones que intentaba. Sólo me gustaba escribir versos, fantasear, perder (¿o ganar?) el tiempo. En mi juventud he sido quién sabe cuántas cosas: desde aprendiz de *indiano* hasta telegrafista; desde torrero hasta auxiliar de maestro de obras; delineante, empleado. Al fin acabé en escritor que trabaja a destajo, a tanto la pieza y con toda libertad, como los buenos proletarios independientes.

«Pero en esto no ha de traslucirse ningún despecho. Soy escritor por propia elección y estoy satisfecho de serlo, convencido de que no hubiera logrado ser otra cosa. La literatura me ha producido grandes amarguras; pero la culpa fué de mi carácter y de mi sensibilidad excesiva. En compensación me concede a veces incomparables complacencias. En mi último viaje a Venezuela, por ejemplo, en el aislamiento y la augusta serenidad del Atlántico, yo me propuse escribir una novelita de corte completamente romántico. Ocurriía la acción en la catedral de Milán, entre las estatuas que maravillosamente pueblan la fachada y la techumbre del Duomo incomparable. Hasta el protagonista sería una estatua de mármol: *El Desdeñoso*. Pues bien, yo me refugiaba en mi camarote a escribir mi novela corta, después de haber escuchado sobre cubierta la orquesta imponderable del

oleaje al ser hendido por la valiente proa del buque, y allí disfrutaba lo increíble viendo cómo la obra se iba conformando. Después, en Madrid, encima de tanto placer íntimo, todavía me pagaron por la novelita mil pesetas.

«El placer de crear es la más grande compensación que me ha dado la literatura. Si la literatura sólo fuera creación, yo habría conocido la dicha completa. Desgraciadamente, el oficio de la literatura está lleno de miserias.»

DISPARATORIO

El premio Goncourt ha sido atribuido a un libro de cuentos—de guerra en su mayoría—de un joven poeta y periodista, Marcel Sauvage. El libro se titula *L'homme que j'ai tué*.—Benjamín Crémieux: *La vida literaria en París*.—*La Nación*, Buenos Aires. Abril de 1930. (Revista semanal, pág. 11.)

Se trataba de abastecer de carbón el «Alice», el tres palos en que me embarcaron sorpresivamente en Liverpool. La tripulación quedaba afanada en la maniobra, mientras nosotros atracábamos en el pequeño muelle de Ancud, puertecito situado en la gran isla que he nombrado, Chiloé, en el Pacífico, casi en lo más austral de la América del Sur.—Luis Enrique Délano: *Luces en la isla*. Pág. 8. Santiago, 1930.

El autor de Kyrakyralina Codine, Los Haidues, Nerentsula, Tío Angel, etc., no podía olvidar que allá en el puerto de Braila aprendió a caminar afirmado en un perro.—Roxane: *Panait Istrati prófugo del mundo*.—*El Mercurio*, Santiago, 21 de Abril de 1930.

Estos altos de Valparaíso eran colinas volcánicas, y sus barrios estaban formados por casuchas bastante miserables.

Cerca del puerto había un arrabal

de gente de mal vivir, y a su espalda otro de chinos y filipinos.

Los filipinos solían casarse con las indias chilenas, generalmente mestizas, a las que se llamaba en el país desdeñosamente chinas.

Cuando al marinero filipino se le acababa el dinero, encontraba otro marino paisano suyo recién llegado del país y con dinero fresco. El filipino endosaba su mujer al marinero nuevo, y le decía:

—Te dejo a tu cargo mi mujer mientras yo esté de viaje, y la mantienes durante mi ausencia.

Sin más, se iba; la china aceptaba el trato, y cuando el marinero volvía de su viaje se hacía de nuevo cargo de su mujer.—Pío Baroja: *La estrella del capitán Chimista*. Pág. 109. Edit. Caro Raggio. Madrid, 1930.

Está resuelta la resurrección literaria de Daniel Riquelme. Sus obras se van a incluir en la Biblioteca de Escritores de Chile, como las de los Amunátegui, Jotabeche y Pérez Rosales.—Paul Vérité: *Los ilustres desconocidos*.—*La Nación*, Santiago, 9 de Mayo de 1930.

Poco importa a los nuevos corceles la particularidad regional, la huella nacionalista.—Lautaro Yankas: *Impresiones del criollismo. El imaginismo*.—*Letras*, N.º 19, Abril de 1930.

ENCUESTA ACERCA DE LA IN- DEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones ibero-americanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan, dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes, aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos

y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

1930
REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año.....pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras, artes,
historia, filosofía y ciencias
sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE — COSTA RICA

Centro América

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina,
Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la
Torre

LIMA — PERU

Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970

INDICE

Organo del grupo "INDICE"

Mensuario de cultura actual,
información, crítica y
bibliografía

Dirección postal:

Clasificador 24-A Santiago

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y BELLAS ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz
Ocampo ◊ Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro ◊ Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.